VICENTE GREZ

El Combate Homérico

EDITORIAL FRANCISCO DE AGUIRRE

EL COMBATE HOMERICO

Vicente Grez

¿Una gran batalla naval? ¿Un combate heroico? Por un lado barcos rápidos, acorazados, por otro, dos cascos débiles de madera y viejos, destruidos por los combates y el tiempo. Habían quedado solos en el bloqueo de Iquique y ya la máquina de la *Esmeralda* había dejado de marchar. En medio de la asoleada mañana de mayo, Prat llamó a sus hombres: Serrano, Uribe, el sargento Aldea... y les dirigió una antigua arenga: "No es costumbre que un barcho chileno arríe su bandera, y creo que no será ésta la ocasión de hacerlo". Cuando el *Huáscar* clavó su espolón en el viejo flanco, saltó sobre la cubierta. Cayó herido en la frente. Una andanada dio muerte a todos los niños grumetes, y Riquelme, solo, de pie sobre la ruina flotante, disparó por última vez los cañones y se hundió con la bandera al tope. *La Covadonga* volaba sobre los arrecifes perseguida por la *Independencia*. Sus dos cañones habían resistido durante cuatro horas los veintidós del enemigo. Cuando se deslizaba sobre las rocas de Punta Gruesa el adversario intentó la tercera embestida. Escapó casi rozando los escollos que afloraban en el agua, pero el perseguidor no pudo detener la marcha y fue a estrellarse contra las mismas rocas que acababan de salvarla. Las arengas y las listas de nombres con referencia de clases y edades, prestan singular emoción a este relato, que escrito por Vicente Grez, periodista y novelista contemporáneo del combate de Iquique, es como un himno a la marina de Chile y a la patria.

Tapa: Combate del *Huáscar* y la *Esmeralda* (del pintor inglés Sommercales).

S2500

BIBLIOTECA FRANCISCO DE AGUIRRE, 9
Colección: Guerra del Pacífico

1. Arturo Prat

CH863
GRE
CO

VICENTE GREZ

El Combate Homérico

21 de Mayo de 1879

DIRECCION DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS
BIBLIOTECA
Nº 82
CHILE

R:76

BIBLIOTECA PUBLICA
Nº 82
SANTA CRUZ

EDITORIAL FRANCISCO DE AGUIRRE
Buenos Aires - Santiago de Chile

© 1968 Editorial Francisco de Aguirre
Avenida San Martín 4350 / Florida / Buenos Aires, Argentina
Todos los derechos reservados
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Primera edición: 1880
Segunda edición: 1910
Tercera edición: 1920
Cuarta edición: 1968

Impresión: Pía Sociedad de San Pablo
Avenida San Martín 4350 / Florida / Buenos Aires, Argentina
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina
Se terminó de imprimir el 31 de julio de 1968

Editor: Robert Hunter
Diagramación: Richard-Gabriel Rummonds
Ilustraciones: Biblioteca de D. Armando Braun Menéndez
Indice: Elvira Gutiérrez Zaldivar
Portada: Marcelo Gudiño, S.S.P.
Reprofotografía: Gaudencio Flaccavento

Contenido

Indice de Ilustraciones : xi

Preámbulo : xiii

Capítulo Primero : 3
La escena y los atletas

Capítulo Segundo : 11
Los desconocidos

Capítulo Tercero : 21
Fortuna y desgracia

Capítulo Cuarto : 27
All right!

Capítulo Quinto : 35
Vencer o morir

Capítulo Sexto : 51
Los héroes

Capítulo Séptimo : 71
El asombro

Capítulo Octavo : 75
La fuga heroica

Capítulo Noveno : 87
Rendición del coloso

Documento Nº 1 : 97
Parte oficial del Comandante don Miguel Grau sobre el combate del Huáscar *con la* Esmeralda

Documento Nº 2 : 105
Parte oficial del segundo Comandante de la Esmeralda, *don Luis Uribe*

Documento Nº 3 : 113
Parte oficial del Capitán de Navío don J. G. Moore, Comandante del Blindado Independencia *sobre el combate de Punta Gruesa*

Documento Nº 4 : 121
Parte oficial del Capitán de Fragata don Carlos Condell, Comandante de la cañonera Covadonga *sobre el combate de Punta Gruesa*

Documento Nº 5 : 129
Relación del combate de Iquique, publicada en El Comercio *de esa ciudad, por el redactor don Modesto Molina, testigo presencial*

Documento Nº 6 : 141
Hoja de servicios del Capitán Arturo Prat

Documento Nº 7 : 145
Hoja de servicios del Capitán de Fragata don Carlos Condel

Documento Nº 8 : 151
Relación completa de la tripulación de la Esmeralda *con la expresión de los que murieron y de los que se encuentran prisioneros en Iquique*

Documento Nº 9 : 163
Rol nominal y clasificado de los señores Comandantes, oficiales y tripulación de la goleta Covadonga *en el combate del 21 de mayo de 1879*

Documento Nº 10 : 169
La palabra de nuestros marinos reconocida y confirmada por el enemigo

Documento Nº 11 : 175
Nacimiento de Arturo Prat

Documento Nº 12 : 183
Carta de los marinos de la Turquoise

Oración Fúnebre : 187
En honor de los chilenos muertos en la jornada naval de Iquique, el 21 de mayo de 1879

Indice : 207

Indice de Ilustraciones

1. *Capitán de Fragata Arturo Prat : iv*

2. *Capitán de Corbeta Carlos Condell : 32*

3. *Teniente 1º Manuel J. Orella : 33*

4. *Banderín de la* Esmeralda, *que salvó en el naufragio el cirujano naval Dr. Cornelio Guzmán Rocha, ahora en poder del Capitán de Navío don Sergio Aguirre Mac Kay, Subsecretario de Marina de Chile : 49*

5. *Guardiamarina Ernesto Riquelme : 50*

6. *Teniente 2º J. Ignacio Serrano : 112*

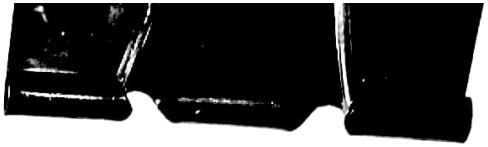
7. *Cementerio de la ciudad de Iquique, donde fueron enterrados los restos de Arturo Prat, de Serrano y otros : 113*

8. *Corbeta* Esmeralda *: 128*

9. *Goleta* Covadonga *: 128*

10. *Blindado* Independencia *: 129*

11. *Monitor* Huáscar *: 129*



Preámbulo

Este libro no es un romance sino la narración verídica de un hecho histórico. No hay en él un solo detalle que no haya sido constatado. No inventamos una palabra. ¿Y para qué? ¿Llegó jamás la imaginación y la fantasía hasta donde llegó el heroísmo de nuestros marinos el 21 de mayo de 1879?

Si en estas páginas hay algo de falso pueden ser nuestras apreciaciones. Hemos escrito al impulso de nuestro sentimiento y de nuestro corazón, entusiasmados, no apasionados. Hemos recogido los ecos del sublime episodio dándole la forma humilde de nuestro pensamiento, sin ninguna pretensión, y sólo para poner otra piedra en el monumento que debe trasmitir a la posteridad los detalles de la titánica lucha. ¿Quién no quiere escuchar de todos los labios la narración de un suceso que interesa vivamente? Lo sabemos, pero se-

guimos investigando como si todo lo ignorásemos, y jamás nos cansamos de oir lo que ya conocemos de memoria, esperando encontrar un detalle que nos sea desconocido.

Alentados por esa curiosidad creciente, hemos escrito estas páginas que pueden ser útiles a los que más tarde quieran dar mayor desarrollo al estudio de aquel episodio inmortal.

VICENTE GREZ

1

El Combate Homérico

1. — El Combate Homérico.

Capítulo Primero

La escena y los atletas

El vapor que nos conducía surcaba rápido e imponente las aguas del mar Pacífico, cuya serenidad y calma correspondía gráficamente a su nombre. La mañana estaba nebulosa; pero los rayos del sol principiaban a disipar la niebla reemplazándola por la luz pura del día.

Muchos viajeros se agrupaban curiosos sobre la cubierta de la nave. ¿Esperaban contemplar los primeros lineamientos de las montañas de la costa y de la ciudad que se extiende a sus faldas? Casi todos esos hombres eran mineros, empresarios o socios de salitreras, negociantes que iban a abastecer de mercaderías la ciudad que acababa de abrir sus puertas al comercio del mundo después de un bloqueo y de una abstinencia de siete meses. No era la primera vez que recorrían ese camino en busca de riquezas; pero era la primera vez que al llegar a tal sitio buscaban algo como una visión querida, y más de una

parecía extender sus brazos al mar como para recoger laureles.

En vez de entregarse a la animada y alegre charla de los viajeros, aquellos hombres guardaban un profundo silencio; parecían pensativos; meditaban en algo más elevado y serio que sus negocios.

De improviso el sol pareció hacer un esfuerzo y deshizo por completo la enorme sombra que nos ocultaba la tierra.

Un coro de voces, alegres unas y otras tristes, murmuró: "¡Iquique!".

Entonces, cual si se descorriera un telón gigantesco, apareció ante nuestros ojos un proscenio inmenso, alumbrado por torrentes de luz, en que luchaban confundidos enanos vestidos de acero y colosos con el pecho descubierto. La *Esmeralda* se sumergía en el mar con toda su grandeza, con los cadáveres de sus héroes, con sus banderas al tope, con sus cañores invencibles. Su catástrofe semejaba una apoteosis.

—¡Ahí! —dijo a nuestro oído una voz ronca como el estruendo de un cañón—, ¡ahí se sumergió la *Esmeralda!*

Y señaló un sitio del mar como otro cualquiera.

Todas las miradas se fijaron en el punto designado.

Nos parecía ver sobrenadar algo de la inmensa gloria que allí se ocultaba.

Iquique, en lengua aimará, quiere decir: "¿Por qué duermes"? Dormía esperando tal vez que los chilenos fueran a despertarlo, los chilenos que fueron, como se sabe, sus primeros exploradores, sus primeros capitalistas y sus primeros industriales. Sin los chilenos, Iquique, a pesar de su opulencia, habría sido todavía un desierto de misteriosas riquezas, un sepulcro de inca.

La costa de Iquique ha surgido por solevantamientos anteriores y es compuesta de bancos arenosos, de estrechos canalizos por los cuales sólo pueden surcar, venciendo grandes dificultades y peligros, naves pequeñas y ligeras, capaces de volar o de deslizarse por la superficie de las aguas, como se deslizó la *Covadonga* la mañana del 21 de mayo de 1879. Existen también muchos grupos de arrecifes cuyas grietas estuvieron en otro tiempo cu-

biertas de guano, verdadera ambrosía del fisco peruano.

En esta costa llena de peligros, ventajosa para los hábiles marinos y fatal para los ineptos, de la cual brotan repentinamente, como lo ha asegurado el comandante Moore, rocas misteriosas y diabólicas; en esta costa, repetimos, fue donde se desarrolló la más grandiosa tragedia marítima que han presenciado jamás los mares de América, el más terrible combate naval contemporáneo, no sólo por la resistencia de uno de los combatientes y por los sangrientos episodios de la lucha, sino por la desigualdad de los elementos bélicos: de un lado las poderosas construcciones modernas, las invulnerables corazas y los cañones irresistibles, y del otro los antiguos buques de madera y la vieja artillería, es decir, el material abandonado por débil e impotente.

El *Huáscar*, nave blindada, de torre, con dos cañones de trescientas libras cada uno y dos de cuarenta, con un andar de once millas por hora, tenía por adversario a la *Esmeralda*, vieja corbeta de madera, inservible, podrida, con ocho cañones de cuarenta y un andar má-

ximo de ¡cuatro millas por hora con toda la fuerza de su máquina!

La *Independencia,* gran fragata blindada de dos mil toneladas, con veintidós cañones, doce de setenta, uno de ciento cincuenta, y el resto de cuarenta, con un andar de doce millas, tenía por rival a la *Covadonga,* goleta de seiscientas toneladas, con dos cañones de setenta y un andar de seis millas.

Tal era la arena y la fuerza respectiva de los combatientes.

Capítulo Segundo

Los desconocidos

El combate de Iquique, hecho reciente, de ayer, cuyo primer aniversario acaba de cumplirse, nos parece ya un suceso antiguo sobre el cual han pasado muchas generaciones y muchos siglos. Es que los grandes hechos, así como los grandes hombres, pertenecen tanto al porvenir como al pasado; por eso Maratón nos parece un triunfo de ayer, y a Leónidas y sus espartanos los creemos nuestros contemporáneos y compañeros.

¿Qué fue Iquique? ¿Una gran batalla naval? ¿Un combate heróico? Eso se ha repetido muchas veces en la historia del mundo. Iquique es único. Es la lucha a muerte de un niño con un gigante; es el duelo de dos pueblos, de dos razas, de dos civilizaciones; es el triunfo del deber, del valor, de la virtud, de la dignidad humana, contra la fuerza bruta casi siempre invencible.

Todo es grande en esa epopeya maravillosa: la debilidad extrema de los unos y la fuer-

za poderosa de los otros levanta hasta los cielos la gloria de los vencedores; los más insignificantes detalles son hechos sublimes de abnegación y de heroísmo. El drama es grandioso y completo. Hay sorpresa y previsión, genio y valor, impetuosidad y calma, martirio y fortuna. Hay también entre todos los héroes de esa jornada un doble lazo de íntima unión, de inestimable valor: la juventud y la humilde igualdad de las posiciones sociales. ¡Todos eran casi niños y poco menos que desconocidos! Prat se reveló genio y heroísmo en los umbrales de su tumba. Su revelación fue tan súbita como su muerte. Toda su vida de treinta y tres años la vivió en tres horas. Hasta ese momento había sido como un arroyuelo que se desliza oculto entre musgos y rocas, pero súbitamente se transformó en un océano con todas sus tempestades y grandezas.

Aquella lucha desigual y titánica fue lo inesperado y lo asombroso. No había a bordo de nuestras naves un solo nombre que fuera una garantía. —¿Prat?—¿Quién le conocía? ¡Era tal vez un afeminado! Un marino que se había hecho abogado y que por consiguiente no podía ser un gran marino. —¿Condell?—

¡Bah! ¡ese menos que nadie! Carácter voluntarioso, altanero, turbulento, incapaz de doblegarse a las severidades de la disciplina militar y de comprender los grandes sacrificios y deberes; mozo casquivano, capaz de dar un escándalo, pero incapaz de hacer un prodigio.

—¿Serrano?—Un muchacho de tan poco provecho como Condell y ¡quién sabe! ¡si hasta inferior! Si él hubiera dicho alguna vez chanceándose con sus alegres compañeros: "saltaré algún día sobre la cubierta del *Huáscar* para tomarlo al abordaje"... es posible que todos se hubieran reido y él tal vez el primero. —¿Uribe?—Ese no era hombre de guerra: suave, amable, estudioso, tenía más bien un porvenir literario; hijo de una gran mujer de letras, sus tendencias naturales parecían dirigirse hacia el arte y la poesía. —¿Riquelme?—Un mancebo enamorado que pensaría más en su novia que en su patria. —¿Orella? —Un tronera que de puro loco y caprichoso había aprendido a dirigir un cañón admirablemente, poniendo la bala en donde ponía la vista, no tanto por amor a su profesión como por darse el placer de un extraño pasa-

tiempo. —¿Aldea?—¡Un sargento!... ¿De tan abajo puede subirse a tanta altura?

La verdad es que en esas naves no había un hombre.

Tal pensaba la opinión y al parecer también el almirante.

Y tenían razón: la *Esmeralda* y la *Covadonga* no eran naves tripuladas por hombres sino por niños, niños gigantes que pasaron muchos de ellos de los bancos del aula a la inmortalidad.

En la tarde del 16 de mayo de 1879 la *Esmeralda* y la *Covadonga* quedaron sosteniendo solas el bloqueo de Iquique. El resto de la escuadra, o mejor dicho el grueso de la escuadra chilena, se había dirigido al Callao en busca de una aventura gloriosa que debía de dar por resultado la destrucción o captura de la escuadra peruana.

Componían esa escuadra los blindados y las corbetas, las buenas tripulaciones y los jefes prestigiosos, todo lo que era un poder como fuerza y como inteligencia. En la bahía de Iquique quedaba todo lo inútil: las naves débiles y viejas, las tripulaciones bisoñas, los jefes y oficiales de menos esperanzas. Un de-

talle histórico que estimamos de suma importancia es que varios de los oficiales que tripulaban las dos naves fondeadas en Iquique el 21 de mayo fueron trasbordados de otros buques días antes de la partida de la escuadra. Algunos insistieron con lágrimas en los ojos para que se les llevara al combate; pero la orden era terminante. Se quería contar con gente escogida y segura .Se abandonaba a los ineptos.

¡Con cuánta amargura verían partir los desheredados de la gloria a sus afortunados compañeros que iban a la lucha y a la victoria mientras ellos quedaban condenados al eterno castigo de la inacción! ¡Qué nube de rubor cubriría la frente de Prat y sus compañeros al ver que se les separaba de los predestinados! ¡Pobres jóvenes! ¡debieron pasar horas de sublime angustia!

¡Qué cosa más cruel que alentar un alma generosa, dispuesta a todos los sacrificios y a todos los nobles actos y no ser comprendido!

La escuadra peruana sería destruida en un próximo combate sin que ellos tuvieran la menor parte. El botín de la victoria correspondería exclusivamente a otros, y ellos, jó-

venes, con el pecho lleno de nobles ambiciones, ya no pelearían en esta campaña, sus espadas no se mellarían en los choques de la lucha titánica, sus nombres no serían aclamados en medio del alegre estruendo de la victoria, y la patria no les debería nada. ¡Para unos los resplandores de la gloria, para otros la oscuridad y el olvido!

Sólo cuando ya se ha contemplado el temple de aquellas almas ,ha podido comprenderse su profundo pesar al ver que se les abandonaba en el mar como se abandona la carga menos valiosa para aligerar la nave que lucha con la tempestad. ¡Cuántos sueños disipados! ¡Cuántas esperanzas de gloria y de fortuna perdidas en una hora! ¡Cómo podrían regresar al seno de la patria y de la familia nulos y oscurecidos, ellos que tenían en el alma tan ricos tesoros de grandes sentimientos! —¡Madre! exclamarían al volver, vos que con los ojos llenos de lágrimas me visteis partir y que no me retuvisteis en vuestros brazos por no cortar la carrera de mi felicidad y de mi gloria, me veis ahora regresar triste y sombrío, trayendo en mi gorra el mismo galón opaco y solitario con que partí.

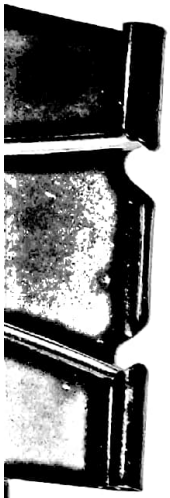
—Y vos, esposa mía, cuyo corazón latía de terror y de esperanza al darme el adiós de la partida, que sonreíais de felicidad en medio de vuestras angustias al creerme capaz de realizar hazañas inmortales, que en vuestras noches pensativas habeis soñado en la gloria del esposo, aquí vuelvo como me fui, con mi grado de teniente primero, uno más con que se me recompensa la inmovilidad y el tedio de haber estado al ancla cuatro meses!

Tales podrían ser las mudas quejas de aquellos corazones en el supremo momento del abandono.

Pero la mano todopoderosa y justiciera que dirige los destinos de los hombres y de los mundos había, como siempre, decretado que los últimos fueran los primeros.

Capítulo Tercero

Fortuna y desgracia



Al mismo tiempo que la escuadra chilena salía de Iquique con dirección al Callao, la escuadra peruana salía del Callao con dirección a Arica; pero en el espacio inmenso del mar ambas flotas pasaron sin distinguirse, ocultas entre las sombras de la noche o entre los claros vapores del día.

Williams llegó al Callao al amanecer del 22 de mayo y vio la rada vacía de naves enemigas: el *Huáscar* y la *Independencia* habían salido convoyando transportes repletos de tropas y víveres; Grau llegó a Arica al anochecer del día veinte y ahí supo, por telegramas de Iquique, que la escuadra chilena había partido al norte y que la *Esmeralda* y la *Covadonga* habían quedado solas sosteniendo el bloqueo de ese puerto.

La desgracia de Williams y la fortuna de Grau partían desde ese momento: la una adusta, terrible e injusta, y la otra risueña,

fácil, sin peligro alguno e injusta también en sus favores.

El uno, yendo en busca de un combate terrible, de una lucha verdaderamente gloriosa, encontraba al fin de su carrera esa máscara grotesca y burlona que se llama *fiasco;* mientras el otro, que venía a emprender solo la cobarde guerra del corsario, del asalto al débil, de la sorpresa nocturna, encontraba a su llegada a la ciega fortuna con los brazos abiertos y el pecho palpitante de cariño y de emoción...

Cuando la escuadra peruana llegó a Arica encontró a la ciudad alegre, festiva, entusiasmada: se esperaba a los blindados con impaciencia para encargarles la ejecución de un vasto y rápido plan de campaña que debía de dar por resultado la terminación de la guerra, la ruina de Chile, el definitivo triunfo y predominio del Perú en América. Tan grandioso plan iba también a realizarse sin costo ni sacrificio alguno para la alianza: todo consistía en el gasto de unas cuantas toneladas de carbón y de unas pocas libras de pólvora.

Los generales de la alianza tenían razón para sentirse satisfechos y llenos de esperanzas,

pues jamás la fortuna había brindado a nadie una ocasión más propicia de alcanzar la victoria.

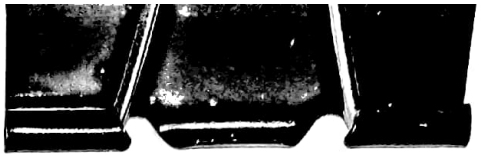
El general Prado acababa de recibir un telegrama del prefecto de Iquique en que se le comunicaba que la escuadra chilena, al mando del contraalmirante Wiliams, había abandonado las aguas de Iquique, quedando solo la *Esmeralda* y la *Covadonga* encargadas del bloqueo.

Inmediatamente se ideó un sencillo, rápido e infalible plan de ataque: el monitor *Huáscar* y la fragata *Independencia,* todo el poder de la escuadra peruana, se dirigirían a Iquique e intimarían rendición a las naves bloqueadas. Realizada esta primera parte del ingenioso plan, los buques peruanos marcharían sobre Antofagasta, en cuya bahía estaban fondeados los transportes chilenos y en cuya playa se acampaba el ejército de quince mil hombres destinados a invadir el Perú. Los transportes serían capturados o echados a pique, Antofagasta reducida a ceniza, las máquinas condensadoras que abastecían de agua a la población, destruidas, y el ejército obligado a capitular por la sed.

La escuadra peruana, segura de su fuerza y orgullosa por su fortuna, se puso inmediatamente en marcha para realizar aquel prodigio.

Capítulo Cuarto

All Right!



La mañana del 21 de mayo amaneció hermosísima en Iquique. El mar estaba resplandeciente y en calma, parecía nivelar sus olas para preparar un vasto proscenio. El cielo estaba despejado y brillante, no había ni siquiera esos diáfanos vapores matinales, ligeros como el sueño de la mañana, con que amanece siempre el día en el mar. Todo era puro, blanco y risueño. La naturaleza abría sus ojos límpidos para contemplar mejor el espectáculo.

La *Esmeralda* y la *Covadonga* se balanceaban dulcemente, meciendo en sus mástiles las gloriosas tradiciones de nuestra vida marítima. Eran dos cascos débiles y viejos, destruidos por los combates y los años. El tiempo y la artillería, dos elementos terribles de destrucción, habían hecho su obra.

La *Covadonga* era el símbolo de una victoria; ¡la *Esmeralda* era algo como decir la Patria! Ese nombre recordaba nuestras primeras victorias en el mar; las inmortales victo-

rias que la república, oscura y desconocida, había obtenido en su cuna. *¡Esmeralda!* es decir: ¡O'Higgins, Cochrane, Blanco, Guise, Miller, Crosbie, Zenteno, Simpson, Charles O' Brien y todos aquellos reclutas heroicos a quienes el lord-almirante igualó con los primeros marinos del mundo! *¡Esmeralda!* es decir: ¡Valdivia, Callao, Talcahuano, todas las increíbles victorias que nuestra naciente marina alcanzó sobre la entonces señora de los mares!

Pero la *Esmeralda,* así como la *Covadonga,* no representaba el 21 de mayo poder alguno como fuerza: eran sólo una página histórica, grande como el heroismo, debil como la hoja de papel.

De improviso, en medio de la esplendente claridad del día, en medio de la aurora, se divisaron desde Iquique dos puntos negros en el horizonte.

A bordo de nuestras naves se dormía tranquilamente. Los vigías de la *Covadonga* dieron la señal de alarma. Dos puntos negros en el mar son para los marinos, en tiempo de guerra, como dos nubes negras en el cielo: presagian la tempestad.

El comandante Condell, impetuoso y rápido, saltó de su lecho, como salta el jabalí que se siente herido mientras duerme; se ciñó al cinto su espada y se lanzó a su puesto, en medio del ruido de los fusiles y del sonido del clarín que tocaba a zafarrancho. Preludios de la orquesta que anunciaban la gran tragedia.

Los puntos negros en el horizonte eran el *Huáscar* y la *Independencia.*

Los hábiles cazadores habían dado a sus naves toda la fuerza del vapor; marchaban alegres y confiados. Tenían impaciencia de parodiar a César: llegar, ver y vencer sería el resultado.

¿Quién podría dudarlo? ¿Quién podría creer que la epopeya se convirtiera en parodia? Solo tal vez nuestros marinos.

La *Covadonga,* después de haber reconocido al enemigo y dado el cañonazo de alarma, se dirigió al fondeadero a ponerse al habla con la *Esmeralda.* En el mar se habla por signos como en el firmamento.

La *Esmeralda* venía al encuentro de su compañera andando solo a impulsos de un viejo caldero, el otro estaba completamente imposibilitado. ¡La nave capitana andaba dos mi-

llas por hora! se arrastraba como un águila herida en las alas. Llevaba enarboladas dos banderas chilenas, una en el pico y otra en el palo de mesana, y en el mayor ostentaba el gallardete rojo, insignia del mando superior. La *Esmeralda* se aprontaba al combate adornada con sus más hermosas galas, como una novia que se dirige al altar.

Los dos buques se detuvieron a poco más de cien metros.

—Tenemos al *Huáscar* y a la *Independencia* encima —gritó con la bocina el capitán Condell.

Prat ya lo sabía.

—¿Almorzó la tripulación? —preguntó por signos el comandante de la *Esmeralda*.

La *Covadonga* contestó afirmativamente.

Entonces las dos naves se acercaron más, como para darse el último adiós, y así, casi estrechadas, el comandante Prat dio a su amigo esta orden suprema que revelaba su genio y su alma:

—*Mantenerse a poco fondo, reforzar las cargas, disparar proyectiles de acero.*

Al capitán Condell le pareció, al oir estas palabras, que pasaba por su rostro algo co-

2. Capitán de Corbeta Carlos Condell

3. Teniente 1º Manuel J. Orella

mo el tibio aliento de su amigo; comprendió toda la grandeza de su corazón, toda la solemnidad del momento, y queriendo reprimir una lágrima que brotaba de su alma, contestó alegremente con la bocina:

—¡*All right!*

Expresión que en esos momentos era no solo una sublime chanza al borde del abismo, sino también un homenaje y un recuerdo a los héroes ingleses que mecieron en el mar nuestras primeras naves educándolas en el deber y para la gloria.

Capítulo Quinto

Vencer o morir

Después de esta eterna despedida las dos naves iban ya a alejarse, cuando el *Huáscar*, en actitud de combate, desnuda su invulnerable torre y sumergido su casco en el mar, lanzó entre ambas su primer disparo de a 300, especie de heraldo que proclamaba su llegada.

Esa gigantesca notificación no atemorizó a nadie y al contrario, se la recibió a bordo de nuestras naves con una exclamación de júbilo, con un ¡viva Chile! prolongado y unísono, salido del alma de todos sus tripulantes.

Aquellos hombres se preparaban sonriendo a la muerte: tenían frente a sí la siniestra aparición y en vez de recibirla con estupor sus pechos rebosaban de alegría. Había allí juventud que iba a morir, bellos sueños que iban a olvidarse, blancas gaviotas que iban a abandonar para siempre su flotante nido. ¡Cuántos recuerdos pasarían hiriendo el alma como flechas en esos momentos de adios supremo a la vida! Pero ¡qué importa! ¿morir por la pa-

tria no es el sueño más bello que puede ambicionar un alma pura y grande?

Fue en ese instante de solemne prueba cuando se reveló el alma de Arturo Prat. El héroe, que ya lo era, daba sus órdenes con esa impasibilidad soberana, con esa dulzura varonil que era la expresión de su pureza, de su amor y de su fuerza. Su fisonomía, que siempre había sido apacible y tierna, acentuó todavía más sus caracteres. Los que le recuerdan creen verle aún rodeado de una aureola de gloria: sereno, terrible y magnífico, disponiéndolo todo para la muerte como un hombre que ordena y manda desde la eternidad. Su buque era viejo, podrido, inmóvil y con cañones que eran un adorno más que un arma. ¿Qué podría hacer contra el invulnerable monstruo que arrastraba consigo el espanto y la ruina? Nada, ¡sino pelear y morir con gloria! ¿Podría él entregar la nave que habían confiado a su honor? Otros, en circunstancias semejantes, lo habrían hecho sin mengua, pero él ¡jamás, jamás, mil veces la muerte! ¡Cómo! ¿era posible, podía siquiera aceptarse ni como un sueño fatídico que el Perú y Bolivia, esos dos leprosos de la América, vencieran a

Chile, la honra, la gloria, la civilización del continente latino, sin morir antes de vergüenza y de horror? La patria de Castilla el tahur, de Echeñique el peculador, de Pezet el traidor, de Balta el estafador de empréstitos, de Pardo el aleve y de Prado el débil, podría vencer y humillar? por la torpeza de un almirante, a la patria de O'Higgins el magnánimo, de Freire el puro, de Pinto el virtuoso y de Bulnes el honrado? Los soldados de Ingaví, de Talqui y de Boyacá ¿podrían vencer jamás a los soldados de Chillan, de Chacabuco, de Rancagua, de Maipo y de Yungay? El dilema era vergonzoso y terrible; pero Prat y sus compañeros no lo dilucidaron un minuto sino que lo resolvieron en el acto: se reducía simplemente a cumplir la vieja divisa de la patria: "vencer o morir."

Mientras tanto las dos naves peruanas evolucionaban para encerrar a los buques chilenos en la bahía de Iquique: el *Huáscar* se había dirigido rápidamente hacia el suroeste y la *Independencia* cerraba el camino del norte.

Las dos naves peruanas presentaban un aspecto muy diferente la una de la otra; mientras el *Huáscar* se sumergía en el mar como

un monstruo que fuera a luchar con los cetáceos, la *Independencia* se alzaba imponente y magnífica sobre la superficie de las aguas. Ambas naves arrastraban por el mar enormes y lujosos pabellones de seda. Los peruanos van a la guerra como los persas, haciendo ostentación de sus adornos y riquezas.

La *Esmeralda* se dirigía lentamente a ocupar su puesto de resistencia y de combate, lo más cerca posible de la arenosa playa. Posición admirablemente estratégica que obligaba a los peruanos a hacer fuego contra la corbeta y contra la ciudad de Iquique, hiriendo igualmente al enemigo y al hermano.

La *Covadonga* seguía a retaguardia y habiendo quedado más cerca del *Huáscar,* éste la hizo blanco de sus disparos. La goleta siguió avanzando al interior de la bahía, defendiéndose hábilmente a favor de los arrecifes que bordan la isla.

El monitor hizo entonces señas a la fragata; ésta se acercó por la proa y al costado de babor del *Huáscar,* e inmediatamente cesaron como por encanto las lujosas evoluciones, especie de preámbulo de la batalla, dando lugar a la lucha verdadera. Cada uno de los dos

monstruos de fierro se encaminó hacia su débil presa. Iba a ser aquello una caza divertida y útil, pues serviría de ejercicio de maniobras a las poco preparadas tripulaciones de los blindados. El *Huáscar* se dirigió a tomar a la *Esmeralda* y la *Independencia* a la *Covadonga,* que huía rápidamente hacia el sur sobre los arrecifes... Sublime y doloroso via crucis que había de conducirla a la más asombrosa victoria.

La *Esmeralda* quedó sola en la bahía esperando la muerte; pero resuelta, como los antiguos gladiadores, a vender cara su vida.

Antes de iniciar la lucha, el comandante Prat hizo tocar atención e inmediatamente se estrecharon a su alrededor los tripulantes de la nave, descollando la figura varonil y resuelta de Ignacio Serrano, la romántica y pensativa de Uribe, la grave y melancólica de Riquelme y de todo ese otro grupo brillante, predestinado, casi bíblico, en que formaban Arturo Fernández y Arturo Wilson, Francisco Sánchez, Vicente Zegers, Juan Oscar Goñi, Antonio Hurtado, Agustín Cabrera y Cornelio Guzmán, y más allá, en un orden inferior, oculto en medio de los ignorados, perdido en-

tre la turba anónima y gloriosa, el sargento Aldea, alma del pueblo, pura y grande como él.

Debió ser un espectáculo suplime el que ofrecía aquel grupo de hombres y de niños iluminados por la fe del patriotismo y del deber, teniendo a sus pies el abismo del mar y sobre sus cabezas todos los rayos de la guerra, jurando sobre una débil tabla defender hasta morir la bandera de la patria!

Fue entonces cuando Prat, cubriendo con su mirada a sus compañeros de martirio y de inmortalidad, se sintió conmovido, pero recobrando al instante su serenidad; les dirigió esta arenga antigua, que todos los sobrevivientes del combate han conservado grabada en la memoria y en el alma:

—*No es costumbre que un buque chileno arríe su bandera, y espero que esta no será ocasión de hacerlo. Juro que mientras yo viva, ese glorioso tricolor no se arriará, y después de mi muerte mis oficiales sabrán cumplir con su deber.*

Prat, que no mintió jamás, no hizo concebir a sus tenientes la esperanza de una victoria del todo imposible.

Por eso aquellas palabras —como decía más tarde el contraalmirante Riveros después de la victoria de Angamos— serán la orden del día permanente de la escuadra chilena.

Cuando Prat terminó su arenga, descubrió su frente y agitando al aire su gorra gritó con entusiasmo:

—¡Viva Chile!

Grito que repitieron todos los pechos de la *Esmeralda* y al parecer todos los ecos del mar.

El combate estaba ya iniciado. El *Huáscar* disparaba de intervalo en intervalo sus cañones de 300 libras, cuyo estruendo semejaba los bramidos de un monstruo furioso. La *Esmeralda,* haciendo a su adversario los honores que merecía, disparó sobre él todas sus piezas a la vez.

En los momentos en que la *Esmeralda* disparó sobre el *Huáscar* toda su batería, la *Covadonga,* perseguida por la *Independencia,* se perdía de vista... y al llegar hasta ella el estruendo de esa descarga de honor, nuestros marinos se imaginaron que la corbeta había

hecho volar su santa bárbara, y prosiguieron su marcha bajo tan tremenda impresión.

Los disparos del *Huáscar* eran tardíos. Los bisoños artilleros del monitor, después de una hora de combate, no habían logrado acertar uno solo de sus disparos sobre el extenso blanco de la nave enemiga. Como un vergonzoso contraste, los proyectiles de la *Esmeralda* llovían sobre la invulnerable cubierta del blindado produciendo sólo el infernal estrépito del choque, pero sin causar más daño del que origina la caída del granizo sobre la roca.

A bordo de la *Esmeralda* dominaba la impotente impaciencia de la falta de poder material con que ofender al enemigo, y a bordo del *Huáscar* el colérico despecho de no saber emplear con acierto los poderosos elementos de la nave.

La torpeza y el terror de los tripulantes del *Huáscar* había salvado a la *Esmeralda* durante más de dos horas de combate. —¿Terror?— Sí, aquella nave poderosa cuyos cañones podían traspasar a la corbeta de banda a banda, cuyo espolón podía despedazarla con el más leve choque; aquellos hombres ocultos dentro de torres y murallas de hierro no acerta-

ban a dar crédito a lo que veían; no podían comprender el heroísmo sublime de nuestros marinos e imaginaron que semejante obstinada resistencia era el resultado de un propósito infernal. La *Esmeralda* estaría rodeada de torpedos; por eso había fondeado tan cerca de la costa para obligar a su enemigo a perseguirla, atrayéndolo así a la insidiosa trampa. Grau, sus tenientes y todos los demás tripulantes de la nave invencible, creían firmemente en esta ridícula patraña. Era el león espantado al ruido de las hojas del bosque.

Dominados también en tierra por tal temor, se desprendió de la costa y se dirigió al monitor una embarcación que conducía a M. Chekley, práctico de la bahía de Iquique. M. Chekley, víctima de un terror imbécil, llegó asegurando al comandante del *Huáscar* que efectivamente la *Esmeralda* estaba rodeada de torpedos y que sería una imprudencia temeraria atacarla con el espolón. ¿Seguiría Grau el consejo de Chekley? Si lo seguía la lucha se iba a prolongar indefinidamente; pues estaba probado en dos largas horas de combate que los artilleros del *Huáscar* no darían

jamás en el blanco enemigo a trescientos metros de distancia.

Todos esos accidentes inesperados, toda esa vergonzosa prolongación de un combate ridículo, puesto que se combatía a una sombra, había embargado el corazón de Grau por vago rubor. Un incidente inesperado viene a cambiar oportunamente el carácter de la lucha; el general Buendía, comandante en jefe del ejército aliado del departamento de Tarapacá, ordena colocar en la playa algunas piezas de artillería de campaña para hacer fuego a la *Esmeralda*. La corbeta contestó el fuego con sus cañones y fusiles.

Desde este instante el combate se torna horriblemente sangriento. Los artilleros de la batería de estribor caen al pie de sus cañones heridos de muerte por la artillería de tierra. Todas las típicas pasiones de la guerra principian a tomar su horrenda fisonomía. Se goza ya con la sangre y con la muerte.

La *Esmeralda,* a intento de escapar a los fuegos de la artillería de tierra que diezma su gente, se mueve lentamente hacia el noroeste. El *Huáscar,* viendo desvanecida la línea misteriosa de torpedos con el movimiento de

la *Esmeralda,* marcha entonces a interponerse entre la corbeta y la costa, y al iniciar este movimiento acierta sobre el enemigo su primer cañonazo de 300 libras, que produce en la nave estragos espantosos.

El combate cuerpo a cuerpo en el mar entre el hombre y el monstruo va ya a dar principio. Los titanes se aperciben para escalar el cielo.

La *Esmeralda* estaba ya mortalmente herida cuando Grau, impaciente por la resistencia que oponía, se propuso terminar la tragedia con el espolón de su nave.

Grau no había venido a Iquique a pelear sino a anonadar; no quería, por consiguiente, que esa sorpresa afortunada se convirtiera para el enemigo en una catástrofe gloriosa; le humillaba ver que el pequeño pudiera sobrepujar al grande; le irritaba la visión inmortal que entreveía.

Grau fue siempre el miedo, nunca el valor y la audacia; no persiguió sino a los débiles, no peleó sino con los que no podían resistirle, y así, para llevar a cabo sus fáciles empresas, se deslizaba silenciosamente en las sombras, sin respirar, siempre cauteloso y siem-

pre tímido. A esto se ha llamado prudencia. Será prudencia cuando con un puñado de hombres se va a sorprender a un ejército, pero cuando con un ejército se va a sorprender a un puñado de hombres eso es una cobardía. ¿Acaso la guerra es solo la destrucción y la muerte? ¿no es también el heroísmo y la gloria?

Grau fue lo único que exhibió el Perú en la guerra marítima de 1879 y por eso los enemigos de Chile lo hicieron grande, y nosotros mismos, en nuestra bondad, aumentamos el bullicio del aplauso, porque es generoso aplaudir al enemigo. ¡Grau! ¿dónde están tus páginas heroicas?

Huyó siempre del fuerte y persiguió siempre al débil. Aplastaba a los niños y se arrodillaba en presencia de los hombres. Cuando pudo ser grande —en Angamos— el cañón vengador de Iquique lo despedazó al primer estampido aventando sus cenizas. No quedó de él ni siquiera una palabra.

¿Qué les dijo a sus tenientes antes del combate?

Nada.

Se reconcentró en un silencio frío como el

4. *Banderín de la* Esmeralda, *que salvó en el naufragio el cirujano naval Dr. Cornelio Guzmán Rocha, ahora en poder del Capitán de Navío don Sergio Aguirre Mac Kay, Subsecretario de Marina de Chile*

5. Guardiamarina Ernesto Riquelme

estupor. Su probable conducta futura quedó entre las tinieblas del enigma.

Seamos sinceros y justos: los grandes hombres no se falsifican. Las glorias de artificio duran lo que el barniz de una estatua de yeso: el sol lo resquebraja y la lluvia lo deshace.

Grau fue solo un marino prudente y entendido, capaz de conducir sin peligro un buque a la China y de hacer pingües negocios en cachemiras y porcelanas del Japón; pero de ahí, a ser héroe, hay la misma distancia que de las llamas de una fogata a los rayos del sol.

Capítulo Sexto

Los héroes

Una relación del combate de Iquique escrita por el poeta peruano Modesto Molina y publicada al día siguiente en el *"Comercio"*, diario de esa ciudad, dice que "viendo el comandante Grau que era inútil toda consideración con la *Esmeralda,* resolvió despedazarla." De esta relación peruana se desprende que Grau estaba indignado de la sublime resistencia de los chilenos. ¡Qué crimen el de ser heroicos!

En efecto, Grau soñó algunas horas con la captura de la nave, quería llevarla como trofeo de victoria cuando regresara triunfante al Callao, ambicionaba colocar sobre sus sienes la brillante diadema de la diosa marina de Chile. La ilusión se disipó al fin. Grau comprendió que para vencer a la *Esmeralda* era necesario despedazarla y afiló para el sacrificio la formidable cuchilla del *Huáscar*. En ese momento, según se ha referido después, algo como un presentimiento terrible pasó por su mente, negras visiones batieron las alas so-

bre su cabeza: —¡Se acordó de la *Independencia!*

Dominado por misteriosos temores, impotente, ciego de ira, pequeño ante la grandeza de sus adversarios, Grau se lanzó sobre la *Esmeralda,* dando a la máquina del *Huáscar* la imponente velocidad de ocho millas por hora. Sabía el presuntuoso paladín que se iba a estrellar no contra corazas de acero sino contra muros de carne. Pero Grau tenía por adversario a un hombre superior y el golpe no fue mortal. Prat, al ver avanzar al monstruo sobre su nave, gritó: "¡Toda fuerza a la máquina!" Orden que trasmitió el guardiamarina Wilson. El *Huáscar* solo consiguió herir levemente en la proa a la *Esmeralda.*

Fue en ese instante en que parecía que todo se desplomaba, menos el alma de Chile, cuando el comandante Prat, llevando su espada en una mano y en la otra un revólver, saltó sobre la cubierta del *Huáscar,* gritando a su gente:

—¡Al abordaje, muchachos!

La voz del comandante se perdió en los ruidos del mar, en el estruendo de los épicos choques, de los gritos de rabia, de dolor y de

odio, y sólo un hombre que no le abandonaba, que peleaba a su lado asombrado, dominado por su gran espíritu, el sargento Aldea, saltó como él sobre la invulnerable cubierta.

Apenas el monstruo recibió sobre sus escamas de acero la carga de estos dos hombres que pesaban un mundo, se retiró rápidamente del costado de la *Esmeralda*. Era bastante.

Prat recorrió como un dios la solitaria cubierta del monitor, con su mirada fija en la *Esmeralda,* de la cual se alejaba. Todos los enemigos estaban ocultos tras de murallas de hierro, y sólo el teniente Velarde se había quedado en descubierto, inmóvil y frío como una estatua de mármol. Prat se dirigió a la torre del comandante, y al intentar escalarla para batirse pecho a pecho con su adversario, como los antiguos paladines, cayó muerto sobre la cubierta. Una bala lanzada por oculto enemigo le había herido en la frente, como se hiere a los colosos. Aldea, su sombra gloriosa, que le había seguido al asalto, le siguió también a la tumba!

La muerte de Prat produjo en los tripulantes de la *Esmeralda* una impresión de profunda pena. Había desaparecido para siempre ese

espíritu dulce, sobrio y amado que supo revelarse genio y heroismo en el supremo momento de la lucha; pero su muerte, ¡grandiosa muerte! no era para nadie un desaliento sino una enseñanza sublime. Las nobles palabras de su arenga estaban grabadas en el corazón y en la mente de todos: "Mientras yo viva, ese glorioso tricolor no se arriará y después de mi muerte mis oficiales sabrán cumplir con su deber".

La muerte de Prat, aunque muy sentida, no sorprendió a nadie: todos la esperaban desde que se reveló su alma y su genio.

En efecto, tal presentimiento se explica muy bien: los hombres como Prat, una vez que han cumplido su misión, deben morir. En la tierra no se puede ser demasiado grande sin molestar a muchos; sólo en la eternidad se puede crecer inmensamente sin sofocar a nadie; se puede ser ángel, héroe o dios impunemente, pues en el infinito hay lugar para todos y la envidia que se arrastra no puede subir hasta los cielos—¿En dónde habitaría Prat en la tierra si hoy viviera?—¿En Caprera?

Después del gigantesco pero inútil esfuerzo

hecho por Prat, parecía que el espíritu humano tendría que doblegarse ante el poder de la fuerza; pero el temple de aquellos corazones era del puro y bruñido acero con que se amolda el pecho de los héroes.

Prat había cumplido su promesa más allá del deber y de la gloria, ¿podrían sus tenientes destruir o siquiera empañar su obra? La fortuna de Chile, la eterna gloria de Chile, iba a ser completa ese día. El alma de Prat era también el alma de todos los tripulantes de la *Esmeralda.*

El sucesor de Prat en el mando y en la gloria, el teniente Uribe, hizo reunir en consejo a los oficiales de la *Esmeralda.* Jamás se congregó un consejo semejante en que los mismos jueces iban a acordar su sentencia de muerte. ¡Ah! Y bien sabeis vosotros inmortales muertos, gloriosos sobrevivientes de la *Esmeralda,* sublimes mártires, jueces y verdugos de vosotros mismos, lo que en aquel momento resolvísteis! Todos, sin excepción de uno solo, Uribe y Serrano, Fernández y Riquelme, Zegers y Wilson, Sánchez y Hurtado, Goñi, Cabrera y Guzmán; todos resolvísteis no arriar jamás la bandera!

Y para confirmar el solemne juramento, mientras la *Esmeralda* principiaba a hundirse, el comandante Uribe afianzaba la bandera de mesana izando otra en el palo mayor. Era la muerte desafiando a la fuerza afirmando su poder.[1]

Cuando los oficiales de la *Esmeralda* vieron alejarse al *Huáscar* llevando sobre su solitaria cubierta solo al comandante Prat y al sargento Aldea, una nube de rubor cubrió sus almas. ¡Quién sabe si tal vez pasaba en ese momento por la mente del héroe la idea, la angustiosa y terrible idea, de que sus tenientes lo habían abandonado! Esa mirada profundamente fija en la *Esmeralda* que se alejaba, ¿significaba un adiós y un reproche a la vez? El, que había consagrado al deber toda su existencia luchando siempre por lo verdadero y por lo bueno, sufriendo una vida de

[1] Se ha puesto en duda el hecho de que el comandante Uribe hiciera enarbolar en el combate de Iquique otra bandera en el palo mayor de la *Esmeralda*, como un duelo a muerte, como una resolución suprema de no rendir jamás la nave. El hecho fue efectivo, como el mismo capitán Uribe lo declaró en el siguiente brindis que pronunció en el banquete que Valparaíso dio a la oficialidad de la *Esmeralda*.

He aquí esas palabras:

"En nombre de mis compañeros de armas y en el mío propio, os doy, señores, a vosotros y al digno jefe de la provincia que así nos felicita, los más sinceros agradecimientos por esta espléndida manifestación.

oscuridad cuando llevaba oculto en el fondo de su alma un mundo resplandeciente, él, llegaría a creer en el instante de la suprema prueba que sus compañeros no habían sabido cumplir con su deber? —¡Qué gotas de amarga hiel destilaría su corazón si tal creyó!

Uno de los jóvenes guardiamarinas de la *Esmeralda,* Arturo Fernández, nos ha expresado que sus compañeros abrigaron por un momento tan terrible sospecha. "Entonces —agregó Fernández vivamente emocionado—, para que el comandante Prat pudiera contemplar desde la eternidad que sus oficiales no le habían abandonado y que eran dignos de él, organizamos el segundo abordaje."

"Nosotros no hemos hecho nada para merecerla.

"Atacados en las posiciones que la *Esmeralda* estaba obligada a sostener, resistimos por orden de nuestro malogrado comandante. Mirando el honor de la patria en la bandera de la *Esmeralda,* mantuvimos en su puesto esa bandera, también por orden de nuestro venerado comandante.

"Y cuando éste, concibiendo y ejecutando instantáneamente el proyecto de adueñarse del *Huáscar,* cayó víctima de su patriótico arrojo, los oficiales de la *Esmeralda,* reunidos en consejo, resolvimos mantener a todo trance esa bandera, para cumplir las recomendaciones y deseos de nuestro malogrado jefe.

"Y aunque en el último trance la ordenanza me daba derecho de arriar esa bandera porque el buque estaba sumergiéndose, la mayor parte de la tripulación muerta o herida y la salvación era imposible, creí en mi conciencia que sobre la ordenanza estaba el honor de la patria, y afirme la bandera de mesana izando otra en el palo mayor."

¿Hay algo más puro y grande en la historia de la humanidad?

El teniente Ignacio Serrano se puso al frente del segundo abordaje.

Serrano era un joven de carácter impetuoso y suave a la vez, alegre, charlador, discreto y audaz hasta lo increíble. Su alma arrojada y temeraria no conoció jamás los obstáculos. El peligro era su mayor dicha y para vencerlo vestía su mejor traje y calzaba sus más ricos guantes, como quien va a una alegre fiesta. Reía de la muerte y podría decirse que casi la despreciaba, pues la había desafiado muchas veces y vencido siempre. Tenía esa cualidad rara, extraña, del que ejecuta algo prodigioso con una indiferencia y desdén verdaderamente soberano. Era un hombre que habría arrancado una estrella para alumbrar un pantano.

Serrano, rápido como el rayo de la venganza, recorrió los cañones impotentes de la *Esmeralda*, que bramaban, no para ofender al enemigo, sino para saludar nuestra bandera, y escogió de todas partes los hombres que debían acompañarlo en su empresa. Su cólera alegre comunicaba el entusiasmo. Todos se

disputaban un puesto en la sublime empresa.

Después de haber dicho adios a los amigos que combatían y estrechado la mano de los moribundos que partían, y a cuya comitiva él y sus compañeros se agregarían bien pronto en el camino, Serrano reunió su gente en la borda, y allí, agrupados, hacha y revolver en mano, formando un grandioso conjunto de cabezas altivas y triunfantes, esperaron el segundo golpe del monitor. Eran sesenta hombres.

El *Huáscar,* más veloz y furioso que en su primera embestida, despedazó con su espolón el flanco de la corbeta. Inmediatamente Serrano y catorce de sus compañeros saltaron al abordaje por el hueco a que daba acceso la proa del monitor. Los demás no pudieron saltar por la rapidez de la retirada, pero lograron enlazar con cables la proa del *Huáscar.*

Por un momento el relámpago de la esperanza brilló en los ojos de nuestros audaces marinos. ¿Habría caído el águila en el lazo? Aquel combate único, inmortal, que no ha tenido semejante en ninguna época, en ninguna historia, en ninguna raza, ¿terminaría también con el triunfo material de los débiles?

Imaginarlo era casi un absurdo, una locura, un orgullo satánico.

El peligro era inminente para la gran nave si llegaba a ser invadida por mayor número de gente. Grau lo comprendió así y, dominado su espíritu por el espanto, trató de rechazar aquel ataque que tenía para él algo de tenebroso. Le parecía una lucha de espectros. Si no hubiera sido dueño por completo de la fuerza, es posible que hubiera retrocedido a la vista de esos terribles visionarios que se arrojaban con la cabeza erguida y el pecho descubierto ante el negro muro de la muerte. ¡Grau, en medio de su estupor, dio, pues, la orden de *rechazar el abordaje!*

Uno de los oficiales de la guarnición del *Huáscar,* el más impetuoso tal vez, el teniente Arellano, dio cumplimiento a la orden del comandante, poniéndose al frente de sus soldados que componían la guarnición del monitor, y a quienes se denominaba *los buitres.* Arellano los entusiasmó con este grito guerrero y familiar: "*¡Arriba mis buitres!*"

Aquellos infelices comprendieron que la muerte era no sólo ignominiosa sino también mucho más terrible en el interior de sus cue-

vas que sobre la cubierta de su nave, y salieron por las escotillas, abandonando el cobarde escondite y poniendo, por primera vez, pecho descubierto al peligro.

La lucha cuerpo a cuerpo fue espantosa. Eran catorce contra sesenta y todos murieron sobre la cubierta del *Huáscar*. Podría decirse que el último soldado chileno mató al último soldado peruano, pues los que de estos no murieron, corrieron a ocultarse nuevamente en el interior de sus invulnerables guaridas. Desde la *Esmeralda* se hacía también a los *buitres* un fuego vivísimo. En medio del combate algunos soldados cortaron a hachazos los cables que unían el *Huáscar* a la *Esmeralda*. Grau, más feliz que Prometeo, respiró libremente.

¿Y Serrano?

¡Ah! Serrano había avanzado terrible y colérico por el castillo del *Huáscar* con dirección a la torre del comandante. Iba a repetir la hazaña de Prat. Pero al llegar junto al muro cayó mortalmente herido, exclamando:

—¡Yo muero! ¡Pero no hay que rendirse, muchachos!

La *Esmeralda* era ya en esos momentos una

ruina flotando sobre el inmenso abismo del mar. Todo lo que de ella quedaba podía ser destruido con un soplo. De sus doscientos tripulantes sólo vivían cincuenta, extenuados por las horrendas fatigas de un combate de cuatro horas, de un combate a muerte y sin esperanzas. En los rostros pálidos y demacrados de los tripulantes de la *Esmeralda* vagaba una sonrisa serena y altiva; parecía que sus frentes principiaban a iluminarse con la aureola del martirio. Eran hombres satisfechos de sí mismos, que después de una noble tarea esperaban el premio de su obra, es decir, la muerte. Habían cumplido todos sus deberes, habían intentado las más grandes audacias, pero habían sido aniquilados por la fuerza.

Ni uno solo había desertado del santo sacrificio, ni uno solo había vacilado ante la muerte, y en el último momento, cuando no quedaba sino un cañón, ¡y un cañón que no hería! nadie se preguntaba: "¿Qué haremos?" Sino que todos se decían: "¡Morir!".

Entre ese grupo de agonizantes descollaba la figura del comandante Uribe: altivo, resignado, impasible, esperando la última hora con los brazos cruzados sobre el pecho y la mira-

da fija en la bandera, es decir, en la patria. Ya no tenía orden alguna que dar a sus tenientes. Todo había terminado para él y los demás.

La máquina de la *Esmeralda* había dejado de funcionar y el agua llenaba las bodegas. ¡El ingeniero Hyat subió a la cubierta para comunicar que todo estaba concluido! Para llegar hasta ahí, Hyat se abrió paso con dificultad por entre los cadáveres que, rígidos y amenazantes, parecía que todavía defendían su nave.

Cuando Hyat, lleno de horror con el espectáculo que tenía delante de sus ojos, anunció al comandante Uribe que todo había terminado en su departamento, una bomba lo despedazó.

El *Huáscar* se lanzó por tercera vez sobre la *Esmeralda* para dar fin a su agonía; y al mismo tiempo que enterraba su espolón en el flanco ya despedazado y medio sumergido de la corbeta, uno de sus cañones disparaba sobre el centro su última bomba, dando muerte a todos los niños grumetes que ahí se encontraban. Aquella terrible ofensiva contra un grupo de hombres sublimes e indefensos era

una cobardía. Se asesinaba a gentes desarmadas, reos del crimen de no rendirse, se cometía la vileza de hacer fuego sobre los heroicos náufragos. No se quería respetar su gloria: por eso no se intentaba el abordaje para hacerlos prisioneros. Grau no tuvo en este combate un minuto de hombre de corazón. Tenía miedo hasta a las miradas de aquellos niños. La abnegación y el heroísmo del adversario no elevó su espíritu un solo momento. Hay hombres que no se contaminan jamás con la grandeza.

Ya no quedaba de la *Esmeralda* sino el espíritu, y en ese momento supremo el espíritu de la *Esmeralda* se reconcentró en el alma de Ernesto Riquelme.

De pie sobre la flotante ruina, sobre los gloriosos despojos, sobre los inmortales cadáveres, sobre los cañones enmudecidos como corazones que hubieran dejado de latir, Riquelme se alzaba sobre esa inmensa tumba como un resucitado. Semejaba una de esas estrellas que brillan en el oscuro firmamento en noche de tempestad. Tenía solo veintisiete años, era poeta y estaba enamorado. Su frente triste y pura estaba iluminada por los resplandores

del amor, del deber y de la gloria. A su lado yacía altivo el único cañón que no había sido inutilizado y que aún palpitaba, y su mano derecha levantaba su espada hacia los cielos, su terrible e inmortal espada que en esos momentos parecía más bien la palma de su glorioso martirio!

Cuando el *Huáscar* dio a la *Esmeralda* su última espolonazo, causando el rápido hundimiento de la corbeta, cuando la proa se sumergía en el mar, cuando la invencible bandera descendía majestuosa para ocultarse en el seno de las aguas, Ernesto Riquelme se inclinaba sobre su cañón y hacía el último disparo, el último saludo a la bandera, el último adios a la patria, el último homenaje al deber, la última ofensa al enemigo!

Vibraba aún el estruendo de ese disparo cuando Riquelme caía muerto al pie de su cañón, atravesado su noble pecho por numerosos proyectiles enemigos.

¡Si los hechos sublimes llegan al cielo, el cañonazo de Riquelme debió de oírse en las alturas!

¡Sí, noble joven! Ese cañonazo, que fue tu última inspiración, tu último arranque y tam-

bién el último latido de tu generoso pecho, se oirá en todos los siglos y su eco glorioso resonará eternamente en el corazón de la patria.

Mientras la *Esmeralda* se hundía majestuosamente, como un astro en el océano, sus tripulantes trataban de salvarse sobre los despojos de la nave.

El *Huáscar* echó al mar algunos de sus botes para tomar a los náufragos, a los cuales se les gritaba desde a bordo del monitor:

—¡Rendíos, rendíos!

—¿Rendirnos? —exclamaban en medio de su agonía—, ¡jamás, jamás, antes la muerte!

Y agregaban indignados la famosa palabra de Cambronne en Waterloo, que nuestros marinos pronunciaban en situación más solemne y difícil que la del héroe francés. Palabra vulgar entre nosotros que la ha repetido siempre en los combates el último de nuestros soldados.

Cuando los tripulantes de la *Esmeralda* fueron conducidos prisioneros a bordo del *Huáscar,* encontraron tendidos sobre la cubierta del blindado los cadáveres de Prat, Aldea y demás gloriosos asaltantes.

Parecía que el comandante Grau no se había atrevido a levantar a aquellos muertos. Temía que se pusieran de pie.

El teniente Serrano vivía aún. Estaba solo, abandonado y agonizante junto a la torre que había intentado escalar.

Los oficiales de la *Esmeralda* solicitaron del comandante Grau la gracia de atender a su compañero con el cirujano de su nave, gracia que les fue negada. Serrano expiraba pocos momentos después sin que ninguna mano amiga estrechara la suya, sin que ninguna cabeza se inclinara sobre su frente.

Para recibir a los marinos de la *Esmeralda,* Grau había hecho formar sobre la cubierta a los tripulantes del *Huáscar*. Los trajes despedazados y el desnudo casi completo de nuestros marinos hizo reir a los peruanos. Se lanzaba sobre el sagrado infortunio de los náufragos burlas y risas repugnantes. ¡No faltó ni el escarnio a su martirio!

Pero los tripulantes del *Huáscar,* al intentar echar abajo la gloria de los náufragos de la *Esmeralda,* hacían un cómico y siniestro esfuerzo. ¿Qué ideas tenían de la patria, del deber y de la gloria aquellos seres que se bur-

laban de hombres sacrificados por una sublime idea y un gran pensamiento? Esa burla era, sin embargo, necesaria para el complemento de la gloria de nuestros marinos. ¿Qué pedestal no ha sido baboseado por la envidia, la cobardía o la ignorancia? ¿A qué héroe no se le ha hecho beber la cicuta? ¿Sobre qué noble frente no se ha clavado una corona de espinas?

Capítulo Séptimo

El asombro

BIBLIOTECA PUBLICA
Nº 82
SANTA CRUZ

Cuando la *Esmeralda* se hundió en el mar después de tan sublime resistencia, algo como un dilatado estremecimiento de espanto y de horror se apoderó del alma de los espectadores de aquella homérica lucha.

¡Qué lección tan tremenda al principio de un combate a muerte entre dos pueblos! ¿Era posible vencer a semejantes hombres? Los triunfantes del *Huáscar,* dominados a su pesar por el asombro, permanecieron silenciosos y mustios durante algunos minutos, y es fama que Grau limpió más de una vez su frente del sudor que la inundaba.

En la playa de Iquique se extendía, en orden de batalla, rindiendo involuntario homenaje al heroísmo, el ejército peruano mandado por el general Buendía. Aquellos soldados habían sido impasibles espectadores y jueces de la lucha. Habían visto a los hombres de la *Esmeralda* realizar los más grandes prodigios y a la nave inmortal sumergirse en una espe-

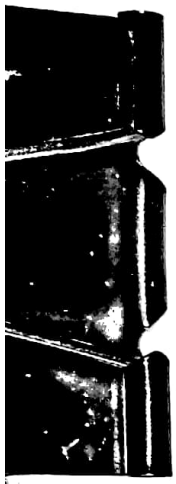
cie de aurora que deslumbraba sus ojos y atemorizaba su espíritu. Todo lo que aquella multitud pensaba y sentía en esos momentos lo expresó el general Buendía en este involuntario arranque:

—¡Y contra estos hombres vamos a tener que pelear!

Y como si el Perú hubiera sido vencido y despedazado en ese combate desigual, que era una revelación del porvenir; como si todos los futuros desastres y derrotas hubieran pasado en espantoso tumulto por la imaginación de aquellos hombres, mudo y cruel silencio dominó la escena. Los marinos del *Huáscar*, que habían creído llegar a una fiesta, los soldados de Buendía que se habían formado para presenciar un triunfo y presentar las armas a sus hermanos vencedores y la agitada muchedumbre de la ciudad que esperaba vengarse de sus tenaces bloqueadores, inclinó avergonzada la pálida frente y comprendió en toda su amargura que ellos no eran los vencedores.

Capítulo Octavo

La fuga heroica



Mientras en la bahía de Iquique combatía la *Esmeralda* contra el *Huáscar,* la *Covadonga,* perseguida por la *Independencia,* desarrollaba su vasto plan de defensa, empleando medios de hostilidad que a la inmóvil *Esmeralda* no le era posible adoptar.

Es una de las grandiosidades de este combate único los distintos caracteres de las dos luchas: el gran triunfo moral de la *Esmeralda* y la sorprendente victoria material de la *Covadonga.* La *Esmeralda* anonadó al *Huáscar* con su resistencia sublime y la *Covadonga* despedazó y rindió a la *Independencia* con su estrategia maravillosa.

Unidos esos dos episodios, engastado el uno al lado del otro como las piedras deslumbrantes de una diadema, forman un conjunto de fabuloso efecto y arrojan sobre la tenebrosa humanidad luces de inmensa y resplandeciente gloria. Después de haber contemplado el combate de Iquique, el espíritu ansioso y

anhelante pasa de una grandeza a la otra y se detiene asombrado ante el triunfo de la *Covadonga*. Parece increíble que de una sola generación hayan salido tantos héroes.

Había a bordo de esas dos naves alma y fuerza para muchos siglos.

Cuando la *Covadonga* abandonó el fondeadero de Iquique para dirigir su rumbo hacia el sur, se deslizó por el costado del *Huáscar*, y al encontrarse frente al monitor, descargó sobre él sus dos cañones de 70, y siguió volando sobre la superficie de las aguas, *guardando sus fondos*, como el sublime Prat se lo había recomendado. Prat, como el Cid, iba a ganar batallas después de muerto.

Los oportunos disparos de la *Covadonga* comunicaron a los marinos de la *Esmeralda* ese entusiasmo varonil y resuelto que se apodera de nuestra alma al presenciar un gran ejemplo, un hecho audaz, una acción heroica y temeraria. Era la golondrina hiriendo y desafiando al águila.

El *Huáscar* contestó los disparos de la *Covadonga* con uno de sus cañores de a trescientos, cuya bala perforó a la goleta de banda a banda, a flor de agua y por su proa.

Este certero disparo cortó las dos piernas al joven cirujano Pedro R. Videla, un niño de veinticuatro años, apasionado y heroico, que llevaba en su corazón una incurable herida de amor: había perdido a su prometida en los momentos en que se preparaba a llevarla al altar. ¡Feliz niño! murió llevando encerrado en su corazón, como en un arca santa, el doble ideal de su amor y de su patria. Cuando la *Covadonga* abandonaba la bahía de Iquique llevaba una terrible herida en su casco y un muerto querido a su bordo.

La *Covadonga,* comparada con la *Esmeralda,* era una ágil y ligera nave: podía surcar las corrientes agitadas y bulliciosas del mar, podía salvar las rompientes peligrosas de la isla que cierra por el sur la bahía de Iquique, podía deslizarse por sobre los arrecifes que bordan la costa, poniendo entre ella y su poderoso enemigo todos los obstáculos que la naturaleza ha arrojado allí pródigamente y que Condell debía aprovechar con un talento igual a su fortuna.

El teatro de las operaciones de la *Covadonga* era vastísimo; se extendía desde Iquique, tumba de la *Esmeralda,* hasta Punta Gruesa,

tumba de la *Independencia;* cerca de once millas marinas.

En esa parte de la costa se encuentran las pequeñas caletas o ensenadas de Cabancha, del Molle y de Chiquinata. La primera situada inmediatamente después de Iquique, la segunda cuatro millas más al sur y la última cerca del histórico promontorio de Punta Gruesa, que ha dado su nombre a la victoria. Tal era la línea de combate señalada por la naturaleza y aceptada por Condell.

Toda esa extensa costa está cubierta hasta media milla mar afuera de peligrosos arrecifes y bancos arenosos.

La *Covadonga* calaba sólo once pies y la *Independencia* veinticuatro. La lucha era de valor y de ciencia. Por eso Condell tomó la espada en una mano y la sonda en la otra.

La fuga de la *Covadonga* no era, pues, una escapada sino una estrategia. El que huye no se bate y por consiguiente no vence. El que vuelve las espaldas no hace fuego sobre el enemigo, ni lo conduce por medio de hábiles maniobras al abismo de su ruina.

Condell escogió el campo de batalla que correspondía a sus elementos, como Napoleón

escogió a Austerlitz y Bolívar a Junín. Daba, sin embargo, al enemigo una ventaja inmensa: le desafiaba en su misma casa, en su misma costa, cuyos perfiles y peligros debía conocer mejor que él, extranjero y joven en el mar.

La *Covadonga* no podía tampoco aprovechar de las sombras de la noche que oculta los escombros y los abismos, pues el mar estaba iluminado por el sol de una espléndida mañana.

Condell poseía condiciones especiales para esta clase de aventuras: una extraordinaria rapidez de concepción y un brazo robusto y atrevido para ejecutar inmediatamente lo que concebía su cabeza. Su valor era a veces frío y sereno, impetuoso y colérico otras. Era un hombre de mar en la más vasta significación de esta palabra. Tenía en su alma las tempestades y las calmas del océano.

En esta lucha sin ejemplo en la historia, que ningún hombre ha sostenido jamás en los mares con tan rara y asombrosa fortuna, Condell no perdió un solo detalle por insignificante que fuera. Aprovechó en su defensa has-

ta de las impetuosas olas e inmóviles rocas del mar.

Además de su buena estrella, Condell tenía también a su lado a los oficiales Orella, Lynch, Sanz y Valenzuela. El último de estos oficiales venía a cargo de los cañones de señales y el ingeniero don Emilio Cuevas dirigía la máquina, que a pesar de hallarse en deplorable estado prestó importantes servicios, en ese combate de evoluciones y por consiguiente de máquina y de calderos.

Los tenientes Orella y Lynch asumieron desde el principio del combate el humilde y noble puesto de cabos de cañón. Cada uno tomó bajo su dirección una de las dos piezas de a setenta que componían la artillería de la *Covadonga,* lo que explica cómo en menos de veinte minutos nuestros marinos habían dejado caer ocho bombas sobre la cubierta de la fragata, rompiendo, según relación peruana, la escotilla de la máquina, destrozando algunos botes y la batayola, el puente del comandante, la telera y desmontado dos cañones. Todo esto sin contar las pérdidas de vidas.

Hasta ese momento la *Independencia* no ha-

bía acertado un solo tiro a la *Covadonga*. Los artilleros de la fragata eran dignos émulos de los del monitor. Sólo así se comprende cómo los dos cañones de la *Covadonga* resistieron durante cuatro horas a los veintidós de la *Independencia*.

En verdad fue aquella una lucha que ha venido a empequeñecer todas las viejas fábulas olímpicas.

Hay mucho de extraño y de fatalista en la clase de persecución que la *Independencia* emprendió contra la *Covadonga*. El blindado marchaba ciego en pos de su presa, como un águila que persigue a una paloma intentando cazarla al vuelo. En vez de cortarle la retirada, la fragata seguía detrás de la goleta y sólo se detenía o retrocedía cuando la sonda indicaba que no había fondo para el enorme casco. Ni una evolución, ni una maniobra de esas que revelan inteligencia y táctica. La *Independencia* seguía en pos de su destino buscando el abismo en que debía caer. Era de día, el sol de la mañana lo iluminaba todo, y parecía que caminaba entre tinieblas. Marchaba altiva y empecinada, creyendo en su demencia que iba a fácil y segura victoria!

Y era imponente la furiosa marcha de la *Independencia!* Vista desde la débil *Covadonga,* aquella mole enorme, corriendo al acaso, fascinada por la cólera de Moore y la habilidad de Condell, parecía un mundo que se deslizara sobre las aguas.

De momento en momento la fragata disparaba sus baterías contra el enemigo; pero sus balas hacían el efecto de los rayos frustados de Júpiter. Solo dos bombas consiguieron caer en la gloriosa goleta y esas fueron a ocultarse humildemente en las carboneras, donde se sofocaron. Por lo que hace a la pieza de 150 que la *Independencia* llevaba en la proa, no pudo ser cargada una sola vez, porque los rifleros de la *Covadonga,* mandados por el sargento Olave, hacían un fuego vivísimo desde el castillo de popa, hiriendo a los que intentaban colocarse junto al gran cañón, alrededor del cual se hizo pronto el desierto y la muerte. De suerte que durante el combate la boca de fuego más poderosa de la *Independencia* permaneció muda, La audacia y la habilidad desarmaba a la fuerza.

Un incidente algo cómico vino a cambiar por un momento la monotonía de la persecución.

Cuando la *Covadonga,* después de haber virado al sur contorneando las rompientes de la isla, entró en la ensenada de Cavancha, veinticinco o treinta botes tripulados por los soldados del general Buendía intentaron cortarle el paso y abordarla. Ignoraban aquellos infelices que la goleta iba tripulada por hombres del mismo temple que los que tripulaban la corbeta.

Condell ordenó al guardiamarina Valenzuela que disparara contra los botes con los cañones de señales, y dos o tres descargas a metralla, unidas al fuego de la fusilería de a bordo, desbarataron el atrevido intento de aquellos enanos.

La *Independencia* hizo entonces su primera tímida tentativa de acometer con el espolón a la *Covadonga;* pero retrocedió inmediatamente ante el doble temor de encallar por el poco fondo del mar y por los estragos que hacía en su tripulación el vivísimo fuego de los cañones y fusiles de la goleta.

Moore dio nuevas disposiciones para proseguir en su fatal intento de espolonear a la *Co-*

vadonga. Empecinado y colérico no comprendió lo que significaba aquella primera advertencia, ni presintió el vago anuncio de la catástrofe.

Capítulo Noveno

Rendición del coloso

La fuga estratégica de la *Covadonga,* su defensa tenaz y heroica, su habilidad sorprendente para vencer los peligros, el fuego terrible de sus cañones, todo ese conjunto de hechos increíbles inflamó de cólera el corazón de Moore a las mismas horas en que la resistencia de la *Esmeralda* exasperaba a Grau. ¿Era posible que el poderoso blindado con veintidós cañones no pudiera vencer a la podrida y pequeña nave? La rápida fragata que andaba doce millas por hora, ¿no podría detener en su fuga a la goleta que sólo andaba cinco? Pero la *Covadonga* seguía su afortunada marcha empujada, más que por el vapor de sus calderos, por las olas y las brisas del océano. Bajaba y subía los abismos, cruzaba como una gaviota los arrecifes y los bancos, se desvanecía como la espuma y volvía a reaparecer amenazante, ofensiva y desdeñosa. Parecía que trataba de ocultar o de suavizar las rocas y las arenas para que el incauto ene-

migo, no encontrándolas peligrosas, se estrellara sobre ellas. Las rocas eran el espolón de la *Covadonga.*

Moore, desvanecido y deslumbrado, pensó que tanta fortuna no podía ser la obra de Condell. Aquello era increíble y fantástico: había un genio misterioso que dirigía la nave, y ese genio no podía ser el del bien sino el del mal, porque el del bien estaba con el Perú. Los giros vertiginosos de la *Covadonga,* sus movimientos desesperados que desconcertaban al enemigo, sus punterías terriblemente certeras, resultado de cálculos fatales, no podían ser sino la obra de un espíritu infernal, y ese espíritu tenía que ser el del práctico Stanley. Los hombres inferiores recurren siempre a un fenómeno cualquiera, vulgar, extraordinario o misterioso, para explicarse sus desgracias.

Stanley, como la serpiente del Paraíso, fascinaba a la *Independencia* y la arrastraba en pos de la *Covadonga* para perderla.

Y mientras esto pensaba Moore, "el hombre-infierno," el hombre-catástrofe, que hacía surgir una roca del abismo al contacto de su mágica varilla, dormía profundamente, con

la tranquilidad del justo, en un camarote del vapor *Lamar* que se dirigía a Antofagasta para dar cuenta de la doble victoria de Iquique y de Punta Gruesa.

Pero, ¿quién era Stanley?

Stanley, según los cronistas peruanos, había cometido un asesinato en una chata fondeada en el Callao, y por falta de pruebas había sido absuelto. "En agradecimiento a esta generosa conducta de los tribunales peruanos, dicen los mismos cronistas, Stanley, muy conocedor de los derroteros del sur, se ofreció a dirigir a la *Covadonga*."

¡Se ve, pues, que Stanley era algo muy parecido a una visión o a un sueño!

Lo verdadero, lo terrible, lo que hacía de la *Covadonga* una nave invencible, era el sentimiento del amor a la patria, al deber y a la gloria que dominaba a todos sus tripulantes. Era el espíritu de Prat, la habilidad de Condell, el recuerdo de las gloriosas tradiciones de nuestra historia, era, en fin, ¡el alma de Chile!

Se acercaba la hora del mediodía y aquella lucha obstinada e indecisa parecía prolongarse indefinidamente. Moore, que era la fuerza,

sentía en su taciturno despecho, que hasta ese momento el triunfo correspondía a la *Covadonga,* y que había llegado el instante de lanzar sobre el pequeño insolente todos los rayos de su poder. El espolón de la *Independencia,* mas poderoso que el del *Huáscar,* iba a dar fin a la tragedia.

En el momento en que la *Covadonga* recorría cautelosa y triunfante los bordes de la bahía de Chiquinita, la *Independencia* se lanzaba otra vez sobre ella para despedazarla con su ariete; pero cuando se encontraba sólo a doscientos metros de distancia se vio obligada a retroceder ante los certeros disparos del teniente Orella y el insuperable inconveniente de no tener el mar bastante fondo para sostener a tan gran nave. La fragata viró nuevamente mar afuera perdiendo las pequeñas ventajas que había obtenido al acercarse.

Al mismo tiempo que la *Independencia* se alejaba llevando consigo la vergüenza de este segundo fiasco, la *Covadonga* abandonaba la abierta bahía de Chiquinita y principiaba a deslizarse por los arrecifes de Punta Gruesa. Se acercaba al desenlace.

El visionario Moore debió ver sobre esos

arrecifes algo como una inmensa tumba. Uno de sus tenientes ha dicho que las rocas que en esa costa se levantan tienen de noche las formas de amortajados espectros. Los hombres ven siempre en la naturaleza los horrores que llevan en su alma.

Mientras el comandante Moore ordenaba la tercera embestida y la gente de cubierta de la *Independencia* bajaba a la batería y tomaba la posición salvadora en estos casos para evitar los efectos del choque, esto es, se tendían de bruces sobre la cubierta, el comandante Condell esperaba sereno el desenlace.

Condell había dirigido su nave con una habilidad sorprendente, había peleado durante cuatro horas a pecho descubierto, siendo el blanco de todos los fuegos del enemigo, y esperaba el último momento con el alma llena de fe.

Los sondajes practicados a bordo de la *Independencia* para asegurar el éxito de la tercera embestida habían dado más de nueve brazas de agua a proa y otras tantas a popa de la fragata. La naturaleza parecía complaciente esta vez.

La *Independencia* se lanzó desde una dis-

tancia de doscientos cincuenta metros, pretendiendo tomar a su enemigo por la popa. En ese instante la *Covadonga* tenía por la proa el bajo de Punta Gruesa. Condell, al ver venir hacia él al gigantesco adversario, se lanzó audazmente sobre el bajo para atravesarlo, poniéndolo entre las dos naves como un insalvable obstáculo. La *Covadonga* pasó rozando las rocas. Moore, demente y furioso, no pudo detener la marcha de la fragata por la impericia de los improvisados timoneles que servían la nave, pues los de su confianza, que eran tres, habían sido muertos por nuestros rifleros, y se estrelló despedazándose sobre las mismas rocas que acababa de salvar la *Covadonga*.

El blindado cayó innoblemente sobre su costado de estribor y el agua penetró a torrentes por las portas de las baterías. Se apagaron los fuegos y se sumergieron los calderos hasta la caja de humo. La *Covadonga* viró entonces a fin de ponerse por la popa de la fragata, desde donde no podía recibir los fuegos enemigos, y al pasar frente de la enorme pero ya inerte mole, le disparó sus dos cañones de a 70, que la *Independencia* contestó con tres tiros cuyas balas se perdieron en el fondo del

mar. Los cañones se habían inclinado hacia abajo en señal de rendición.

El pánico se había apoderado de los tripulantes de la *Independencia* que luchaban por defenderse de la inundación y de los fuegos de la *Covadonga*. Gritos de cólera, de desesperación, de asombro y de dolor se escapaban de todos los pechos, y en medio de tan espantoso derrumbe no se vio aparecer en el dintel de esa tumba sombría la figura luminosa de uno de esos hombres que en las desgracias sublimes levantan el abatido espíritu y dan vigor al brazo desfalleciente. Todos inclinaron la cabeza ante la fatalidad; ninguno la levantó desdeñosa y altiva revelándose contra el destino.

La *Covadonga* seguía cañoneando impasible a su rival, pues aún flameaba la bandera enemiga en los mástiles de la poco antes invencible nave.

De repente, en medio del ruido que hacían las olas al estrellarse sobre la rota quilla de la fragata, en medio del estruendo de las descargas, de los clamores de los vencidos y de

las alegres voces de los vencedores, se dejó oír este grito espantoso:

—¡Estamos rendidos!

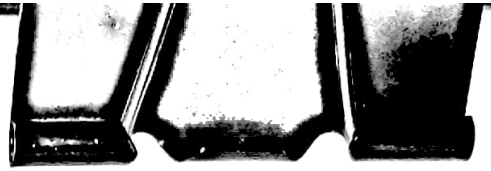
Y al mismo tiempo pudo presenciarse el terrible espectáculo de ver descender del más alto mástil de la fragata la bandera bicolor y alzarse en su lugar el blanco estandarte de la rendición.

La *Covadonga* cesó inmediatamente sus fuegos, viró su quilla hacia el sur, hacia las costas de Chile, y se alejó triunfante de la sangrienta arena. Era ya tiempo; pues hacia el norte se divisaba el humo de una nave que avanzaba rápidamente. Era el humo del *Huáscar*.

Aquel combate tenebroso de la demencia contra el genio, del caos contra la luz, del pasado contra el porvenir, había terminado y Apolo había vencido a Leviatan.

DOCUMENTO Nº 1

Parte oficial del Comandante don Miguel Grau sobre el combate del Huáscar *con la* Esmeralda



COMANDANCIA GENERAL DE LA 1a. DIVISION NAVAL.

Al ancla en Iquique, mayo 23 de 1879.

Benemérito señor General Director de la guerra.
B. S. D.

En cumplimiento de las instrucciones verbales recibidas de V.E. zarpé del puerto de Arica en la primera hora de la noche de 20 del presente, con el monitor *Huáscar* y la fragata *Independencia,* ambos buques pertenecientes a la división naval de mi mando, y me es honroso dar cuenta a V. E. de los acontecimientos que han tenido lugar en ella hasta la fecha. En la travesía del puerto de Arica al de Iquique, creí conveniente recalar a Pisagua, lo que verifiqué a las 4hs. 20 ms. A.M. del 21, con el objeto de inquirir algunas noticias relativas a la comisión que debía realizar en Iquique. En efecto, supe por el capitán de dicho puerto, quien me mostró un telegrama del prefecto del departamento de Tarapacá, de fecha 19, en el que se le comunicaba que la corbeta *Esmeralda,* la cañonera *Covadonga* y el transporte *Lamar,* buques de la escuadra chilena hacían efectivo el bloqueo de Iquique.

Al aproximarse nuestros buques al puerto de

Iquique, noté que efectivamente tres buques caldeaban, y pronto pude reconocer entre ellos a la *Esmeralda* y *Covadonga,* que se ponían en movimiento, tomando posiciones defensivas, a la par que salía del puerto un vapor con bandera norteamericana, probablemente el *Lamar,* y se dirigía al sur. La anticipación con que hizo esta maniobra y la distancia de cinco millas a que me hallaba del puerto, teniendo en cuenta las diligencias consiguientes a su reconocimiento, me decidieron a dirigir mis operaciones de preferencia sobre los dos buques que antes he indicado. Llegando el *Huáscar* a dos mil metros próximamente al N.O. del fondeadero de los buques enemigos, mandé afianzar el pabellón y ordené a la *Independencia,* que venía por el norte, próxima a la costa y a cinco millas de distancia, se dispusiera para el combate.

Ocupaban entonces los mencionados buques posiciones a un cable o cable y medio de la playa, frente al lado N. de la población, en orden de combate, la *Covadonga* por la popa del otro y ambos con proa al N., de manera que estaban interpuestos entre nosotros y la población. Eran las 8 hs. 20 ms. A.M. del 21.

Trabóse el combate desde ese momento entre el *Huáscar* y los dos buques enemigos, y 30 minutos después se unió y rompió sus fuegos la *Independencia,* pero nuestros tiros no podían ser bien dirigidos por encontrarnos en la boca del puerto bajo la acción de la mar, a la par que las punterías de los bu-

ques enemigos tenían en lo general buena dirección y elevación.

La *Covadonga,* después de la primera hora, salió del puerto muy pegada a la isla que cierra la parte occidental, y emprendió su retirada por la costa del sur, barajándola muy próxima a la playa, en vista de lo cual ordené a la *Independencia* perseguirla, quedándome por consiguiente batiendo con el *Huáscar* a la *Esmeralda.*

Mientras la *Independencia* seguía su camino, y notando la inseguridad de nuestros tiros, por la causa que he dicho antes, me decidí a atacar a la *Esmeralda* con el espolón; pero informado por el capitán de corbeta y del puerto, don Salomé Porras, y por el práctico del mismo, don Guillermo Checle, quienes se encontraban a bordo desde el principio del combate, de que dicho buque estaba defendido por una línea de torpedos en su delante; intenté dirigirme sobre él pasando próximo a tierra por el lado del sur para desalojarlo de la zona en que maniobraba defendido. Mas, observando a la vez que se dirigía hacia el norte saliendo de esa zona, cambié de propósito y goberné directamente sobre el centro de su casco, con un andar de ocho millas próximamente. A medio cumplido de distancia detuve la máquina, y la *Esmeralda,* guiñando para evadir el golpe al costado, lo recibió por la aleta de babor en dirección muy oblicua, el espolón resbaló, su efecto fue de poca consideración, y quedaron abordados ambos buques, hasta que el *Huáscar* empezó su movimiento para atrás.

Embestí nuevamente con igual velocidad y la *Esmeralda* presentó su proa, evadiendo de esta manera nuevamente los efectos del choque, sin embargo, estos dos golpes la dejaron bastante maltratada.

En ambas ocasiones, a la aproximación de los buques y durante el tiempo que permanecieron muy cerca, recibimos el nutrido fuego de las ametralladoras que tenía establecidas en sus cofas el de fusilería y muchas bombas de mano a la vez que descargas completas de la artillería de sus costados. El blindaje protegió bien a nuestra gente de los efectos de tan certeros fuegos, muchos de los cuales chocaron en nuestra torre y otros rompieron algunas partes de madera o de hierro muy delgado, y permitía sostener igualmente nuestro fuego de cañón y fusilería.

Finalmente, emprendí la tercera embestida con una velocidad de diez millas y logré tomarla por el centro. A este golpe se encabuzó y desapareció completamente la *Esmeralda,* sumergiéndose y dejando a flote pequeños pedazos de su casco y algunos de sus tripulantes. Eran las 12.10 P.M. El comandante de ese buque nos abordó a la vez que uno de sus oficiales y algunos de sus tripulantes por el castillo, y en la defensa de este abordaje perecieron víctimas de su temerario arrojo. Inmediatamente mandé todas las embarcaciones del buque a salvar a los náufragos y logré que fuesen recogidos sesenta y tres, los únicos que habían sobrevivido a tan obstinada resistencia.

No puedo prescindir de llamar la atención de V.E.

hacia la sensible pérdida del teniente 2º graduado don Jorge Velarde, para significar el notable comportamiento y arrojo con que este oficial conservó su puesto en la cubierta, al pie del pabellón, hasta ser víctima de su valor y serenidad.

Terminado en el puerto de Iquique el salvamento de los náufragos y con ellos a bordo me dirigí en demanda de la *Independencia,* que estaba a la vista en la punta denominada *Gruesa,* al sur de Iquique, con el intento de ayudar al apresamiento de la *Covadonga.* Noté que ésta, desde que se apercibió del movimiento del *Huáscar,* se alejó a toda fuerza con rumbo al sur a la vez que la *Independencia,* algo reconocida a una banda, permanecía en el mismo sitio.

A medida que iba avanzando, pude claramente comprender que este último buque estaba varado, y preferí continuar la persecución de la *Covadonga* durante tres horas, hasta que convencido que la distancia de diez millas que próximamente me separaba de ella no podía estrecharla antes de la puesta del sol, creí más conveniente desistir del empeño y volver en auxilio de la *Independencia.*

Pude entonces apreciar que la pérdida de la fragata era total y mandé mis embarcaciones por la gente que había a su bordo dando la orden de incendiar el buque.

Los detalles relativos a la pérdida de la fragata los encontrará V. E. en el parte adjunto del comandante de dicho buque; este jefe, con todos sus subordi-

nados, marchan en el *Chalaco* a ponerse a las órdenes de V.E.

Regresé al puerto de Iquique y remití a tierra a los prisioneros a órdenes del señor general en jefe del ejército. A los heridos para su curación y los cadáveres para su sepultura.

Por considerarlo prudente me moví a la mar con el fin de pasar la noche sobre la máquina reconociendo las cercanías del puerto, y avisté en la madrugada al transporte *Chalaco* que estaba en Pisagua. Me dirigí en demanda de él, e impuesto de su comisión, ordené venirse a cumplirla al puerto de Iquique, por creerlo así más conveniente.

Actualmente me ocupo en hacer carbón, tomándolo del *Chalaco,* de tierra y una lancha perteneciente al enemigo, con el fin de continuar dando cumplimiento a las instrucciones de V.E. Al terminar cábeme la satisfacción de asegurar a V.E. que todos los individuos de la dotación del *Huáscar* que me están subordinados han cumplido su deber.

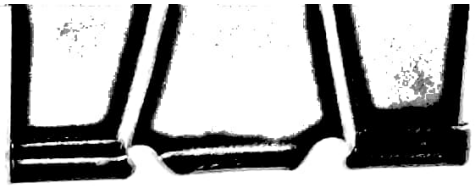
Todo lo cual tengo el honor de elevar a conocimiento de V. E. para los fines a que haya lugar.

Dios guarde a V.E.

MIGUEL A. GRAU

DOCUMENTO Nº 2

Parte oficial del segundo Comandante de la Esmeralda, *don Luis Uribe*



Iquique, mayo 29 de 1879.

Tengo el honor de poner en conocimiento de V.S. que el 21 del presente, después de un sangriento combate de cuatro horas con el monitor peruano *Huáscar,* la Esmeralda fue echada a pique al tercer ataque de espolón del enemigo. El honor de la bandera ha quedado a salvo, pero desgraciadamente tenemos que lamentar la pérdida de tres de sus más valientes defensores: el capitán Prat, el teniente Serrano y el guardiamarina Riquelme.

Como a las 7 A.M. del día indicado divisamos dos humos al norte. Inmediatamente se puso el buque en son de combate. A las ocho se reconoció al *Huáscar* y poco después a la fragata *Independencia.* Se hicieron señales a la *Covadonga* de venir al habla, y el capitán Prat le ordenó tomar poco fondo e interponerse entre la población y los fuegos del enemigo. Al movernos para tomar la misma situación, se nos rompieron dos calderos y el buque quedó con un andar de dos o tres millas. A las ocho treinta la acción se hizo general. La *Covadonga* se batía con la fragata *Independencia,* haciendo al mismo tiempo rumbo al sur, y la Esmeralda contestaba los fuegos del *Huáscar* y se colocaba frente a la población a distancia de 200 metros de la playa.

Desde esta posición batíamos al enemigo; nuestros tiros, que al principio eran inciertos, fueron mejorando, y varias granadas reventaron en la torre y casco del *Huáscar* sin causarle el más leve daño.

Los tiros de este último pasaban en su mayor parte por alto y varios fueron a herir a la población.

Nuestra posición era, pues, ventajosa; pero como se nos hiciera fuego de tierra con cañones de campaña, matándonos tres individuos e hiriéndonos otros tantos, el capitán Prat se vio obligado a ponerse fuera de su alcance.

En este momento, 10 A.M., una granada del *Huáscar* penetró por el costado de babor y fue a romper a estribor, cerca de la línea de agua, produciendo un pequeño incendio que fue sofocado a tiempo.

Mientras tanto, el *Huáscar* se había acercado como seiscientos metros, y a esta distancia continuó la acción cerca de una hora sin recibir otra avería que la que dejo indicada. Viendo el *Huáscar* el poco efecto de sus tiros, puso proa a la *Esmeralda.*

Nuestro poco andar impidió a nuestro comandante Prat evitar el ataque del enemigo: su espolón vino a herir el costado de babor frente al palo de mesana y los cañones de su torre, disparados a toca penoles antes y después del choque, hicieron terribles estragos en la marinería.

El capitán Prat, que se encontraba en la toldilla desde el principio del combate, saltó a la proa del *Huáscar* dando al mismo tiempo la voz de "al

abordaje". Desgraciadamente, el estruendo producido por la batería al hacer fuego sobre el *Huáscar* impidió a muchos oír la voz de nuestro valiente comandante; y de los que se encontraban en la toldilla con él, sólo el sargento pudo seguirlo, tal fue la ligereza con que se retiró la proa del *Huáscar* de nuestro costado.

El que suscribe se encontraba en el castillo de proa, y desde ahí tuve el sentimiento de ver al bravo capitán Prat caer herido de muerte combatiendo al pie mismo de la torre del *Huáscar*.

Inmediatamente me fui a la toldilla y tomé el mando del buque. Mientras tanto, nos batíamos casi a boca de jarro, sin que nuestros tiros hicieran el menor efecto. En cambio, las granadas del enemigo hacían terribles estragos; la cubierta y entrepuente se hallaban sembrados de cadáveres.

Volvió el *Huáscar* a embestir con su espolón directamente al centro de este buque. Goberné para evitar el choque; pero la *Esmeralda* andaba tan poco, que no fue posible evitarlo, y recibió el segundo espolonazo por el lado de estribor. Esta vez, el teniente Serrano, que se encontraba en el castillo, saltó a la proa del *Huáscar* seguido de doce individuos. En la cubierta de este último no se veía ningún enemigo con quien combatir; pero de sus torres y parapetos de popa salía mortífero fuego de fusilería y ametralladoras.

El valeroso teniente Serrano y casi todos los que lo siguieron sucumbieron a los pocos pasos.

La ligereza con que se retiraba de nuestro costado la proa del *Huáscar* y el poco andar de la *Esmeralda* para colocarse a su costado, único modo como habría podido pasar todo el mundo a la cubierta del enemigo, hacía imposible todo abordaje.

Por este tiempo nuestra tripulación había disminuido enormemente. Teníamos más de cien hombres fuera de combate, la santa bárbara inundada y la máquina había dejado de funcionar. Los pocos cartuchos que quedaban sobre cubierta sirvieron para hacer la última descarga al recibir el tercer ataque de espolón del enemigo.

El guardia marina don Ernesto Riquelme, que durante toda la acción se portó como un valiente, disparó el último tiro: no se le vio más; se supone fue muerto por una de las últimas granadas del *Huáscar*.

Pocos momentos después de recibir el tercer espolonazo, se hundió la *Esmeralda* con todos sus tripulantes y con su pabellón izado al palo de mesana, cumpliendo así los deseos de nuestro malogrado comandante, quien al principiar la acción dijo:

"Muchachos, la contienda es desigual. Nunca se ha arriado nuestra bandera al enemigo; espero, pues, no sea esta la ocasión de hacerlo. Mientras yo esté vivo, esa bandera flameará en su lugar, y aseguro que, si muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber."

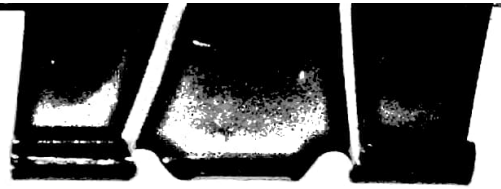
Los botes del *Huáscar* recogieron del agua a los

sobrevivientes, y en la tarde del mismo día fuimos desembarcados en Iquique en calidad de prisioneros.

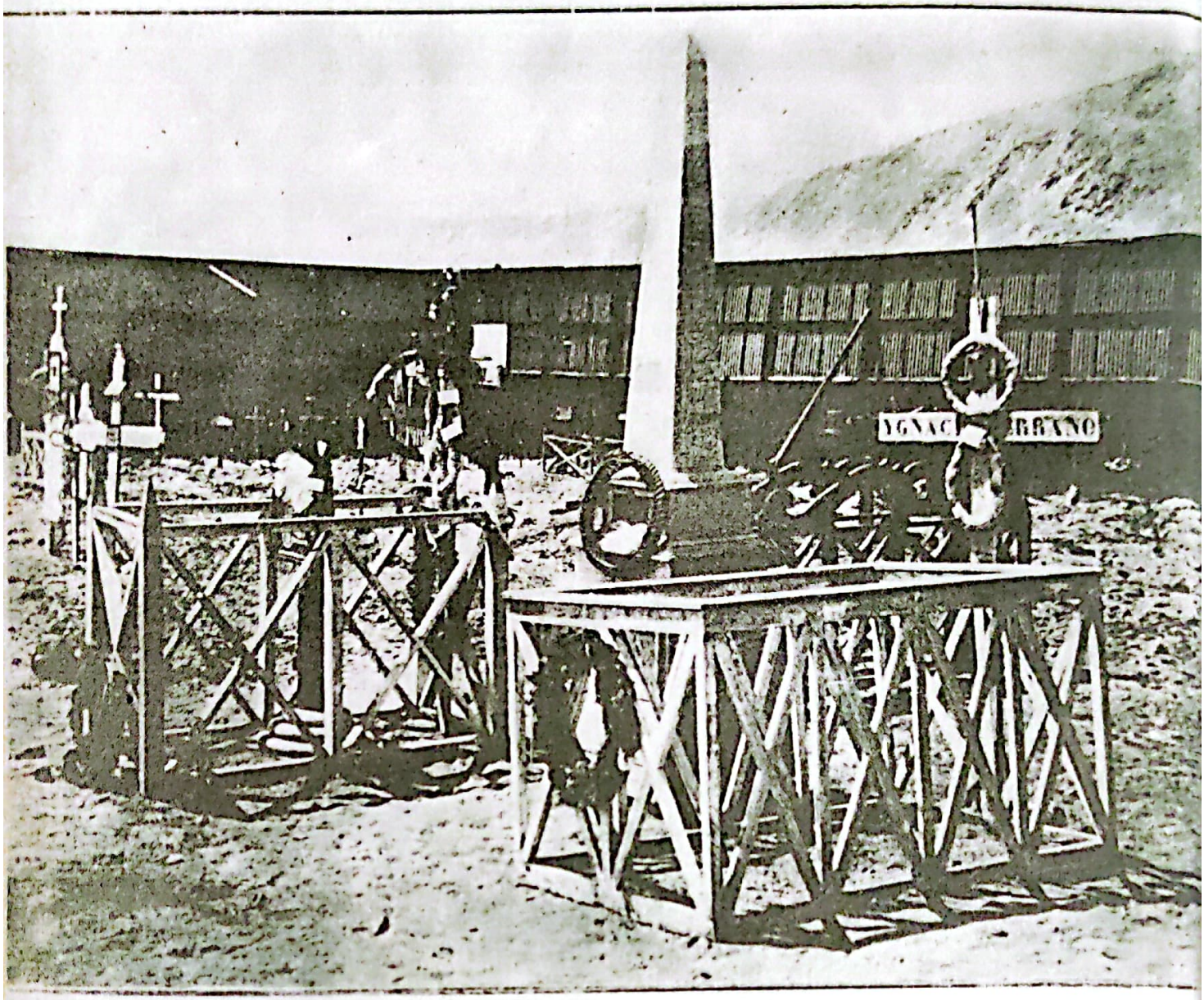
Acompaño a V.S. una relación de la oficialidad y tripulación que ha salvado y que se hallan presos en este puerto.

Al señor Comandante General de Marina.

LUIS URIBE



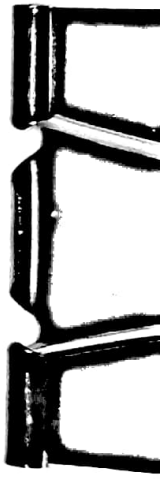
6. Teniente 2º J. Ignacio Serrano



7. *Cementerio de la ciudad de Iquique, donde fueron enterrados los restos de Arturo Prat, de Serrano y otros*

DOCUMENTO Nº 3

Parte oficial del Capitán de Navío don J. G. Moore, Comandante del Blindado Independencia *sobre el combate de Punta Gruesa*



Iquique, mayo 22 de 1879.

Señor capitán de navío, comandante general de la Primera División Naval.
S. G. J.

En cumplimiento de las órdenes recibidas de V.S. zarpé del puerto de Arica el día 20 del presente mes a las 8 P.M. que me aguanté sobre la punta de Pisagua para esperarlo por haber entrado a dicho puerto.

A las 4 hs. A.M. me puse en movimiento, siempre en convoy, a poca distancia de la costa, haciendo dar toda fuerza a la máquina hasta las 5 hs. A.M. que estuvimos a la vista del puerto de Iquique, demorando en ese momento el *Huáscar* como a dos millas por la proa.

A las 7 hs. 30 A.M. se avistaron dentro del puerto y muy pegado a la costa tres buques a vapor que reconocidos resultaron ser los buques chilenos corbeta de guerra *Esmeralda,* cañonera *Covadonga* y un transporte.

Como el buque del mando de V.S. se dirigiera al S. del puerto, seguí recorriendo la costa del N. para

encerrar a los enemigos en la bahía. En esta disposición hicieron rumbo al S.; pero encontrando que les cerraba la salida el *Huáscar*, regresaron, gobernando la *Esmeralda* hacia el N. En este momento el buque de V.S. inició el ataque haciendo su primer disparo sobre la *Covadonga* y mandé romper los fuegos de la *Independencia* sobre la corbeta *Esmeralda;* y aprovechándose de esta circunstancia, el transporte hizo rumbo al sur navegando con toda fuerza de su máquina.

Empeñado así el combate y viendo que el *Huáscar* cambiaba su proa dirigiendo sus tiros a la *Esmeralda* y que la *Covadonga* trataba de fugar, pegándose a la Isla, goberné en la misma dirección a fin de impedírselo, no pudiendo conseguir mi objeto porque al llegar a la altura de la Isla, la *Covadonga* la había rebasado, pegándose mucho a las rompientes y obligándome a seguirla.

Comprendiendo que ese buque ponía en práctica el único medio que podía emplear por su poco calado traté de ganarle al barlovento para obligarlo a salir fuera o retroceder. Esto último lo conseguí en la primera caleta de la bahía de Cheurañate, por lo cual puse proa al Norte haciendo fuego con el costado de estribor; pero la *Covadonga* volvió a dirigirse al Sur metiéndose de caleta en caleta, y tuve que continuar el combate siguiendo al buque enemigo que barajaba la costa metiéndose entre las rompientes, y en un fondo insuficiente para la *Independencia,* maniobrando en distintas direcciones.

Habían transcurrido hasta entonces más de tres horas de combate, y viendo lo incierto de los tiros de nuestros cañones por la falta de ejercicio, pues toda la tripulación era nueva, y el efecto que producían las ametralladoras y nutrido fuego de fusilería que el enemigo hacía sobre la dotación de la fragata que se encontraba sobre cubierta en una gran parte por haberse estrechado tanto las distancias, acometí con el espolón por dos veces cuando las circunstancias me lo permitían; pero encontrando poco fondo tuve que retroceder, lo que dio tiempo al enemigo para ganar el Sur.

Resolví por tercera vez embestirle con el ariete pegándome a la Punta Gruesa para impedirle la salida de la bahía, estrechándolo en la última caleta, y cuando los sondajes repetidos marcaban de ocho a nueve brazas de agua, y siendo limpia la bahía según las cartas. En este momento, notando que se pegaba más a las rompientes de la punta, ordené poner la caña a babor para poder rebasarla y atacar así con ventaja por el otro lado, lo que no pudiendo realizarse con la rapidez necesaria, por haber sido en ese momento heridos tres timoneles por el fuego nutrido de ametralladoras y fusilería que el enemigo nos hacía desde las cofas, mandé dar atrás con toda la fuerza de la máquina, contando durante todo este tiempo los timoneles el mismo sondaje anterior; es decir, de nueve brazas de agua.

En ese instante y cuando tocaba con el ariete a la *Covadonga,* se sintió un gran choque y quedó de-

tenida la fragata. El golpe había sido sobre una roca que no está marcada en la carta, pues se encuentra al Norte del último bajo que aparece en ella.

Por consecuencia de este choque se llenó completamente de agua el buque, se apagaron los fuegos y suspendiéronse las calderas hasta la caja de humo; y en un segundo y tercer choque se inundaron completamente las otras secciones. El buque cayó sobre su costado de estribor entrando el agua por las portas de la batería. No obstante esta desgracia, al pasar la *Covadonga* por el costado de estribor haciéndonos fuego con su artillería, nuestros cañones contestaron; cuando el agua casi cubría continué el fuego con las ametralladoras de las cofas y y con la tripulación que mandé subir a cubierta armada de rifles y revólveres, hasta que se agotaron las municiones que no podían ser repuestas, pues el buque estaba inundado casi por completo, como lo digo anteriormente.

La *Covadonga* seguía haciendo fuego de cañón a mansalva y una de cuyas bombas rompió el pico de mesana donde estaba izado el pabellón. Inmediatamente mandé poner otro en otra driza.

Después del choque hice sondar todo el contorno del buque; marcando la sonda por todos lados de cinco y media a seis brazas; lo que prueba que la roca en que chocó la fragata es aislada y a distancia de los arrecifes de la Punta.

Cuando me convencí que todo esfuerzo por salvar el buque era infructuoso, ordené que se prendiera

fuego a la santa bárbara, orden que bajó a cumplir el oficial encargado de ella, pero era ya tarde, pues el agua, que a torrentes entraba a bordo lo impidió.

Siendo casi toda la tripulación de hombres que no están acostumbrados al servicio de los buques de guerra, embarcados pocos días antes de nuestra salida del Callao, fue imposible evitar que se arrojasen al agua corriendo el riesgo de perecer ahogados: mandé arriar todas las embarcaciones para mandar la gente a tierra, haciendo colocar en la primera a todos los heridos, yendo cada bote a cargo de dos oficiales para que regresaran por el resto de la gente. En el último mandé al segundo jefe comandante Raygada para que organizara la gente en tierra e hiciera regresar algunas embarcaciones que hubieran llegado a tierra, lo que no pudo verificar, pues las rompientes las destruyeron todas al llegar a la costa. Sin embargo casi toda la tripulación estaba ya salvada, quedando sólo conmigo a bordo cerca de veinte personas, entre ellas los tenientes primeros graduados don Pedro Garezon y don Melchor Ulloa, el ídem 2º don Alfredo de la Haza, el alférez de fragata don Ricardo Herrera, el guardiamarina don Carlos Eléspuru, el corresponsal de *El Comercio* don José Rodolfo del Campo, el doctor don Enrique Basadre y el primer maquinista don Tomás Wilkims con su segundo. Más tarde se aproximó a nosotros el buque del mando de V.S. y mandó tres embarcaciones para transbordarnos a los que aún quedábamos en la fragata, lo que no hice hasta no

prender fuego al buque, inutilizar los cañones y arrojar al agua las armas que no podían servir.

Adjunto a V.S. una relación de los muertos y heridos habidos en la fragata de mi mando, durante el combate.

Réstame tan solo poner en conocimiento de V.S. que tanto los jefes, oficiales y tripulación del buque se han comportado dignamente, mostrando valor y serenidad en todo el combate y sin separarse un solo instante de los puestos que tenían señalados.

Al segundo jefe le había encargado de recorrer todo el buque durante el combate; al tercer jefe del cuidado de la batería y como quedara fuera de combate a los primeros disparos del enemigo, ordené que lo reemplazara el capitán de fragata don José Sánchez Lagomarsino que se encontraba en el fuerte, como jefe de la columna Constitución, que hasta ese momento permaneció a mi lado junto con el teniente primero don Narciso García y García, el oficial de señales Salaverry y mi ayudante el teniente 2º don Enrique Palacios.

Concluiré no sin manifestar a Vs. que uno de los últimos tiros de rifle del enemigo mató súbitamente al alférez de fragata don Guillermo García y García, uno de nuestros inteligentes oficiales de marina.

Dios guarde a V.S.

JUAN G. MOORE

DOCUMENTO Nº 4

Parte oficial del Capitán de Fragata don Carlos Condell, Comandante de la cañonera Covadonga *sobre el combate de Punta Gruesa*

BIBLIOTECA PÚBLICA SANTA CRUZ Nº 82

Comandancia de la cañonera *Covadonga.*

Antofagasta, mayo 27 de 1879.

Tengo la honra de dar cuenta a V.S. del combate que ha tenido lugar entre este buque y la *Esmeralda,* que quedaron sosteniendo el bloqueo de Iquique, después de la partida del buque almirante y el resto de la escuadra, con los blindados peruanos *Huáscar* e *Independencia.*

Eran las 6 ½ de la mañana del 21, cuando, encontrándonos de guardia fuera del puerto, avistamos al Norte dos humos, los que poco después reconocimos ser de los blindados antedichos. Inmediatamente lo comunicamos a la *Esmeralda,* quien nos puso señal de *seguir sus aguas,* poniéndonos acto continuo en son de combate y saliendo afuera para batirnos. Las ocho de la mañana sonaban cuando una bala del blindado *Huáscar,* dio en medio de nuestros dos buques, que se encontraban al habla. En seguida, poniendo la proa el blindado *Huáscar* a la *Esmeralda,* y la *Independencia* a la *Covadonga,* empezó el combate, rompiendo nosotros los fuegos. Vista la superioridad del enemigo, así como también la treintena de botes que se destacaban de la

playa en auxilio de nuestros enemigos, y comprendiendo que por más esfuerzos que hiciéramos dentro del puerto nos era difícil, si no imposible, vencer o escapar a un enemigo diez veces más poderoso que nosotros, resolví poner proa al Sur acercándome lo más posible a tierra. Mientras tanto, la *Esmeralda* quedaba batiéndose dentro del puerto. Durante cuatro horas consecutivas soportamos los fuegos que el blindado *Independencia* nos hacía sostenidamente, habiendo recibido varios que nos atravesaron de banda el palo de trinquete y el esquife con sus pescantes, que se fue al agua. Tres veces se nos acercó enfilándonos de popa con su espolón para echarnos a pique. En las dos primeras no se atrevió, sea por temor de no encontrar agua para su calado, o por el nutrido fuego de cañón y de fusil que le hacíamos, contestándonos ellos lo mismo, y además con ametralladoras desde las cofas. La tercera tentativa parece que era decisiva y a 250 metros de nuestra popa recibió algunos balazos con cañón de a 70, que lo obligaron ganar a tierra y vararse en un bajo que nosotros pasamos rozando. Gobernamos a ponernos por la popa donde no podía hacernos fuego. Al pasar por frente le metimos dos balas de a 70 que ellos nos contestaron con tres tiros, sin tocarnos.

Saludamos con un *¡hurra!* la arriada del estandarte y pabellón peruanos que dicho blindado hacía tremolar en sus topes, viendo reemplazadas estas insignias por la bandera de parlamento. Púseme

al habla con el comandante rendido, quien, de viva voz, me repitió lo que ya había indicado el arreo de su pabellón, pidiéndome al mismo tiempo un bote a su bordo, lo que no pude verificar, no obstante mis deseos, porque el blindado *Huáscar,* que había quedado en puerto, se nos aproximaba. Entretanto, la tripulación de la *Independencia* abandonaba el buque y se refugiaba en tierra, parte en bote y parte a nado.

Trabajando nuestra máquina con solo cinco libras de presión, y el buque haciendo mucha agua a causa de los balazos que recibió, creí aventurado pasar a bordo del buque rendido. Proseguí, pues, retirada al Sur llevando la convicción de que la *Independencia* no saldría de allí.

El *Huáscar,* que como hemos dicho, quedó batiendo dentro del puerto a la *Esmeralda,* se nos acercaba a toda fuerza de máquina. Tomé todas mis precauciones para empeñar un segundo combate, que por lo desventajoso de nuestra situación parecía imposible evitar, pues carecíamos de balas sólidas y la gente estaba rendida después de cinco o seis horas de sostenido combate con ambos buques enemigos. Momentos después y cuando dicho blindado estaba como a seis millas de nuestra popa y por la cuadra del vencido, lo ví dirigir su proa en auxilio de la *Independencia.* Este retraso en su marcha permitió que avanzáramos un tanto más, lo necesario para distinguirlo nuevamente, minutos después, y como a diez millas, siempre en nuestra persecución.

Con la caída del día y la oscuridad de la noche, perdimos de vista al enemigo y tratando de aprovechar la brisa que soplaba en esos momentos, hice rumbo al oeste. Proseguí navegando con ese rumbo hasta las doce de la noche, hora en que, creyendo que el *Huáscar* hubiese cesado en su propósito, me dirigí hacia tierra gobernando convenientemente.

Recalamos a Tocopilla, adonde el buque recibió, con auxilios de carpinteros mandados de tierra, las reparaciones más urgentes, tapando los balazos a flor de agua; y proseguí al sur en la mañana del 24 tocando en Cobija a la una y media P.M. donde recibimos al vapor del norte que condujo al contador a Antofagasta y a los heridos, con la comisión de verse con el general en jefe para pedirle un vapor que fuera a encontrarnos, pues no andaba más de dos millas y seguía haciendo mucha agua. A veinte millas de Antofagasta recibimos el remolque del vapor *Rimac,* que nos condujo a este puerto, donde fondeamos a las 3 A.M. del 26.

Supongo que US. tendría desde ayer datos de la acción.

Terminaré este parte lamentando la pérdida de nuestro compañero el doctor don Pedro R. 2º Videla, que dejó de existir horas después del combate a consecuencia de una bala que le llevó los dos pies; y en el equipaje la muerte del grumete Blas 2º Tellez y del mozo Felipe Ojeda. Hubo cinco heridos, pero no graves, entre los cuales se cuenta el contador del buque, que recibió dos balazos.

Hago una especial recomendación del teniente 1º don Manuel J. Orella, cuyo valor, serenidad en su puesto y resolución a bordo han sido ejemplares. A la vez recomiendo particularmente el buen desempeño del ingeniero 2º don Emilio Cuevas, bajo cuya dirección está la máquina.

Los oficiales, tanto de guerra como mayores, se condujeron valientemente y cada cual estuvo siempre a la altura de su deber y de su honor, como oficial y como chileno. Respecto a la tripulación, supo cumplir con su deber; y hubo momentos tales de entusiasmo, que cada cual manifestó que estaba resuelto a morir, obedeciendo al generoso sentimiento patriótico de no entregar el buque.

Por el próximo vapor comunicaré a US. más extensamente detalles sobre el combate.

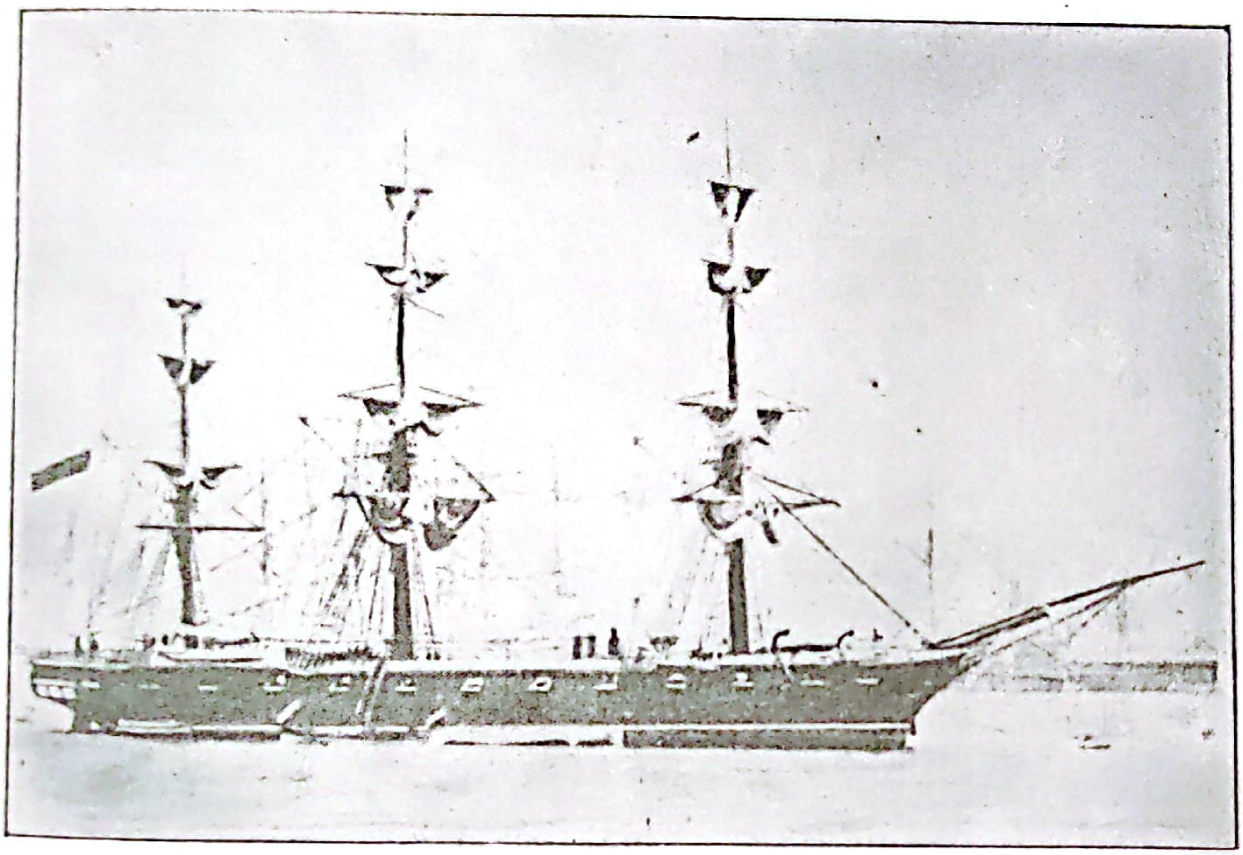
Al querer dar término a la presente, el *Huáscar*, que entra del sur a las dos y media P.M., empeña el combate con nuestro buque y los cañones de tierra, y en este momento las 6 hs. 45 ms. cesa el fuego, pues el *Huáscar* se hace afuera.

A bordo no ocurre novedad y como siempre la oficialidad y tripulación corresponde a la confianza de la patria.

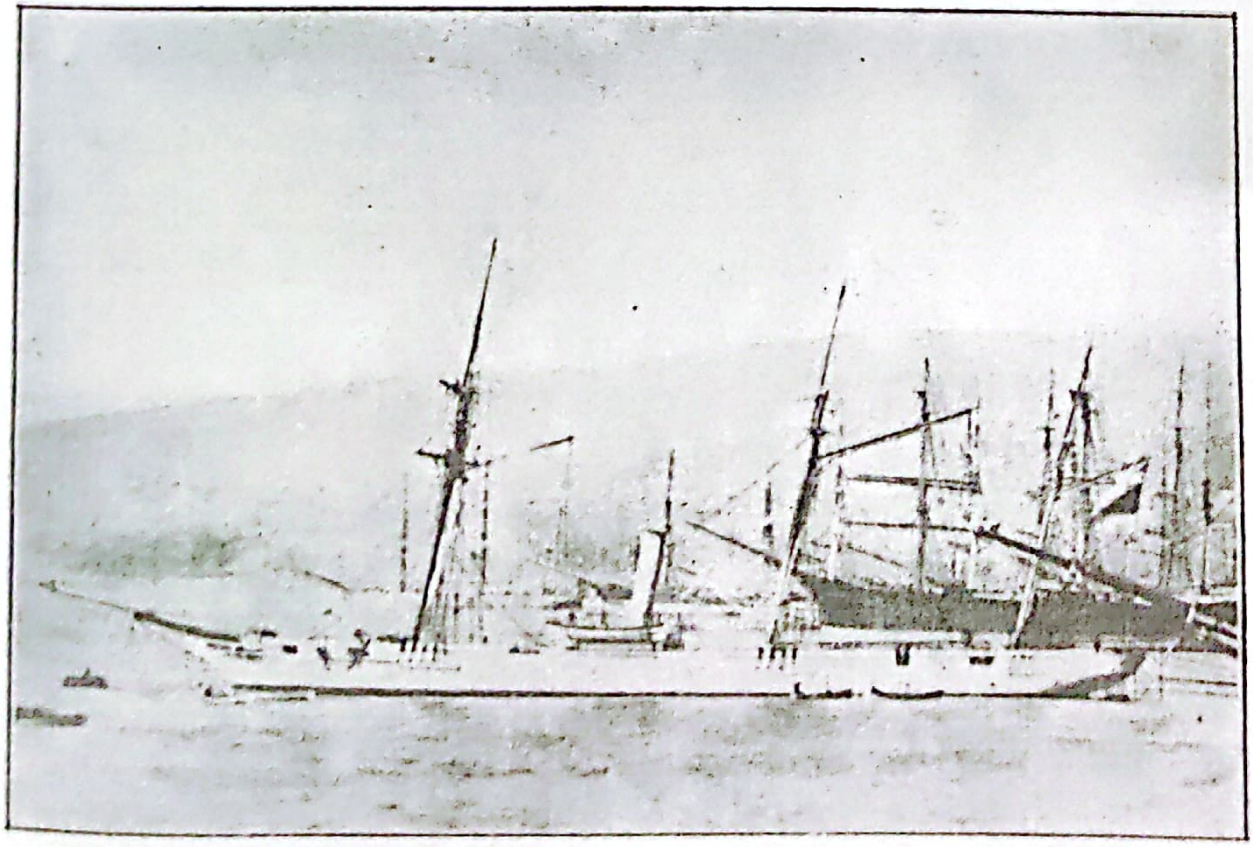
Dios guarde a US.

CARLOS A CONDELL

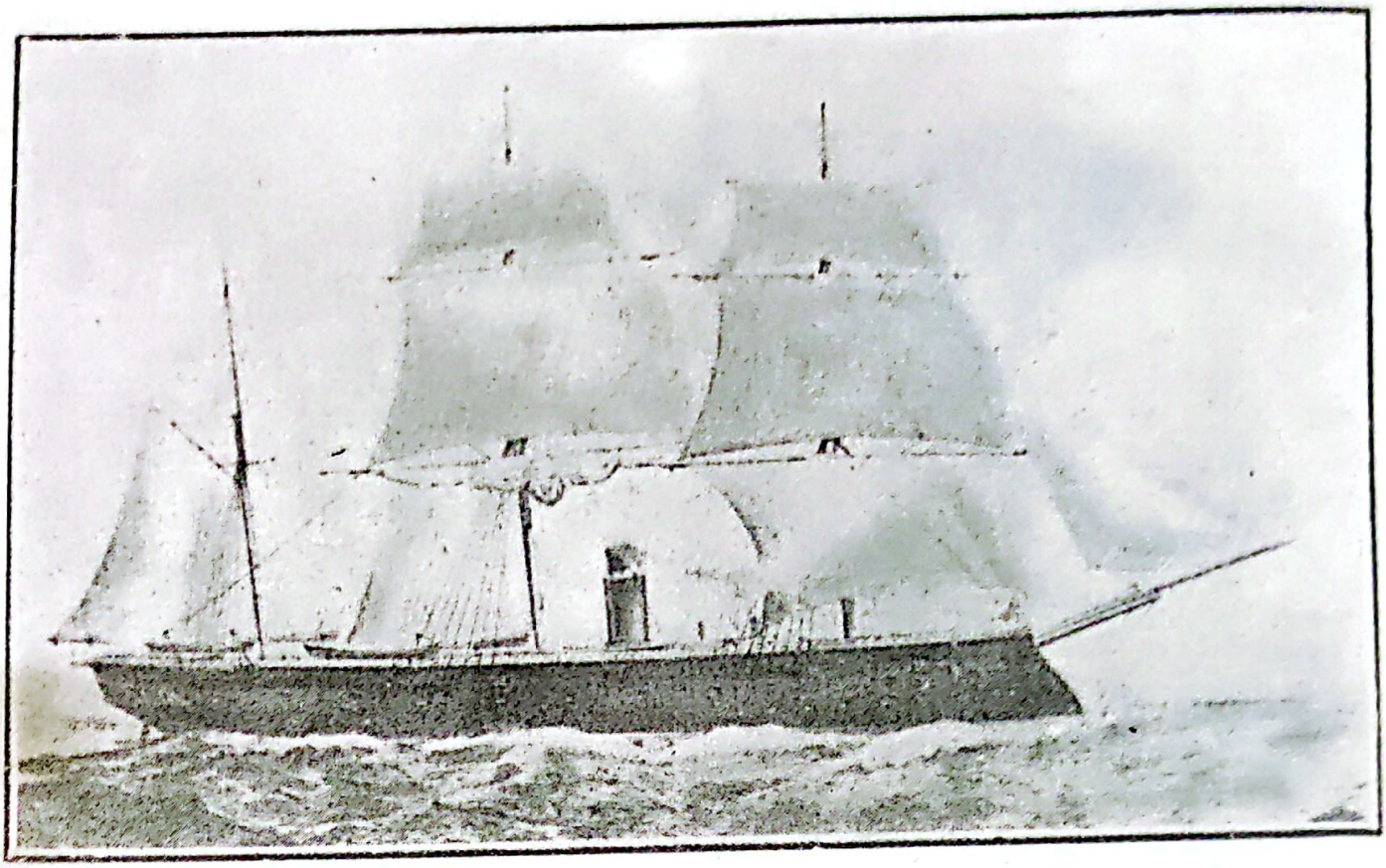
Al señor comandante general de marina.



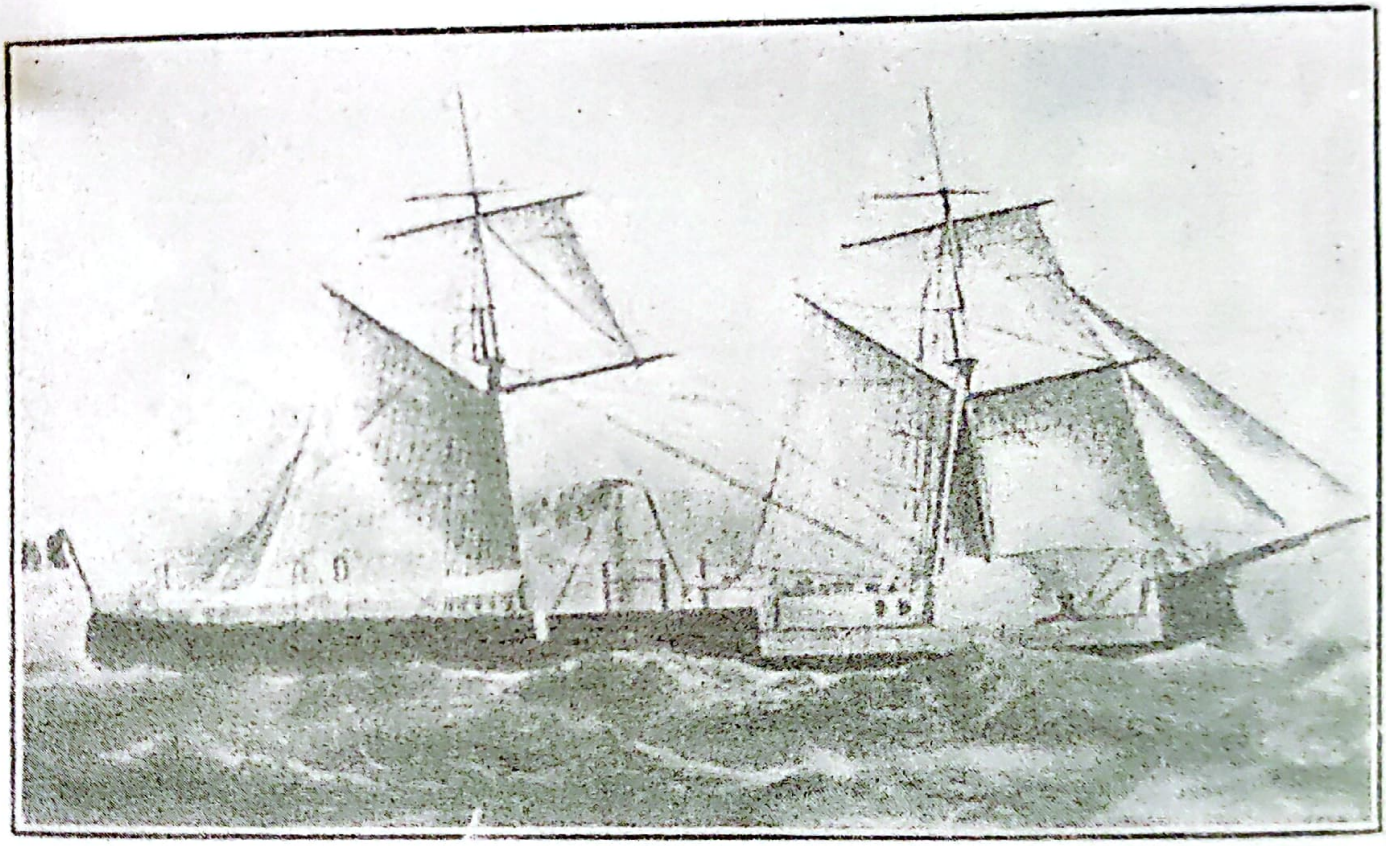
8. *Corbeta* Esmeralda



9. *Goleta* Covadonga



10. Blindado Independencia



11. Monitor Huáscar

DOCUMENTO Nº 5

Relación del combate de Iquique, publicada en El Comercio *de esa ciudad, por el redactor don Modesto Molina, testigo presencial*

Con el objeto de que nuestros lectores puedan comunicar al exterior algunos detalles sobre el combate de ayer, nos apresuramos a dar el presente boletín.

A las 7 hs. 15 ms. de la mañana se avistaron dos buques que venían del Norte, a los cuales todos suponían ser enemigos. Uno de ellos avanzó hacia el oeste del puerto, tomando poco después rumbo al fondeadero.

En el acto se pusieron en movimiento la *Esmeralda,* la *Covadonga* y el transporte *Lamar* que sostenían el bloqueo de este puerto.

Como los dos buques que asomaron despedían mucho humo, sospecharon sin duda los bloqueadores que eran de los suyos. Sin embargo, para cerciorarse más, se dirigieron hacia el que veían entrar por el oeste.

Reconocido que fue el *Huáscar,* que era el primero que hizo proa a nuestro puerto, la *Covadonga* se acercó al transporte *Lamar* y le dio orden de irse al sur a toda máquina. El *Lamar,* con toda fuerza, tomó el rumbo que se le había indicado.

Mientras esto tenía lugar, el *Huáscar,* izando un hermoso pabellón peruano, disparaba el primer ca-

ñonazo sobre la *Esmeralda,* que a su regreso, después de reconocer nuestros buques, se entró al fondeadero para impedir que el *Huáscar,* por no dañar la población, le hiciese fuego.

La *Independencia* avanzó hacia el sur, con el objeto de impedir que la *Covadonga,* que tiene muy buen andar, se le escapase. Fue entonces cuando se trabó un combate recio por nuestra parte y desesperado por la del enemigo, que ha demostrado un *heroísmo espartano.*

Jaqueada la *Esmeralda* por el *Huáscar* que la perseguía en las ligeras evoluciones que ella hacía, entre nuestra rada y el *Colorado,* único trayecto que pudo recorrer porque no tenía escape ni al Norte ni al Sur, el monitor le hacía fuego por elevación a fin de lograr que la corbeta se rindiese; que desde el principio fue ese el objeto del valiente comandante señor Miguel Grau, lo prueban las bombas y balas rasas que reventaron en el cerro de Huantaca y en el que está frente a la casa del señor Williamson.

La *Esmeralda* sostenía el fuego con un tesón admirable, haciendo certeras punterías a flor de agua y por elevación; pero el *Huáscar* le respondía de tarde en tarde a fin de no dañarla.

En uno de los movimientos de la corbeta chilena se puso frente y muy cerca de la estación del ferrocarril. Entonces el señor general Buendía que, para todo caso, hizo colocar la artillería de campaña por ese punto, ordenó que rompiese ésta el fuego sobre

el buque chileno y que igual cosa hiciesen los soldados. En efecto, las cuatro piezas de a 9 empezaron a hacer un fuego pronto y certero al cual contestó la corbeta con una andanada y con tiros de fusilerías tan sostenido que parecían la de dos ejércitos numerosos que se baten encarnizadamente.

Después de sesenta cañonazos de tierra, más o menos, se consiguió desalojar a la *Esmeralda,* que buscaba, siempre haciendo fuego, la salvaguardia de la población para no perderse.

Mientras la *Covadonga* huía y huía a toda máquina hacia el Sur, recibiendo los constantes tiros que la *Independencia* le hacía y respondiéndolos con denuedo y buen éxito. Hubo un momento en que se creyó perdida la *Covadonga.* Entonces hizo rumbo al interior de la caleta de Molle, siempre combatiendo.

Mal manejada la *Independencia,* no conocedor sin duda su comandante de esa bahía de sus malos bajos, y por otra parte, deseando tomar el buque sin causarle grave daño, emprendió su persecución.

Pero sucedió que, en vez de tomar rectamente al Sur para ganarle la vanguardia a la *Covadonga,* que, dentro de Molle tenía que describir una semicircunferencia para verse fuera de la ensenada, el blindado peruano tomó la retaguardia y emprendió la persecución del buque enemigo, el cual, muy pegado a la costa, daba todo su andar a la máquina para lograr la fuga. Tanto se acercó a la playa que la guarnición que estaba en Molle le hizo fuego de fu-

silería, al que la *Covadonga* contestó inmediatamente.

El combate entre el *Huáscar* y la *Esmeralda* había tomado más calor, haciéndose ya insostenible por parte del buque chileno, cuyas averías principiaban a ser de consideración.

Fue entonces cuando el comandante Grau vio llegado el momento supremo.

Fuera de tiros de cañón la *Covadonga,* que huía sin que pudiera darle caza la *Independencia* y viendo que se prolongaba el combate, decidió ponerle fin con un acto de heroísmo.

Cuando la *Esmeralda* estaba frente al *Colorado,* al Norte de este puerto, le arremetió el *Huáscar* con su espolón, descargándole antes dos cañonazos que inutilizaron algunas piezas del enemigo. La corbeta principió a hacer agua. Al habla ambos buques, el comandante Grau intimó rendición a la *Esmeralda,* pero el jefe de la corbeta chilena se negó a arriar su bandera.

Viendo el señor Grau que era inútil toda consideración, arremetió por segunda vez con su buque a la *Esmeralda,* que entonces, como anteriormente, no había cesado de descargar sus cañones.

En este segundo choque se desconcertó el eje de la maquinaria de la corbeta chilena, y una bala del monitor le mató treinta y seis hombres.

Era preciso que se diera fin a un drama tan san-

griento y que *no reconoce ejemplo en la historia del mundo.*

Así fue.

A una evolución de la *Esmeralda* en que presentó hacia el suroeste su costado de estribor, le acometió por tercera vez el *Huáscar* con su ariete, descargándole dos cañonazos. Uno de éstos le llevó por completo la proa, por la cual principió a hundirse.

Fue en este tercer choque cuando el comandante Prat de la *Esmeralda,* saltó, revólver en mano, sobre la cubierta del *Huáscar,* gritando: "¡Al abordaje, muchachos!". Lo siguieron un oficial Serrano, que llegó hasta el castillo, en donde murió; un sargento de artillería y un cabo. Todos estos quedaron muertos en la cubierta. Prat llegó hasta el torreón del comandante, junto al cual estaba el teniente S. Velarde, sobre el que hizo tres tiros que le causaron la muerte.

Entonces un marinero acertó a Prat un tiro de Comblain en la frente, destapándole completamente el cráneo, cuyos sesos quedaron desparramados sobre cubierta.

Mientras esas sangrientas escenas tenían lugar sobre la cubierta del *Huáscar,* la *Esmeralda* desaparecía. En efecto, se inclinó hacia estribor, que fue por donde el ariete la cortó, y algunos segundos después se hundió, siempre de proa. El pabellón chileno fue el último que halló tumba en el mar.

La *Esmeralda* era una especie de almacén o de-

pósito de la escuadra chilena en que se encontraban víveres, armamento, municiones y otros recursos de todo género. No es pues, extraño, que después de haberse hundido se haya visto a flote cajones de distintas clases y tamaños.

Al hundirse la *Esmeralda,* un cañón de popa, por el lado de estribor, hizo el último disparo, dando la tripulación, vivas a Chile.

El combate concluyó a las 11 hs. 45 ms. A.M.

Después de la catástrofe, que apagó los gritos de entusiasmo con que desde el principio eran saludados los tiros del *Huáscar* por el pueblo y el ejército, siguió el estupor y el silencio en todos.

La impresión que en los habitantes produjo el hundimiento del buque enemigo, pudo más que la alegría, y la apagó.

¡Tremendos misterios del corazón humano!

Mientras que al norte de Iquique el triunfo ponía fin a un espantoso drama, al sur tenía lugar otro inesperado.

Forzando su máquina la *Independencia* pudo dar caza a la *Covadonga* que iba completamente destrozada. Se puso al alcance de ella frente a Punta Grande, que dista como nueve millas y algo más de este puerto.

A pesar de su mal estado, la *Covadonga* hacía fuego de cañón y de rifle. Entonces el comandante Moore resolvió pasarla por ojo, e hizo que su buque olzara para verificar la operación. Desgraciadamente,

cuando esta maniobra tenía lugar, el blindado chocó por el costado de babor en una roca, abriéndolo e inclinándolo de ese lado. En el acto se esparció el desaliento y la confusión. Se echaron botes para salvar la gente, y la que no tuvo embarcaciones se arrojó a nado para ganar la playa.

Debemos hacer constar para la historia un hecho que habla muy alto en favor de nuestra proverbial generosidad y que será un nuevo baldón para Chile. Mientras que en nuestra bahía el *Huáscar* arrió todas sus embarcaciones para socorrer a los náufragos de la *Esmeralda* que a gritos pedían auxilio, del *Covadonga* se hacía fuego de rifles y ametralladoras sobre los botes y la gente que nadando tomaban la playa, después de abandonar la *Independencia.*

Luego que el *Huáscar* tomó a los prisioneros que, en número de cerca de cuarenta, pudieron salvarse, se dirigió al Sur en persecución de la *Covadonga* y en auxilio del blindado. Cuando ésta vio a nuestro monitor, cesó en la infame tarea de asesinar náufragos y tomó la fuga.

Siendo imposible salvar a la *Independencia* se le puso fuego.

Hasta el momento mismo de entrar este número en prensa, arde todavía el casco de ese buque, cuya gente vino por tierra anoche a este puerto.

El comandante Moore, el segundo y algunos otros oficiales y empleados del blindado, pasaron al *Huáscar,* el cual regresó a este puerto anoche a las siete,

dejando poco después nuestro fondeadero sin rumbo conocido.

Al fugar el transporte *Lamar* antes que nuestros buques entrasen a la bahía e hiciesen el primer disparo, izó el pabellón americano. Por esta razón se dice que el comandante Grau no lo persiguió.

Al abordar los prisioneros chilenos las embarcaciones que fueron en su auxilio, dieron un ¡viva al Perú! y encomiaron el valor y generosidad de los peruanos para con los rendidos.

El oficial don Guillermo García y García de la *Independencia,* murió después de encallada ésta, a consecuencia de dos tiros de Comblain que se le hicieron de la *Covadonga.*

Han sido heridos el capitán de fragata don Ramón Freire y tres hombres de mar del *Huáscar.*

Entre los prisioneros sabemos que están el teniente 1º, segundo comandante de la corbeta, Luis Uribe.

Teniente Francisco Sánchez.

Guardiamarinas Arturo Wilson, Arturo Fernández y Vicente Zegers.

Cirujano, Cornelio Guzmán.

Practicante, Juan O. Goñi.

Subtenientes, Antonio D. Hurtado y Germán Segarra.

Pasajero, Agustín Cabrera.

A estos individuos se les ha alojado en el cuartel de la Compañía "Salvadora" y el resto de la tripulación está a cargo de la Columna de Gendarmes.

No es exacto que estén incomunicados; por el contrario, se les ha ofrecido la libertad, pero ellos no han aceptado por temor a sufrir desaires del pueblo.

Eso piensan, porque no conocen el carácter generoso y magnánimo de sus apresadores.

Desde que asomaron los buques y principió el combate, el ejército se colocó en sus posiciones con una celeridad y entusiasmo que acusan moralidad, disciplina y el tradicional pundonor de nuestros soldados.

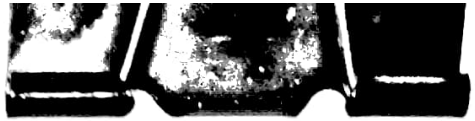
El señor general Buendía, general en jefe del ejército, recorrió la línea de la playa entusiasmando a los soldados y dictando medidas oportunas para prevenir las emergencias que tiene la guerra en casos dados.

Los comandantes generales de división estaban también en sus puestos.

Hemos procurado hacer esta narración lo más exacta posible, recordando lo que con toda calma hemos visto, y tomando la palabra de varios oficiales de marina, actores en este primer hecho de armas en la guerra a que injustamente nos ha provocado Chile.

Por la redacción

MODESTO MOLINA



DOCUMENTO N° 6

Hoja de servicios
del Capitán Arturo Prat

El capitán de fragata graduado don Arturo Prat. Su edad treinta y tres años, su país Chile, su salud, sus servicios y circunstancias, las que se expresan:

Agosto 28 de 1858. — Cadete de la Escuela Militar, 2 años, 10 meses, 15 días.

Julio 13 de 1861. — Guardiamarina sin examen, 3 años, 8 días.

Julio 21 de 1864. — Guardiamarina examinado, 1 año, 4 meses, 8 días.

Noviembre 29 de 1865. — Teniente 2º de marina, 3 años, 9 meses, 10 días.

Setiembre 9 de 1869. — Teniente 1º de marina, 3 años, 4 meses, 3 días.

Febrero 12 de 1873. — Capitán de corbeta graduado, 1 año, 7 meses.

Setiembre 12 de 1874. — Capitán de corbeta efectivo, 2 años, 3 meses, 18 días.

Diciembre 31 de 1876.

Total de servicios hasta el 31 de diciembre de 1876, 18 años, 3 meses, 2 días.

BUQUES EN QUE HA SERVIDO

Vapor *Independencia,* comandante don Nicolás Saavedra.

Corbeta *Esmeralda,* comandante don José A. Goñi y don Juan Williams Rebolledo.

Pontón *Thalaba,* comandante don Manuel 2º Escala.

Vapor *Covadonga,* comandante don Manuel T. Thompson.

Vapor *Ancud,* comandante don Julio A. Linch.

Corbeta *O'Higgins,* comandante don José A. Goñi.

Vapor *Arauco,* comandante don Santiago Hudson.

Corbeta *Esmeralda,* comandante don Luis A. Linch.

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO

El 26 de noviembre de 1865, por informe del vapor de la carrera avistado en la mañana, tuvieron conocimiento de la salida de la goleta de S. M. C. *Covadonga,* del puerto de Coquimbo con destino al de Valparaíso. En efecto, a las 9 A.M. fue avistado y maniobrando en consecuencia, a las 10 A.M. se principió el combate que dio por resultado la captura y completa rendición de su oficialidad y tripulación.

El 7 de febrero de 1866 se encontró en el combate de *Abtao,* que terminó con la retirada de la fuerza española en los canales.

DOCUMENTO Nº 7

Hoja de servicios
del Capitán de Fragata don Carlos Condell

El capitán de corbeta graduado, don Carlos Condell, su edad treinta años, su país Chile, sus servicios y circunstancias los que se expresan:

Julio 29 de 1858. — Cadete de la Escuela Naval, 2 años, 11 meses, 16 días.

Julio 15 de 1861. — Aspirante, guardiamarina sin examen, 3 años, 11 meses, 16 días.

Julio 1º de 1865. — Guardiamarina examinado, 4 meses, 28 días.

Noviembre 29 de 1865. — Teniente 2º de la armada, 1 año, 4 meses, 6 días.

Abril 5 de 1867. — Calificó servicios.

Diciembre 7 de 1867. — Volvió al servicio de teniente 2º, 1 año, 9 meses, 2 días.

Setiembre 9 de 1869. — Teniente 1º de la armada, 2 años, 5 meses, 12 días.

Febrero 21 de 1872. — Calificó servicios.

Marzo 20 de 1876. — Volvió al servicio de teniente 1º, 6 meses, 5 días.

Setiembre 25 de 1877. — Capitán de corbeta graduado, 1 año, 7 meses, 26 días.

Total de servicio hasta el 21 de mayo de 1879, 15 años, 21 días.

BUQUES EN QUE HA SERVIDO

Corbeta *Esmeralda,* comandante don José A. Goñi y don Juan Williams R.

Vapor *Maipú,* comandante don Juan Williams R. y don Onofre M. Costa.

Goleta *Covadonga,* comandante don Manuel T. Thompson.

Vapor *Arauco,* comandante don Julio A. Lynch y don Santiago Hudson.

Corbeta *Chacabuco,* comandante don Enrique M. Simpson.

Vapor *Ancud,* comandante don Luis Pomar.

Corbeta *Esmeralda,* comandante don Jorge Montt.

Vapor *Abtao,* comandante don Carlos Condell.

Goleta *Covadonga,* comandante don Carlos Condell.

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO

El 26 de noviembre de 1865 se encontró en el ataque y toma de la goleta de S. M. C. *Covadonga* que apresó la corbeta *Esmeralda.* Por esta acción obtuvo del gobierno de Bolivia, nuestro aliado, una medalla de oro.

El 7 de febrero de 1866 se encontró en el combate de *Abtao,* a bordo de la goleta *Covadonga,* que tuvo lugar entre las fragatas *Villa de Madrid* y *Blanca* de S. M. C. y la escuadra aliada. Por este hecho de armas le dio el gobierno de Bolivia una medalla de oro.

DOCUMENTO N° 8

Relación completa de la tripulación de la Esmeralda *con la expresión de los que murieron y de los que se encuentran prisioneros en Iquique*

MINISTERIO DE MARINA

COMANDANCIA GENERAL DE MARINA.

Valparaíso, julio de 1879.

Acompaño a U.S., en contestación a su nota de 23 de junio último, Nº 1162, dos listas nominales y clasificadas de los jefes, oficiales, marinería y tropa que tripulaban la corbeta *Esmeralda* y la goleta *Covadonga* en el momento del combate de Iquique, con especificación de los muertos, heridos y prisioneros que resultaron del mismo combate.

La lista correspondiente a la *Covadonga* ha sido formada en este puerto por el contador y el comandante del buque, y la perteneciente a la *Esmeralda* la ha formado el comisario de la escuadra, en vista de todos los datos que ha podido obtener en el teatro mismo del suceso.

A consecuencia de haber desaparecido con la *Esmeralda* las listas de las revistas y una parte del archivo de la escuadra que se depositó en aquel buque al expedicionar al Callao, según ha llegado a mi conocimiento, es de presumir que esta última lista

adolezca de algunas inexactitudes que por ahora no habría medio de salvar y que sólo el tiempo puede poner de manifiesto.

De aquí resulta, sin duda, que en la lista que el señor Uribe, 2º jefe de la *Esmeralda,* ha formado de los tripulantes del mismo buque que se hallan prisioneros en Iquique, figuran Evangelio Gómez, Agustín Urzúa, José del C. Monsalve, Luciano Balán y Nicanor Novoa, individuos que no aparecen en la lista del comisario de la escuadra, ya porque éste los ha omitido por falta de datos, a bien porque los apunta en su lista bajo otros nombres, pues nada es más común que la tergiversación o desfiguramiento de ellos en la marinería.

Dios guarde a U.S.

Al señor Ministro de Marina.

E. ALTAMIRANO

Relación nominal y clasificada
del personal existente en la
corbeta Esmeralda *cuando fue atacada por el*
monitor Huáscar *y*
blindado Independencia,
ambos de la nación peruana

Clases	Nombres	Prisioneros	Muertos
Comandante, Cap. de fragata graduado .	Don Arturo Prat	—	M.
Teniente 1º	„ Luis Uribe	P.	—
Teniente 1º graduado	„ Francisco Sánchez	P.	—
Teniente 2º	„ J. Ignacio Serrano	—	M.
Guardiamarina	„ Ernesto Riquelme	—	M.
„	„ Arturo Fernández	P.	—
„	„ Vicente Zegers ..	P.	—
„	„ Arturo Wilson ...	P.	—
Cirujano 1º	„ Cornelio Guzmán .	P.	—
Contador 2º	„ Juan O. Goñi ...	P.	—
Ingeniero 1º	„ Eduardo Hyath .	—	M.
„ 2º	„ Vicente Mutilla .	—	M.
„ 3º	„ Dionisio Manterola	—	M.
„ 3º	„ J. Gutiérrez de la F.	—	M.
Mecánico	„ José J. Vargas .	P.	—
„	„ Juan A. Torres ..	—	M.
„	„ Marcolín Figueroa	—	M.
Maestre de víveres .	„ León P. Claret ..	—	M.
Despensero	„ Tomás Ruedas ..	—	M.

SERVIDUMBRE

Mayordomo	José Pereyra	—	M.
„	Manuel Meneses	P.	—
„	Juan Campuzano	—	M.
Cocinero	Guillermo Serei	—	M.
„	José Bustos	—	M.
Mozo de cámara ...	José A. Rojas	—	M.
.. „ ...	Norberto Escobar	—	M.
.. „ ...	José M. Riquelme ...	—	M.

TRIPULACION

Clases	Nombres	Prisioneros	Muertos
Condestable 2º	Vicente Eguabil	P.	—
Contramaestre 1º ...	Constantino Micalbi ..	P.	—
Carpintero 1º	José M. del Río	—	M.
„ 2º	José Ramírez	—	M.
Herrero 1º	Francisco Santiago	—	M.
Sangrador	José Cruzat	—	M.
Velero 2º	Antonio Ruiz	—	M.
Guardián 1º	Mateo Matamala	P	—
„ 2º	Ramón Rodríguez	P.	—
Ayudante condestable	Exequiel Avila	—	M.
„	Francisco de Mathus .	—	M.
Maestre de señales ..	Juan Antonio Carrasco	—	M.
Timonel	Eduardo Cornelio	P.	—
„	Elías Aranguez	—	M.
„	Manuel Muñoz	—	M.
Capitán de altos	Manuel Soto	—	M.
„	Tomás Blanco Pulo .	P.	—
„	José M. Rodríguez ...	P.	—
„	Bagelio Bono	—	M.
„	Demetrio Jeorge	P.	—
„	Jorge Jouguod	—	M.
„	Juan Mayorga	—	M.
„	Jacinto Ampuero	—	M.
„	Pedro Barrio	—	M.
Patrón de bote	José Alarcón	P	—
„	Catalino Guerra	—	M.
„	Justino Aguilar	—	M.
Bodeguero	Juan Rivero	—	M.
„	Manuel Vera	—	M.
Cabo de luces	Nicanor Bustos	—	M.
„	Valentín Salgado	—	M.
Calafate 2º	José Márquez	—	M.
Marinero 1º	José de la J. Cea	—	M.
„	Ildefonso Alvarez	—	M.
„	Andrés Brown	—	M.
„	Juan Lassen	—	M.
„	Marcos Rojas	P.	—
„	Juan Hernández	—	M.
„	José Concha	—	M.
„	José M. Gutiérrez	P.	—
„	Charles Moor	P.	—

Clases	Nombres	Prisioneros	Muertos
Marinero 1º	Esteban Barrios	P.	—
„	Agustín Oyarzun	—	M.
„	Manuel A. Ortiz	—	M.
„	José Barrios	—	M.
„	Serafín Romero	P.	—
„	Manuel Arias	—	M.
„	Pedro Manríquez	P.	—
„	Benjamín Reyes	P.	—
„	Alejandro Díaz	P.	—
„	Manuel Palmillo	—	M.
„	Agustín Báez	—	M.
„	Juan Torres	—	M.
„	José Betancur	—	M.
Marinero 2º	Gregorio Araya	—	M.
„	Elías Huerta	—	M.
„	Juan Casanova	P.	—
„	Luis Ugarte	—	M.
„	Bernardino Valazuela	—	M.
„	José Luis Barrera	P.	—
„	Victoriano Mayorga	—	M.
„	Tomás Garcés	P.	—
„	José Ignacio Guzmán	—	M.
„	Bartolomé Ramos	—	M.
„	José L. Torres	—	M.
„	Daniel Mendoza	—	M.
„	Santiago Romero	—	M.
„	Joaquín Castillo	—	M.
„	Ruperto Canales	—	M.
„	Amador Aranguez	—	M.
„	Francisco Acuña	—	M.
„	Agustín Coloma	P.	—
„	Baldomero Orrego	—	M.
„	Angel C. Barrera	—	M.
„	José del C. Núñez	P.	—
„	Carlos Cota	P.	—
„	Candelario Gómez	—	M.
„	Timoteo Avaria	—	M.
„	Pedro Chamorro	—	M.
„	David Soto	—	M.
„	Juan de Dios Morales	—	M.
„	José Alegría	—	M.
„	Esteban Despots	—	M.

Clases	Nombres	Prisioneros	Muertos
Marinero 1º	Juan de D. Pradena	—	M.
"	Pedro Aros	P.	—
Fogonero 1º	Gabriel Urra	—	M.
"	Alejandro Orvath	—	M.
"	Pedro Estamatópoli	P.	—
Fogonero 2º	Bartolomé Mesa	—	M.
"	Carlos Araneda	—	M.
"	Ramón Díaz	—	M.
"	Andrés Pavez	P.	—
"	Juan B. Segura	—	M.
"	Desiderio Domínguez	P.	—
"	Rosso Bartolomeo	P.	—
"	Nicanor Miranda	—	M.
Grumete	Ceferino Pérez	—	M.
"	Brígido Pérez	—	M.
"	Germán Sepúlveda	—	M.
"	Jorge 2º Quinteros	—	M.
"	José Hernández	—	M.
"	Samuel Machacado	—	M.
"	Vicente Caballero	—	M.
"	Baltasar Briceño	—	M.
"	Adrián Guzmán	P.	—
"	Juan 2º Vargas	—	M.
"	Antonio Espino	—	M.
"	Venancio Díaz	—	M.
"	Salvador Galán	—	M.
"	Juan de D. Cruz	—	M.
"	Ceferino Carrasco	—	M.
"	Zacarías Bustos	P.	—
"	Manuel Hernández	—	M.
Carbonero	Roberto Vergara	—	M.
"	Candelario Apablaza	—	M.
"	José A. Figueroa	—	M.
"	José M. Ramírez	—	M.

DEPOSITO PARA ATENDER A LAS BAJAS DE LA ESCUADRA

Ayudante de cirujano	Don Germán Segura	P.	—
Marinero 2º	Secundino Castillo	—	M.
Fogonero 2º	Francisco Ugarte	—	M.
"	José Donaire	P.	—

Clases	Nombres	Prisioneros	Muertos
Grumete	Antonio Tapia	—	M.
„	José Reyes	—	M.
„	Emilio Amigo	—	M.
„	Manuel Concha	P.	—
„	José Alvarez	—	M.
„	Baltasar Leiton	—	M.
„	Luciano Bolados	—	M.
„	Jesús Miranda	—	M.
„	Pedro Pereira	—	M.
„	Santiago Salinas	—	M.
„	Custodio Leiva	—	M.
„	Manuel Ruiz	—	M.
„	Wenceslao Vargas	P.	—
„	Alejandro Uribe	—	M.
„	Juan Araya	—	M.
„	Mercedes Alvarez	P.	—
„	Pantaleón Cortés	—	M.

GUARNICION

Subteniente	Don Antonio Hurtado	P.	—
Sargento 2º	Juan de D. Aldea	—	M.
Cabo 2º	Crispín Reyes	—	M.
„	Vicente C. Oróstegui	—	M.
Tambor	Gaspar Cabrales	—	M.
Soldado	Manuel Díaz	P.	—
„	José D. Díaz	—	M.
„	Gregorio Morales	—	M.
„	Ramón Fuentes	—	M.
„	José Muñoz	—	M.
„	José Muñoz Herrera	—	M.
„	Arsenio Canave	—	M.
„	Martín Jaque	—	M.
„	Agustín Vázquez	—	M.
„	J. Francisco Mancilla	P.	—
„	José Antonio Barrera	—	M.
„	José Vicente Valdivia	—	M.
„	José Vicente Vergara	P.	—
„	Florencio Ascencio	—	M.
„	Juan Ponce	—	M.
„	Gumercindo González	P.	—
„	Cruz Rosales	—	M.

Clases	Nombres	Prisioneros	Muertos
Soldado	Nicanor Guerra	—	M.
"	Zoilo Tapia	—	M.
"	Nicanor Valenzuela	P.	—
"	Francisco Godoy	—	M.
"	José Lorenzo Escobar	—	M.
"	Isidoro Gómez	—	M.
"	Marcos Molina	—	M.
"	Gregorio Almazábal	—	M.
"	Avelino Vázquez	—	M.
"	Ventura Castellano	—	M.
"	Evaristo Riquelme	—	M.

Comisaría de la escuadra.

A bordo del *Blanco Encalada*..— Iquique,junio 5 de 1879.

NICOLAS REDOLES

Mayoría del departamento.

Es copia.

RAMON CABIESES

DOCUMENTO Nº 9

Rol nominal y clasificado de los señores Comandantes, oficiales y tripulación de la goleta Covadonga *en el combate del 21 de mayo de 1879*

Comandante capitán de corbeta graduado	Don Carlos A. Condell
Teniente 1º oficial del detall.	„ Manuel J. Orella
„ 2º	„ Demetrio Euzquiza
„ „	„ Estanislao Lynch
Guardiamarina	„ Eduardo Valenzuela
„	„ Miguel Sanz
Cirujano 1º	„ Pedro R. 2º Videla, herido el 21 y murió el mismo día
Contador 2º	„ M. Enrique Reynolds, herido el 21
Ingeniero 2º	„ Emilio Cuevas
„ 3º	„ Protasio Castillo
Aprendiz mecánico	„ Roberto Osorio
„	„ Ramón Rebolledo
„	„ Julio A. Ollid, a ración y sin sueldo
Maestre de víveres	„ Camilo Dueñas
Despensero	„ Samuel Shaw
Sangrador	„ Pedro Ponce
Carpintero 1º	Francisco Robinson
Herrero 1º	Domingo Zavala
Condestable 2º	Carlos Ridos
Contramaestre 2º	Serapio Vargas, herido el 21 y murió el 7 del presente
Velero 2º	Manuel Quevedo
Calafate 2º	Concepción Román
Guardián 2º	Fermín Arriagada
„	Federico Osorio, herido el 21
Ayudante de condestable ...	Amador Bustamante
Maestre de señales	José M. Cárcamo
Bodeguero	Juan Bote
Patrón de botes	Juan J. de la C. Valenzuela
„	Fermín Henriquez

Cabo de luces	Tiburcio Ibarra
Timonel	Juan Vargas
"	Francisco Toledo
"	Manuel Víctor
"	Lucas Rebolledo
"	Daniel Mancilla
Capitán de altos	Juan González
"	Inocencio Sánchez
"	Gregorio Sanhueza
"	Juan González Concha
Marinero 1º	Gavino Tapia
"	Antonio Chandías
"	José Avila
"	Belisario Díaz
"	Felipe Ruiz
"	Benjamín Uribe
"	Pedro Opazo
"	Antonio Pérez
"	Bernardo Cervantes
"	Tomás George
"	Pedro López
"	Ignacio Guajardo
Marinero 2º	Raimundo Letelier
"	José Salazar
"	Isidoro Alarcón
"	Ciriaco Franco
"	Fernando Labraña
"	Pedro Cancins
"	José M. González
"	Manuel Vicente González
"	José M. Avila
"	Pedro Gallardo
Marinero 1º	Antonio Reyes
"	Miguel Contreras
"	ClaudioMartínez
"	Zenón López
Grumete	Blas 2º Tellez, herido el 21 y murió el mismo día
"	Eulogio Gómez
"	Darío Soto
"	Felipe Carrasco
"	Patricio Labraña
"	Cirilo Alarcón
"	José Gil Henriquez
"	Joaquín Ojeda

Grumete	David Sierpes
„	Juan Bravo
„	Manuel Escobar
„	Diego Valenzuela
„	Santiago Cordero
„	Eufrasio Fernández
Fogonero 1º	Bernardo Pereira
„	Fabián Valenzuela
„	Gumercindo Sepúlveda
Fogonero 2º	Ricardo Herrera
„	Ricardo Escobar
„	José Cabello
„	Carlos Griffin
„	Santiago González
„	Ramón Orellana, herido el 21
Carbonero	Juan Oyarzum
„	Exequiel Mateluna
„	Tadeo Vázquez
Mayordomo del comandante	José de la R. Andaur
Mozo del comandante	Pablo Opazo
Cocinero del comandante	Mariano Alfaro
Mayordomo de oficiales	Nicanor Gauna
Mozo de oficiales	Fermín Reyes
„	Felipe Ojeda, herido el 21 y murió el mismo día.
Cocinero de equipaje	Antonio Gutiérrez
„ „ oficiales	Pedro Avendaño

EN DEPOSITO

Carpintero 1º	Jesús Santibáñez, pertenece al *Blanco Encalada*
Contramaestre 2º	Santiago Escobar

GUARNICION

Sargento 1º	Ramón Olave
Cabo 1º	Pedro M. Latapiat
„	Hilarión Gutiérrez
Tambor	Eduardo Jerez
Soldado	Pedro Hernández
„	Gregorio Soto
„	Prudencio Encina

Soldado	Abdón Ahumada
"	Carlos Nieto
"	José N. Reyes
"	José G. Rogel
"	Antonio Campos
"	Felipe Díaz
"	José A. Castro
"	Domingo Salazar, herido el 21

A bordo, etc. - Valparaíso, junio 26 de 1879

M. E. REYNOLDS

DOCUMENTO Nº 10

La palabra de nuestros marinos reconocida y confirmada por el enemigo

BIBLIOTECA PUBLICA SANTA CRUZ Nº

(Editorial del *Diario Oficial,* de Chile)

Octubre 15. — Cuando el oficial de nuestra marina de guerra, que montaba la *Covadonga,* elevó al gobierno el parte oficial del glorioso combate de Punta Gruesa que tuvo el honor de dirigir, los vencidos en éste y la prensa oficial del Perú, se permitieron no solo poner en duda, sino contradecir perentoriamente la relación del comandante Condell, sobre todo en lo referente al despliegue de la bandera de rendición por parte del comandante de la *Independencia.*

Con la falta de lógica que es propia de los que escriben con el objeto de desnaturalizar la verdad, aquel desgraciado marino y su gobierno pretendieron sostener a un tiempo la exactitud de dos hechos que, sin embargo, se excluían mutuamente. El de una transgresión por nuestra parte de las leyes de la guerra, puesto que acusaban a nuestros marinos de haberse ensañado con un buque que no oponía resistencia, y el de que este buque no había arriado su bandera de combate y sustituido por la de parlamento. Claramente se vio desde un principio que, o la *Independencia* pudo ser atacada hasta

ser destruida, puesto que no se rendía, o que se rindió efectivamente a sus bravos contrarios, quienes en tiempo oportuno hicieron cesar los fuegos.

El dilema era tan efectivo y tan estrecho, que no se reputó necesaria y hasta se consideró poco decorosa la tarea de convencer al enemigo de la realidad y de la buena ley de las condiciones en que acababa de ser vencido.

Pero, por si hubiera quedado lugar a alguna duda, la misma justicia militar del Perú viene ahora a disipar aquélla, proporcionándonos en plena luz de publicidad oficial, el documento que en seguida reproducimos, a título de material para la historia:

CAUSA DEL EX COMANDANTE DE LA FRAGATA "INDEPENDENCIA" DON JUAN G. MOORE

Arica, agosto 8 de 1879.

Visto este proceso y considerando: que el juez fiscal, capitán de navío don Juan Fannin, encargado de seguirlo, ha incurrido en faltas que hacen necesaria su reorganización; que estas faltas consisten principalmente en no haber citado para el sumario al reo ex comandante de la fragata *Independencia,* don Juan G. Moore; en no haberle tomado instructiva, conforme a la ley, pues dicho juez se ha limitado en esta diligencia al reconocimiento del parte de fojas cinco, sin hacer las preguntas que la investi-

gación de los hechos requería; en haber tomado declaraciones sin juramento a todos los testigos del sumario, dándoles el carácter de instructivas y reputando, como reos, a todos los individuos de la dotación y guarnición del buque náufrago; en haber suprimido la calidad de instructiva en la declaración del otro reo, segundo ex comandante de dicho buque, don Eulogio Raygada, y no haberlo citado tampoco para el sumario; en haber tomado instructiva con juramento al teniente 1º don Enrique Taboada, que ha debido declarar bajo solo esta formalidad, como testigo, mas no instructivamente; todo lo cual hace suponer que el mencionado juez fiscal ha desconocido el carácter de las diligencias de un juicio; en fin, en haber omitido determinar en la investigación, de una manera clara y precisa, el lugar del siniestro y sus peculiares accidentes; que en todas estas faltas y en el séquito general del sumario se nota la tendencia a oscurecer la gravedad de un hecho *que ha frustrado el plan de una campaña decisiva contra el enemigo, arrebatando la victoria a nuestras armas y puesto a la república en una situación desventajosa y alarmante;* que, habiéndose separado en proceso distinto del conocimiento de esta causa al referido juez fiscal Fannin, por haber permitido, extrajudicialmente, la soltura del reo Moore, es necesario nombrar quien lo reemplace. *Por estos fundamentos,* se declara nulo todo lo hecho y actuado; organícese nuevamente el sumario; nómbrase con tal objeto juez fiscal al capitán de

navío don Gregorio Casanova, previniéndole que, penetrado de los deberes de su cargo, proceda con la regularidad debida, tomando las declaraciones que sean bastantes a la comprobación de los hechos, sin alargar el proceso con las que no sean necesarias, y cuidando determinar con verdad y exactitud las evoluciones anteriores al naufragio, el lugar de éste y sus circunstancias marítimas, tomando sobre el particular las informaciones más apropiadas, agregando al proceso la carta hidrográfica de uso en la navegación de aquella costa, y mandando formar con datos exactos, una especial del lugar mencionado; y por cuanto a fojas treinta y cuatro vuelta, *aparece haber izado bandera blanca* en el buque náufrago; a fojas dieciocho, que no estaba izado el pabellón nacional; a fojas tres, vuelta, que *fue echado al agua,* y a fojas treinta y tres, vuelta, que *no había ningún oficial en el gobierno del buque,* se previene a dicho juez fiscal que averigüe la verdad de estos hecho y de sus autores, del mismo modo que todos los particulares ocurridos en la disciplina del buque durante el combate.

PRADO

Mariano Alvarez

DOCUMENTO Nº 11

Nacimiento de Arturo Prat

Señor don Benjamín Vicuña Mackenna.

Santiago.

Estimado señor y amigo:

Me permito en la presente adjuntar a Ud. los verdaderos datos para la biografía de Prat en lo relativo a su nacimiento y de más pormenores que lo ilustran.

Arturo Prat no nació en el barrio de la *Providencia* de Santiago, como afirma don J. B. Suárez y otros; no nació tampoco en *Bella-Vista* de Concepción, como asevera E. de la Barra en el *Boletín de la Guerra del Pacífico*. Nuestro héroe inmortal es hijo del departamento de Itata, porque vio la luz en la hacienda de *San Agustín*, parroquia de Ninhüe, donde vivieron algunos años sus padres y demás antepasados.

Reclamamos, pues, la alta honra de tener a nuestro departamento por cuna gloriosa del gigante de la marina del siglo, y por ser nosotros, los itatinos, hermanos legítimos del que en unas cuantas horas cubrió de tan luminosa aureola la frente de Chile con su heroica muerte y titánica epopeya.

Si siete ciudades se disputaron el ínclito honor de ser cuna del gran poeta clásico, Homero, y otras siete quisieron ser madre del coloso escritor Cervantes, y lo mismo sucedió con el descubridor de América, nuestro hijo amado, Arturo Prat, nos pertenece de hecho, aunque pretendan haber sido testigos de ese nacimiento en Santiago y Concepción.

En todo nuestro departamento, en Cauquenes, Ninhüe, Quirihue y Tomé, hay amigos actualmente de la familia Chacon y Prat, y hay quienes se acuerdan haber conocido en pañales al niño Agustín Arturo. ¿Cómo se pretende arrebatarnos esta gloria que nos pertenece? ¿Y cómo se atreverían a desoír la verdad, que es un punto importantítimo para la historia del héroe?...

El que suscribe, en unión del notario público y del juez de letras de este departamento, fuimos comisionados por la gobernación para colectar fondos con el objeto de contribuir al monumento Prat y a la renovación de su gloriosa *Esmeralda*. En nuestras diligencias por erogaciones, fuimos hallando la hermosa hebra que debía conducirnos al esclarecimiento de nuestra simpática figura histórica, y a descubrir el dédalo de su nacimiento. Hemos enviado propios a la parroquia de Ninhüe y comisionados honorables para registrar el archivo; y después de tantos afanes y de preocuparnos tanto, ¡oh felicidad! hemos encontrado la anhelada *fe de bautismo* que nos regala un don celestial de gloria, la inefable di-

cha de ser nuestro suelo el primer albergue del gran marino de 1879.

¡Arturo Prat nació el 4 de abril de 1848 en *San Agustín,* de la parroquia de Ninhüe! ¡Sí ,señor, es hijo de Itata!

Ya no resisto más al objeto que me he propuesto: ahí va a continuación el documento autorizado que apoya mis asertos: es copia original del registro eclesiástico que existe en poder del notario, mi cuñado, y autorizando la veracidad de la copia con su propia firma.

Helo aquí:

"Ninhüe, junio 11 de 1879.

"El cura vicario de la parroquia de Ninhüe, departamento de Itata, provincia de Maule, certifica: que a fojas tres del libro en que se asientan las partidas de bautismo, que principia el año de mil ochocientos cuarenta y nueve, se halla la siguiente:

"En esta Iglesia Parroquial de Nuestra Señora del Rosario de San Agustín de Ninhüe, a dos días del mes de marzo de mil ochocientos cuarenta y nueve, puse óleo y crisma y bauticé solemnemente a Agustín Arturo, de once meses menos dos días, hijo legítimo de don Agustín Prat y de doña María del Rosario Chacon, naturales de la hacienda de San Agustín de Puñual de este curato. Fueron padrinos don

Andrés Chacon y doña Josefa Chacon; de todo lo cual doy fe. — J. Bartolomé Venegas.

"Es copia fiel del libro y foja a que me refiero. — *José Ignacio Lafuente,* cura vicario."

"Quirihue, junio.15 de 1879.

"Certifico: que el presbítero don José Ignacio Lafuente, que suscribe la copia precedente, es el cura de la parroquia de Ninhüe en el departamento de Itata. — *José Ignacio León,* notario público."

Ahora bien, señor Vicuña Mackenna, Arturo Prat, nacido en este departamento el 4 de abril de 1848, murió valiente y denodadamente el 21 de mayo de 1879, a los 31 años, 1 mes y 17 días de edad, como se ve por la fe de bautismo que precede.

No hay en ello interés particular de ninguna especie sino el esclarecimiento histórico que conviene a personajes tan culminantes. Tampoco hablan aquí pasiones por la gloria, puesto que la verdad de los documentos públicos, escritos imparcialmente en una época remota, es veraz e incontrovertible.

No concluiré sin anotar un incidente que también ha llegado a ser histórico, aunque antes no tenía el interés que ahora ha adquirido: es el dicho célebre de la matrona que recibió, al nacer, a este niño adorable, infante inocente que había de hacer la mayor gloria de la patria.

—Este niño nació mudo —dice ella—, parece que

no conocía las lágrimas porque tal vez los valientes no lloran ni cuando acaban de nacer.

Sabido es que todos los médicos-comadrones recomiendan dar palmaditas a los recién nacidos que no gritan (siendo ese llanto el único ejercicio gimnástico que impulsa la circulación, dando movimiento al tórax y promoviendo las importantes funciones de la respiración); pues eso mismo hizo la dicha matrona hasta conseguir su objeto. Interrogada por la madre sobre ese aparente absurdo, exclamó con tono profético:

—De esta manera, espero que sea sufrido y se haga un valiente.

Esta pitonisa aficionada se llamaba *Juana Daza:* calcule usted esta otra coincidencia en la presente guerra que hizo inmortal y valiente a nuestro compatriota Arturo. Ella existe todavía.

El delirio de este pueblo es, en estos momentos, elevar a nuestro Arturo una estatua en la plaza pública con las inscripciones del caso sobre su nacimiento y sus mil veces honrosa muerte comandando la *Esmeralda.* En estos días no se ven por las calles más que suplementos con la fe de bautismo de Prat, corrillos de entusiastas, pidiendo el monumento para Itata, partes telegráficos preguntando la noticia o remitiendo este importante dato, y suscripciones para esta gloria que nos pertenece.

De estas últimas, más de mil pesos se han reunido para remitirle al gobierno a beneficio de la guerra, hasta hoy unos ciento cincuenta pesos para el

monumento Prat y su *Esmeralda;* pero advierto a usted que esta última cuota tendremos que reservarla para erigir en nuestra plaza un monumento, una pirámide conmemorativa siquiera.

Puede que desde Santiago nos manden un bronce de los que piensan distribuir en los diversos lugares públicos, o a lo menos un busto bien trabajado. Quedaríamos orgullosos de tan valioso obsequio.

Desde luego, la Municipalidad de Itata va a dar el nombre de *Arturo Prat* a la calle que conduce al camino que lleva a la hacienda de *San Agustín,* lugar donde vio la luz este grande hombre.

Por ahora, no podemos hacer más por este mimado de Chile y del extranjero; pues que nuestras campanas, nuestras banderas y nuestra población, y todo lo de estos mundos, es demasiado pequeño para solemnizar el sueño dorado de los hijos chilenos que saben admirar y que saben sentir el santo amor patrio. — Su afectísimo servidor y amigo.

Quirihue, junio 17 de 1879.

ERNESTO TURENNE

DOCUMENTO Nº 12

Carta de los marinos de la Turquoise

Para que no pase desapercibida por la posteridad, insertamos a continuación, aunque ya sea conocida, la hermosa carta de felicitación que los oficiales de la *Turquoise* dirigieron al comandante de la *Covadonga.*

Dice así, vertida a nuestro idioma:

AL BRAVO COMANDANTE CONDELL

"Los oficiales del buque de S.M.B. *Turquoise,* admiradores del glorioso combate de la *Esmeralda* y *Covadonga,* sin ejemplo en los fastos navales, empeñaron sus esfuerzos en hallar el sitio donde la gloriosa *Esmeralda* sucumbió. Querían encontrar allí una reliquia que ofrecer al compañero del heroico *Prat,* caído cuando se hundía su buque al tomar al abordaje a su enemigo.

"A nadie, pues, mejor que al comandante *Condell* de la gloriosa *Covadonga,* corresponde ser el depositario de la noble reliquia que hoy le enviamos".

Tales son las expresiones de esos jueces imparciales, si pueden ser jueces imparciales los que tenien-

do alma de valientes admiran el valor heroico y desgraciado. Pero los marinos de la *Turquoise* tienen su parte en la gloria de Prat y sus compañeros: la parte que les da la fraternidad que liga a todos los hombres del mar y la fraternidad que liga a los bravos.

ORACION FUNEBRE

EN HONOR DE LOS CHILENOS MUERTOS EN LA JORNADA NAVAL DE IQUIQUE, EL 21 DE MAYO DE 1879

Pronunciada en la Catedral de Santiago por el presbítero

Don Esteban Muñoz Donoso
El 10 de junio de 1879

Vivent mortui tui... expergiscimini et laudate qui habitatis in pulvere: quia ros lucis res tuus.
Tus muertos vivirán... despertaos y cantad los que habitais en el polvo del sepulcro: porque tu rocío, Señor, es rocío de luz. (*Isaías*, Cap XXVI, v. 19).

Excelentísimo señor: [1]

Ilustrísimo señor: [2]

Señores:

¡Yo no sé si cantar o llorar—... Este fúnebre aparato, el dolor que se pinta en vuestros semblantes, el luto de tantos hogares, arrancan lágrimas al corazón; pero los ecos del vivo entusiasmo que aún resuenan hasta en los confines de la república, la luz de inmensa gloria con que brilla la imagen querida de mi patria, ponen en los labios del alma himnos de admiración y de júbilo. ¡Ah! esas nobles vidas segadas en flor, esas madres desoladas, tantas esposas sumergidas en llanto, tantos huérfanos que preguntan por sus padres, en medio de la alegría universal, me obligan, sí, me obligan a llorar... Pero esos jóvenes generosos que de un solo golpe se han ceñido la difícil corona de los héroes, esa espléndida victoria inaudita en los anales de la guerra, ese heroísmo sublime así en los que sucumben en

1 S. E. el señor don Aníbal Pinto, Presidente de la República.
2 El Ilmo. señor don Joaquín Larraín Gandarillas, obispo de Martyrópolis y Vicario Capitular de Santiago.

brazos de la gloria, como en los que, uno contra ciento y en frágil tabla, vengan a sus hermanos, estrellando contra las rocas y pulverizando con valor indomable una poderosa y acerada nave, me obligan a cantar la belleza del heroísmo y las inmortales hazañas que inspira el amor santo de la patria!

¡Oh, señores, sí, cantemos y lloremos! Cantemos a los héroes, a los mártires de un amor sublime, lloremos a nuestros hermanos; y ya que no nos es dado hacerlo sobre su lejana tumba, corran nuestras lágrimas de gratitud ante los altares de Dios: sean ellas, en parte, la expiación y el sufragio que atraigan la misericordia divina sobre las almas de esos muertos queridos!

Al expresar, señores ,nuestro duelo por la pérdida de los héroes de Iquique, y cuando aún estamos en el comienzo de la tremenda guerra a que nos han arrastrado los enemigos, debe ser varonil nuestro dolor y nuestras lágrimas ardientes, de modo que enciendan más y más en los corazones el fuego del amor patrio. En tales circunstancias, el elogio fúnebre de los que caen, como cayeron en Iquique esos ínclitos chilenos, debe ser un canto al heroísmo.

Yo leo en el más sublime de los profetas estas palabras de esperanzas y de vida: "Tus muertos vivirán... despertaos y cantad vosotros los que habitais en el polvo del sepulcro; porque tu rocío, Señor, es rocío de luz." Aunque ellas en su literal sentido se refieran a la resurrección de los justos, podemos aplicarlas en sentido moral a la inmortalidad que

se han conquistado nuestros héroes de Iquique. Veamos cómo ellos se han glorificado y han glorificado a su patria.

¡Y tú, Señor, Dios de los ejércitos, que amas a los héroes, tú que encendiste en el corazón del hombre la llama celestial del heroísmo para que lo guiase y lo inflamara en defensa de la patria y en defensa de la justicia, pon en mis labios palabras de verdad y de admiración, palabras de consuelo y esperanza!

Nunca, señores, aparece el hombre más grande y admirable que cuando se eleva a la región altísima de la virtud heroica. Entonces se olvidan las humanas miserias, la materia vil se transforma en ropaje de luz y se palpa la imagen y semejanza de Dios. Entonces caen espontáneamente de nuestros labios las palabras de David: "Lo hiciste, Señor, poco menos que al ángel, lo coronaste de honor y de gloria." [1]

Ni el brillo de la púrpura real, ni los resplandores del oro y de las piedras preciosas, ni la aureola misma del genio hacen resaltar la grandeza del hombre como el heroísmo, que lo ennoblece y sublima. Los honores y las riquezas apenas si lo escoltan hasta la tumba; el genio es en buena parte, obra de la naturaleza. Sólo en el heroísmo es donde se ve al hombre en toda su majestad y poder, luchando contra su propia miseria, contra las más terribles pasiones, contra las más dulces inclinaciones de su ser; sólo

[1] Salmo 3.

en él sin más armas que la energía de su voluntad, canta victoria sobre sí mismo. Por eso las acciones heroicas ejercen sobre los hombres una influencia verdaderamente mágica; su luz los atrae, su luz los purifica. ¿No habéis observado, señores, lo que os sucede cuando presenciais un acto heroico? El corazón se ensancha, el alma se eleva y olvida los intereses del tiempo, como si quisiera volar a su origen divino. Cuando la inaudita victoria de Iquique estremeció de gozo nuestros corazones, se vio a hombres separados por odios personales o de raza estrecharse con abrazo fraternal.

El tiempo es la pesada losa que cubre todas las grandezas humanas, pero es impotente para apagar los rayos del genio y del heroísmo. Los espléndidos palacios desaparecen, las ciudades populosas se reducen a míseras ruinas, aun las naciones pasan, que todo lo gasta el roce incansable de los siglos. ¡Ah! id a las Termópilas, y un simple pastor, que no sabrá deciros en dónde se alzaron las ciudades y los admirables monumentos de la antigua Grecia, os señalará el lugar donde brilló la voz de Leonidas y de sus invictos compañeros. Ella es hoy como entonces, una viva llama que arde en esas cumbres memorables e ilumina la sombra de los que se sacrificaron generosamente por la patria. Sí, en los sabios y en los héroes sobreviven las naciones. Pasaremos nosotros; desaparecerán nuestras ciudades; aún los monumentos que, con tanta razón erigiréis a esos muertos gloriosos; podrá en los siglos futuros borrarse hasta el nombre de Chile; pero vivirá el de Arturo

Prat y el de los héroes de Iquique. *Vivent mortui tui.*

De aquí, señores, aquel sentimiento innato en el hombre, aquel destello precioso de sus eternos destinos, que lo hace luchar contra el olvido y anhelar la inmortalidad de la gloria. No es ésta una palabra vana para los que unieron la virtud al genio o a las acciones heroicas. Nada nos impide creer que la fama póstuma forme parte de la dicha accidental de los justos. En los libros santos el anciano Matatías exhorta a sus hijos a que adquieran grandes glorias y eterno renombre: *et accipietis gloriam magnam et nomen aeternum.* [1]

La Iglesia Católica rinde culto al heroísmo. El meció su cuna; él es su más hermosa corona. ¿Qué son esos atletas de la gracia, los mártires y demás santos, sino hombres que en el orden sobrenatural practicaron en grado heroico las virtudes? ¿Cuál es el más elocuente símbolo del cristiano, bajo qué forma adoramos al Dios Redentor? Bajo la forma del crucificado. El es el héroe de los héroes, hizo de la cruz el emblema de un heroísmo divino y del Gólgota la pena de su gloria infinita.

Isaías nos habla de la gracia, cuando dice que Dios derramará sobre los huesos de los justos un rocío de luz cuya fuerza los hará revivir gloriosos. El heroísmo de que tratamos es también entre los dones naturales de Dios, como un celestial rocío que cae sobre el nombre de los valientes y los reviste de luz inmortal: *ros lucis vos tuus.*

[1] Salmo 8.

Ahora bien, señores, ¿en qué grado practicaron ese heroísmo los chilenos muertos en Iquique? En el más alto grado, en el holocausto de sus vidas sacrificadas en aras de la Patria. ¡Ah! nuestros corazones agradecidos se complacerán en recordar una y otra vez las circunstancias de acción tan generosa: la gratitud besa siempre la mano de su bienhechor.

El 21 de mayo de 1879 será una época memorable y gloriosísima en nuestra historia; se grabará con letras de oro al lado del 5 de abril y del 12 de febrero.

Bien lo sabeis: la *Esmeralda* y la *Covadonga,* las más débiles de nuestras naves fueron sorprendidas entonces en la rada de Iquique por el *Huáscar* y la *Independencia,* todo el nervio de la marina peruana. Dos férreos colosos de estos en que el arte moderno de la guerra acumula todos los elementos de muerte y destrucción, al mismo tiempo que los hace casi invencibles, atacan a dos viejas y gastadas naves de madera. Un solo barco de aquella clase ha bastado para poner en fuga o vencer a numerosas escuadras. Por eso apenas se extendió el rumor de la sorpresa, el dolor embargó vuestros corazones, creísteis locura pensar en la victoria. Os olvidasteis del heroísmo, medio natural de que Dios se vale para proteger a los débiles. Esas naves tenían gloria y esa gloria inspiró a sus capitanes y los hizo más fuertes que el hierro y el acero. Arturo Prat ha recibido el don de mantener el bloqueo de Iquique y lo cumplirá aunque sea contra el poder de toda

la escuadra enemiga: muerto él se romperá el bloqueo; mientras viva, no. ¡He ahí el mártir del deber! Pudo acceder a la fuerza mayor y rendirse sin disparar un tiro; no habría merecido alabanza, pero tampoco nota de cobarde; muchos valientes hay en la historia que en tales circunstancias rindieron su espada. Pudo después de dos horas de tenaz resistencia arriar el pabellón chileno; Prat y los suyos habrían sido prisioneros gloriosos. Pudo, siquiera, ya agotadas las municiones y muerta la mayor parte de la tripulación, y sin la menor esperanza de triunfo, salvar su vida, quedando incólume y altísimo el honor. No, resiste y lucha y ataca hasta morir. ¡He ahí el héroe!

¡Y cuánta serenidad en ese heroísmo sublime del guerrero cristiano que se sacrifica por la patria! No teme; no se turba; alienta a los suyos; los hace prometer que no se rendirán aunque lo vean cadáver: a todo atiende y aprovecha hasta el último soplo de vida en dañar al enemigo. ¿Quién puede pintar, señores, ese cuadro de horror y de gloria? Mi alma vuela en alas de la admiración y de la gratitud, a esas olas agitadas, rasga esas nubes de humo pavoroso y contempla a ese puñado de héroes sin par. Están en la flor de sus años, muchos son casi unos niños; pero nadie flaquea, todos quieren morir por la patria. Luchan contra torrentes de mortífero fuego de parte de mar y de parte de tierra, contra nuevas y numerosas embarcaciones y contra el incendio de su propia nave. ¡Cada cuál en su puesto, nadie

se rinde! Brilla en sus frentes serenas, cual rayo celestial, la resolución sublime de morir antes que arriar el pabellón chileno.

¡Cómo se abrazan los unos a los otros y se dan la eterna despedida! ¡Oh dolor! esperar por cada instante por largas horas el momento supremo; ver el espectro horrible de la muerte que se complace en derramar gota a gota su acíbar sobre corazones juveniles llenos de esperanza y de vida! ¡Cuántas tiernas y queridas visiones se les presentan entre el humo del combate y les hablan el lenguaje del alma! Aquella es la imagen de los ancianos padres que conjuran al hijo para que no enlute sus canas, que no los abandone en los últimos años de una vida consagrada toda a sus desvelos y solicitud! Esta es la imagen de una esposa que desgreñada y sumergida en llanto, tiende los brazos al que es la mitad de su corazón y le dice: "¿por qué me condenas a prematura viudez?" Allá son los hijos queridos que por la vez postrera se cuelgan al cuello de su padre y claman llorando: ¡Ay! ¡te vas para siempre! ¿qué te hemos hecho para que nos dejes en mísera orfandad?"

Pensar que una sola palabra habría bastado a nuestros héroes para satisfacer a tan dulces y nobles sentimientos, y que no la pronunciaron por aumentar su gloria, ¡oh cara patria! eso inflama a todo corazón chileno de admiración y gratitud!

Sí, después de Dios, la imagen de la patria los sostuvo en tan dura prueba. Yo los veo dirigir de vez

en cuando, sus miradas al sombrío horizonte que les oculta a su hermoso Chile: buscan por última vez estas altas montañas, estas verdes llanuras, estos ríos, estos bosques, estas ciudades y hasta las olas amigas de este tranquilo mar. ¡Ah! el recuerdo de las alegrías pasadas, de los beneficios que deben a su patria los conforta más y más en su heroica resolución.

Largas horas de sangriento y desigual combate tienen a la *Esmeralda* llena de estragos, heridos y cadáveres. El enemigo desesperado ya de ver arriar el glorioso tricolor chileno, resuelve cantar su vergonzosa victoria. Aquella inmensa roca de acero se lanza contra nuestra frágil y despedazada nave. Esta le opone los pechos de sus valientes, y en vano el choque siembra muertes y destrozos, porque sólo se oyen los vítores a la patria: ¡nadie se rinde! El sublime Prat hace un esfuerzo supremo, da el grito y el ejemplo de abordaje y, hacha y revólver en mano, salta sobre la cubierta del *Huáscar*, esperando quizás poder estrellarlo contra las rocas... Un segundo y más terrible choque acaba de destrozar a la *Esmeralda*, pero aún truena el cañón chileno y nadie se rinde! Un nuevo héroe, Ignacio Serrano, con unos cuantos valientes siguen las huellas de Prat y caen sobre la inexpugnable cubierta del *Huáscar*... Un tercer golpe abre los abismos bajo los pies de nuestros heroicos compatriotas: pero el postrer aliento de la *Esmeralda* es un último disparo dirigido por el animoso joven Riquelme: la nave se

hunde y todavía nadie se rinde! Cuando el enemigo espera la palabra rendición, suena como salido de las profundidades el último ¡viva Chile! digno epitafio de aquella tumba abierta en el inmenso mar... Así desapareció esa nave gloriosa, verdadera esmeralda de la corona de nuestra patria. Anhelaba el enemigo hacer de ella un trofeo de victoria; mas sólo consiguió el pobre honor del sepulturero: recogió pocos náufragos y muchos cadáveres.

¿Qué era en tanto de vosotros, impávido Prat, heroico Serrano, magnánimo Aldea y de vuestros generosos compañeros?... Caísteis uno contra ciento, vengando vuestra perdida nave, y como caen los héroes de la guerra, hiriendo y matando! Más de ciento cincuenta víctimas se sacrificaron en aras de la patria. Sus despojos flotaron sobre las olas; pero el ángel del heroísmo se lanzó sublime, brillante como el sol de medio día que alumbraba la escena, los cubrió con alas de luz, grabó aquellos nombres en el libro de la inmortalidad, los esparció a los cuatro vientos de la tierra, obligó a los mismos enemigos a rendirles homenaje de admiración y respeto y, como lo esperamos, purificó esas almas con tan noble martirio.

Señores, yo registro en vano en la historia de los héroes antiguos y modernos una hazaña que sobrepuje a la de Prat y de sus ínclitos marinos; no la encuentro. Sí, estos muertos vivirán, *Vivent mortui tui.* Cuando los viajeros surquen esos mares, tenderán ansiosas sus miradas buscando las augustas sombras

de Prat, Serrano, Aldea, Riquelme y demás hijos de Chile, muertos allí el 21 de mayo de 1879.

¡Oh negras playas de Iquique, oh mares siniestros! que huya de vosotros el navegante, que sólo os visiten los monstruos de las aguas, que el ave solitaria gima en vuestras rocas, que siempre os azoten los huracanes y las fieras tempestades porque visteis caer a los héroes de mi patria, porque bebísteis la sangre de su juventud generosa!...

Pero no, señores, tal imprecación sería justa, si el heroísmo chileno hubiera sido estéril; la más espléndida victoria fue su primer fruto. Prat y sus compañeros no se dejaron matar por vanidad o desesperación; no, ellos preveían las trascendentales consecuencias que su rendición o sacrificio traerían a la patria.

Si Prat y los suyos no luchan hasta la muerte, la *Covadonga* habría sido presa del enemigo, o en vez de celebrar su hazaña, lamentaríamos hoy su destrucción. Sin amenguar en nada la gloria del denodado Condell y de sus valientes marinos, es indudable que sus lauros no habrían germinado sin la sangre de los héroes de la *Esmeralda*. ¿Habría Condell conseguido con sus hábiles maniobras y sereno valor encadenar entre las rocas y despedazar a la *Independencia*, si el *Huáscar* la hubiese auxiliado una o dos horas antes? Cierto que no. Luego el sacrificio de Prat y de sus compañeros contribuye eficazmente a esta victoria increíble, que nadie siquie-

ra imaginó y que tanta gloria da a las armas chilenas.

¡Ah! hermoso triunfo, señores, digno de tan hermoso heroísmo. Una fragata soberbia, orgullo de los mares, con muchos y poderosos cañones, escudada por su férreo blindaje, es vencida y pulverizada por una débil goleta de madera. Nunca se aplicaron mejor las palabras del Macabeo: "no depende la victoria del número de los ejércitos, sino de esa fortaleza que viene del cielo." [1] Bien podemos exclamar como Isaías: *Ululate naves maris quia devastata est fortitudo vestra,* llorad naves del mar porque ha sido destruido vuestro poder. No esteis orgullosas de las humanas invenciones, porque le basta a Dios encender el heroísmo de un valiente para destrozar y dar la victoria a quien la merezca.

Prat y sus guerreros sabían bien que convenía sentar heroicos antecedentes en los principios de la tremenda lucha a que ha sido arrastrada la nación. Dar en tales circunstancias un glorioso trofeo al enemigo, era envalentonarle y sembrar el desaliento entre nosotros, al mismo tiempo que abrir el camino de la deshonra. Por eso el héroe decía a sus marinos: Nunca se ha arriado el pabellón chileno en nuestras naves; no seremos nosotros los primeros en cometer tamaña cobardía; antes la muerte! Ellos dieron un ejemplo sublime a nuestros soldados de mar y tierra, y estoy seguro de que tendrá imitadores. Sí, valientes, sí, jóvenes que

[1] Macabeos L. 1-C. 2º V, 51.

me escuchais, así se ama a la patria, así se pelea por ella, como Condell y sus marinos de la *Covadonga:* así se muere por ella, como Prat y sus marinos de la *Esmeralda!*

Esos mártires del patriotismo han enseñado a las naciones que Chile engendra héroes dignos de la epopeya, que el egoísmo y los placeres no enervan a sus hijos, y que le sobran robustos brazos para defender sus derechos, su honor y libertad. Las naciones lo han oído con estupor y entusiasmo, porque hazañas como la de Iquique son honra de la humanidad. Chile ha sido ensalzado por los más poderosos pueblos de la tierra, y hasta su crédito público ha reportado frutos del heroísmo de sus hijos.

Expergiscímini et laudate qui habitatis in pulvere. Sí, despertaos y cantad vosotros los que habitais el polvo del sepulcro. Levantaos, sombras, sombras ilustres de los padres de la patria y cantad, porque vuestra sangre no ha sido estéril, porque vuestros hijos no han olvidado lo que se debe a la patria y al honor. Ancianos que visteis la lucha titánica de nuestra independencia,, regocijaos, porque la juventud que se levanta, también da a Chile días de gloria y de esplendor! Y tú, ¡oh patria mía! inclina tu frente inmaculada, y cíñete el nuevo lauro que Prat y Condell te han entretejido, él brilla a la vez con el sublime heroísmo de Rancagua y con la gloria inmortal de Maipo!

Alabemos a Dios, señores, alabemos al Dios de

los ejércitos. Está su invisible mano dirigiendo nuestra prosperidad en la contienda e inclinando la victoria en nuestro favor. Su providencia se ejerce de una manera especial en las naciones; y cuando horribles guerras amenazan destruir a unas y engrandecer a otras, El que a cada cual ha señalado su misión, dirige los ejércitos de modo que no siempre venzan los más poderosos, sino aquellos que defienden la justicia, y que han de contribuir a la ejecución de sus planes soberanos. Por eso, cuando llega la hora y cuando el débil va a ser deshecho, manda sobre sus hijos el heroísmo como un rocío de luz y humilla a los fuertes y a los soberbios.

No ha mucho y aquí mismo el pueblo de Santiago invocaba la protección de Dios por medio de la Virgen poderosa. Y bien, cuando os preparabais no más para esa solemne manifestación de fe y de piedad, ya una de nuestras naves ponía en vergonzosa fuga a dos barcos enemigos. Cuando con el mismo objeto la invocabais en otra solemne rogativa, se obtuvo la espléndida victoria de Iquique. Podemos creer piadosamente que no son desoídas nuestras súplicas y que Dios está con nosotros. ¡Oh! si El nos protege, ¿a quién temeremos? ¡Ah! no te salvarán de sus manos, ingrato Perú, ni tus férreas naves, ni tus muros erizados de cañones, ni a ti Bolivia, el valladar de tus espantosos desiertos!

Pero, señores, continuemos ya nuestras preces por por las almas de los que han dado por nosotros su sangre y su vida. Prat y los suyos se aprestaron al

combate, escudados bajo la santa enseña de la Patrona de nuestros ejércitos; ejemplo edificante de cristiana piedad!

¡Y cuán cierto es que ésta no enerva sino que vigoriza a los valientes!

El Dios de las infinitas misericordias, así firmemente lo esperamos, derramó sus gracias sobre aquellos mártires del deber y del patriotismo. Ellos eran hombres de fe, y sin duda no olvidaron purificar sus corazones en aquellos instantes supremos. El heroísmo ejerce en el alma tan bienhechora influencia, que la desprende de los efectos terrenales y la prepara a recibir el rocío de la gracia. Fácilmente arde el amor de Dios en quien se deja matar por cumplir la voluntad divina y muere por sus hermanos. El soldado cristiano, que tiene recta intención es un mártir.

Oremos, señores, por todos los hermanos que ya han muerto como buenos en la presente guerra; por los que cayeron en Calama y en las diversas expediciones de nuestras naves, y en la *Esmeralda* y la *Covadonga*. Oremos también por las almas de los mismos enemigos: todos son hijos de Dios y a las playas eternas no llegan las divisiones ni los odios de este mundo.

¡Oh Dios mío! mira este inmenso pueblo que rodea tus altares; desde el supremo magistrado hasta el último ciudadano aquí están para suplicarte que tengas piedad de esos muertos queridos. ¡Ah, Señor! atiende a nuestras lágrimas de gratitud: atien-

de al dolor de los deudos que fue también el dolor de las víctimas; atiende a la generosidad de su sacrificio y a su tremendo martirio. ¡Purifica, Señor, sus almas de las humanas fragilidades, oye los tristes gemidos, los ayes del perdón que por ellas exhalan el pontífice y el sacerdote! Hable sobre todo, por ellas, la sangre divina de Jesús vertida en ese santo altar. Que la justa gloria que han adquirido en la tierra, sea sólo el emblema de su gloria inefable en los cielos. Amén.

Indice

Abtao, *combate*, 144, 149.
Abtao, corbeta, 148.
Aldea, *marino chileno*, 16, 42, 55, 58, 68, 198, 199.
Altamirano, Eulogio, 154.
Alvarez, Mariano, 174.
América, 8, 24, 38, 178.
Ancud, vapor, 144, 148.
Angamos, 43, 48.
Antofagasta, 25, 91, 123, 126.
Apolo, 96.
Arauco, vapor, 144, 148.
Arellano, *marino peruano*, 62.
Arica, 23, 24, 99, 115, 172.
Austerlitz, 81.
Balán, Luciano, 154.
Balta, 39.
Barra, 177.
Basadre, Enrique, 119.
Blanca, fragata española, 149.
Blanco, almirante chileno, 30.
Boletín *Guerra del Pacífico*, 177.
Bolívar, 81.
Bolivia, 38, 148, 149, 202.
Boyacá, 39.
Buendía, *general peruano*, 46, 73, 74, 85, 132, 139.
Bulnes, 39.
Cabancha, caleta, 80, 85.
Cabrera, Agustín, 41, 57, 138.
Calama, 203.
Callao, 16, 23, 30. 53, 91, 119, 153.
Cambronne, 68.
Campo, José Rodolfo, *corresponsal peruano*, 119.
Casanova, Gregorio, *marino peruano*, 174.
Castilla, 39.
Cauquenes, 178.
Cervantes, 178.
César, 78.
Cid, 78.
Cobija, 126.
Cochrane, 30.
Concepción, 177, 178.
Colorado, caleta, 132, 134.
Condell, Carlos, *marino chileno*, 14, 15, 31, 32, 79, 80, 81, 82, 84, 85, 90, 91, 93, 94, 127, 147, 148, 171, 185, 199, 201.
Covadonga, goleta chilena, 7, 9, 16, 23, 25, 29, 31, 32, 40, 41, 43, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 89, 90, 91, 92, 94, 95, 96, 99, 100, 101, 103, 107, 115, 116, 117, 118, 123, 131, 132, 133, 134, 136, 137, 138, 144, 148, 149, 153, 171, 185, 194, 199, 201, 203.
Costa, Onofre M., *marino chileno*, 148.
Coquimbo, 144.
Cuevas, Emilio, *ingeniero naval chileno*, 82, 127.
Chacabuco, *combate*, 39.
Chacabuco, corbeta, 148.
Chacón, Andrés, 180.

Chacón, Josefa, 180.
Chacón, María del Rosario, 179.
Chacón, *familia*, 178.
Chalaco, trasporte peruano, 104.
Chekley, *ciudadano inglés*, 45, 101.
Cheurañate, caleta, 116.
Chile, 24, 37, 39, 43, 47, 53, 54, 57, 91, 136, 137, 139, 143, 147, 171, 177, 182, 193, 197, 198, 199, 201.
Chillán, 39.
China, 49.
David, 191.
Daza, *presidente boliviano*, 181.
Diario *El Comercio*, Perú, 53 119.
Diario Oficial, Chile, 171.
Echenique, 39.
Eléspuru, Carlos, *marino peruano*, 119.
Escala, Manuel 2º, *marino chileno*, 144.
Esmeralda, La, corbeta chilena, 6, 8, 16, 23, 25, 29, 30, 31, 32, 40, 41, 43, 44, 45, 46, 47, 53, 54, 55, 57, 58, 59, 60, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 73, 77, 78, 79, 89, 99, 100, 101, 102, 107, 108, 109, 110, 115, 116, 123, 124, 125, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 144, 148, 153, 154, 178, 181, 182, 185, 194, 197, 199, 201, 203.
Fannin, Juan, *marino peruano*, 172, 173.
Fernández, Arturo, *marino chileno*, 41, 57, 59, 138.
Freire, Ramón, *presidente chileno*, 39.
Freire, Ramón, *marino peruano*, 138.
García y García, Guillermo, *oficial peruano*, 120, 138.
García y García, Narciso, *oficial peruano*, 120.
Garezón, Pedro, *oficial peruano*, 119.
Gómez, Evangelio, 154.
Goñi, José A., *marino chileno*, 144, 148.
Goñi, Juan Oscar, *marino chileno* 41, 57.
Grau, Miguel, *almirante peruano*, 23, 45, 46, 47, 48, 49, 53, 54, 62, 63, 66, 69, 73, 89, 104, 132, 134, 138.
Grecia, 192.
Guise, *marino*, 30.
Guzmán, Cornelio, *médico naval chileno*, 41, 57, 138.
Haza, Alfredo de la, *marino peruano*, 119.
Herrera, Ricardo, *marino peruano*, 119.
Homero, 178.
Huantaca, *cerro*, 132.
Huáscar, acorazado peruano, 8, 15, 23, 25, 31, 32, 37, 39, 40, 41, 43, 44, 45, 46, 53, 54, 58, 59, 61, 62, 63, 65, 67, 68, 69, 73, 74, 77, 78, 92, 96, 99, 100, 101, 103, 104, 107, 108, 109, 110, 115, 116, 123, 125, 126, 127, 131, 132, 134, 135, 136, 137, 138, 194, 197, 199.
Hudson, Santiago, *marino chileno*, 144, 148.
Hurtado, Antonio, *marino chileno*, 41, 57, 138.
Hyat, *ingeniero naval chileno*, 65.
Independencia, fragata peruana, 9, 23, 25, 31, 32, 39, 40, 41, 43, 54, 77, 80, 82, 83, 84, 85, 90, 92, 93, 94, 95, 99, 100, 101, 103, 107, 116, 123, 124, 125, 132, 133, 134, 136,

137, 138, 171, 172, 194, 199.
Independencia, vapor chileno, 143.
Ingaví, 39.
Iquique, 6, 7, 13, 16, 17, 23, 25, 29, 39, 45, 47, 48, 53, 58, 73, 77, 78, 79, 80, 91, 99, 100, 103, 104, 107, 115, 123, 136, 153, 154, 187, 190, 191, 193, 194, 199, 201, 202.
Isaías, 187, 200.
Itata, 177, 179, 181, 182.
Japón, 49.
Junín, 81.
Júpiter, 84.
Lafuente, José Ignacio, *sacerdote,* 180.
Lamar, vapor, 91, 99, 100, 131, 138.
Larraín Gandarillas, Joaquín, *obispo chileno,* 189.
León, José Ignacio, *notario chileno,* 180.
Leónidas, 13, 192.
Leviatán, 96.
Linch, Estanislao, *marino chileno,* 82.
Linch, Julio A., *marino chileno,* 144, 148.
Linch, Luis A., *marino chileno,* 144.
Maipo, *batalla,* 39, 201.
Maipú, *buque de guerra chileno,* 148.
Maratón, 13.
Martirópolis, 189.
Matatías, 193.
Maule, 179.
Miller, 30.
Molina, Modesto, *periodista peruano,* 53, 139.
Molle, caleta, 80, 133.
Montt, Jorge, *marino chileno,* 148.
Monsalve, José del Carmen, 154.
Moore, Juan G., *marino peruano,* 8, 84, 85, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 120, 136, 137, 172, 173.
Muñoz Donoso, Esteban, *sacerdote chileno,* 187.
Napoleón, 80.
Ninhue, 177, 178, 179, 180.
Novoa, Nicolás, 154.
O'Brien, 30.
O'Higgins, Bernardo, 30, 39.
O'Higgins, corbeta chilena, 144.
Ojeda, Felipe, *marinero chileno,* 126.
Olave, *marino chileno,* 84.
Orella, Manuel J., *marino chileno,* 15, 82, 92, 127.
Pacífico, *océano,* 5.
Palacios, Enrique, *marino peruano,* 120.
Pardo, 39.
Perú, 24, 25, 38, 74, 90, 138, 171, 172, 202.
Pezet, 39.
Pinto Aníbal, *presidente de Chile,* 189.
Pinto, Francisco Antonio, *presidente de Chile,* 39.
Pisagua, 99, 104, 115.
Pomar, Luis, *marino chileno,* 148.
Porras, Salomé, *marino peruano,* 101.
Prado, *presidente del Perú,* 25, 39, 174.
Prat, Agustín, 179.
Prat, Arturo, *marino chileno,* 14, 17, 32, 38, 39, 41, 42, 43, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 63, 68, 78, 91, 107, 108, 109, 135, 143, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 185, 186, 193, 194, 195 197, 198, 199, 201, 202.
Prometeo, 63.
Providencia, *Chile,* 177.

Talcahuano, 30.
Talqui, 39.
Tarapacá, 46, 99.
Téllez, Blas 2º, *grumete chileno*, 126.
Termópilas, 192.
Thalaba, pontón chileno, 144.
Thompson, Manuel, *marino chileno*, 144, 148.
Tocopilla, 126.
Tomé, 178.
Turquoise, buque de guerra inglés, 185, 186.
Turenne, Ernesto, 182.
Ulloa, Melchor, *marino peruano*, 119.
Uribe, Luis *marino chileno*, 15, 41, 57, 58, 64, 111, 138.
Urzúa, Agustín, 154.
Valdivia, 30.
Valenzuela, Eduardo, *marino chileno*, 82, 85.
Valparaíso, 58, 144, 153.
Velarde, Jorge, *marino peruano*, 55, 103, 135.
Vicuña Mackenna, Benjamín, 177, 180.
Videla, Pedro R., *cirujano naval chileno*, 79, 126.
Villa Madrid, nave española, 149.
Waterloo, 68 .
Wilson, Arturo, *marino chileno*, 41, 54, 57, 138.
Wilkims, Tomás, 139.
Williams Rebolledo, Juan, *almirante chileno*, 23, 25, 144, 148.
Williamson, 132.
Yungay, 39.
Zegers, Vicente, *marino chileno*, 41, 57, 138.
Zenteno, 30.
Punta Gruesa, *combate de*, 79, 80, 91, 92, 94, 103, 117, 118, 136, 171.
Puñual, *Chile*, 179.
Quirihue, Chile, 178, 180, 182.
Rancagua, 39, 201.
Raygada, Eulogio, *marino peruano*, 119, 173.
Riquelme, Ernesto, *marino chileno*, 15, 41, 57, 66, 67, 107. 110, 197, 199.
Rimac, vapor chileno, 126.
Riveros, *almirante chileno*, 43.
Saavedra, Nicolás, *marino chileno*, 143.
Salaverry, *marino peruano*, 120.
San Agustín, *hacienda*, 177, 179, 182.
Sánchez, Francisco, *marino chileno*, 41, 57, 138.
Sánchez Lagomarsino, José *marino peruano*, 120.
Santiago de Chile, 177, 178, 182, 187, 189, 202.
Sanz, Miguel, *marino chileno*, 82.
Segarra, Germán, *marino chileno*, 138.
Serrano, Ignacio J., *marino chileno*, 15, 41, 57, 60, 61, 63, 69, 107, 109, 135, 197, 198, 199.
Simpson, *marino chileno*, 30.
Simpson, Enrique M., *marino chileno*, 148.
Stanley, *práctico de Iquique*, 90, 91.
Suárez, J. B., *escritor chileno*, 177.
Taboada, Enrique, *marino peruano*, 173.

EDITORIAL
FRANCISCO DE AGUIRRE

1. Seis Años de Vacaciones - *Arturo Benavides Santos.*
2. Diario de Campaña - *Alberto del Solar.*
3. Insurrección en Magallanes - *Chas H. Brown.*
4. Cartas de un Tipógrafo Yanqui - *Samuel B. Johnston.*
5. El Reino de Araucanía y Patagonia - *Armando Braun Menéndez.*
6. Diario de un Joven Norteamericano - *John Coffin.*
7. Campañas y Cruceros en el Océano Pacífico - *Richard Longeville Vowel.*
8. El Partido Demócrata Cristiano Chileno - *George W. Grayson.*
9. Entre el Maule y el Amazonas - *Arnold J. Toynbee.*
10. Fuerte Bulnes - *Armando Braun Menéndez.*
11. El Combate Homérico - *Vicente Grez.*
12. Semblanzas Literarias de la Colonia - *Eduardo Solar Correa.*
13. La Edad del Oro en Chile - *Benjamín Vicuña Mackenna.*

Biblioteca Leyendas y Episodios Chilenos - *Aurelio Díaz Meza.*

I al V Crónicas de la Conquista.
VI al X El Plena Colonia.
XI al XII Patria Vieja.
XIII al XV Patria Nueva.

Editorial Francisco de Aguirre - Casilla 1858 - San Francisco 116, Santiago de Chile.

Colección: Guerra del Pacífico